

PÁGINAS ESCLAVAS

# Cuentos y Narraciones

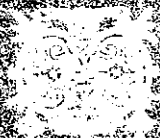
DE

Gogol—Puschkin—Wagner—Mordinsky  
Sagóskiu—Gorki, etc.

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL RUSO

PO

Julian Juderias



MAERID  
IMPRESA: ARTES GRÁFICAS  
PALMA-BATA, M. Y. NOCHE, 21.

1922



# CUENTOS Y NARRACIONES



35121

**PÁGINAS ESLAVAS**

---

# **Cuentos y narraciones**

DE

**Gogol--Puschkin--Wagner--Marlinsky  
Sagoskin--Gorki, etc.**

**TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL RUSO**

por

**JULIÁN JUDERÍAS**



**MADRID**

**IMPRENTA "ARTES GRAFICAS.,**

Palma Baja, 44, y Norte, 21.—Teléf. 1.822.—Ap. de Correos, 371

**1912**





## PROLOGO

---

**G**L relato que va á continuación es uno de los cuentos más característicos del insigne literato ruso Nicolás Gogol. Nació Gogol el 19 de Marzo de 1809 en Sorochinz, aldea situada en el Gobierno de Poltawa. Murió el 21 de Febrero de 1852. De un estudio publicado hace algún tiempo en la revista *La Lectura*, por Julián Juderías y dedicado á Gogol, entresacamos los párrafos siguientes:

«*Las Tardes del Cortijo* son leyendas fantásticas cuyos personajes pertenecen por regla general á la clase campesina. Las descripciones están repletas de hermosas imágenes y de agudos pensamientos. La leyenda, que forma la base de la narración, da lugar á cuadros de costumbre de un realismo admirable. Es el pueblo el que habla, siente, ríe y llora; sus sentimientos son los que aparecen en primer término: es su fantasía ingenua y conmovedora la que palpita en las extraordinarias historias contadas por Gogol.

«La extraña mezcla de lo real y de lo fantástico que constituye el rasgo característico de Gogol, es tanto más original, cuanto que ambos elementos marchan de consuno en sus cuentos sin estorbarse jamás. En *La feria de Sorochinsk*, en *La noche de Mayo*, en *Terrible venganza*, en *La víspera de Navidad*, en *El relato de Schoponok*, en todas y en cada una de aquellas historias de la Pequeña Rusia, únense de admirable manera el amor al

terruño, el espíritu de observación, la fantasía más ardiente, el sentimiento de lo noble y de lo bello... Predomina en estos relatos el elemento fantástico, pues los lectores rusos de aquel tiempo, espíritus infantiles desde este punto de vista, gustaban de que los genios buenos ó malos influyeran sobre los personajes novelescos. Los cuentos de Gogol respondieron á estos gustos no porque el autor se esforzase en conquistar al público halagándolo, sino porque abrigaba una fe y un amor inmenso hacia las tradiciones. Las brujas, los encantadores, los demonios, las creaciones más extraordinarias de la mente popular, despertaban en el ánimo de Gogol ecos sin cuento. No eran para él seres sin realidad, fruto de la fantasía ó producto de la superstición ó del miedo, sino seres reales que acechaban el paso de los hombres, que vivían en las entrañas de la tierra, que pululaban en los cementerios, se aposentaban en las tumbas, se enseñoreaban de los templos abandonados y poblaban los espacios en las noches sin luna, cuando todo es obscuridad y silencio y aullan los perros...»

El cuento que va á continuación es de este género.

Entre las obras principales de Gogol se cuentan la novela titulada *Las almas muertas* y la comedia *El Inspector*, que contribuyó poderosamente á la supresión de antiguos abusos administrativos y políticos.

(N. de la R.)



# LA BRUJA

---

## I



**A**PENAS se extinguían en el ambiente matutino los sonoros tañidos de la campana que colgaba sobre el ancho portalón del monasterio de Kief, donde estaba entonces instalado el Seminario, acudían presurosos de los distintos barrios de la ciudad, compactos grupos de escolares. Gramáticos, retóricos, filósofos y teólogos, clases en que se dividían los estudiantes de la época á que nos referimos, penetraban en el monasterio con los cuadernos bajo el brazo. Los primeros eran todavía muy jóvenes, tropezaban unos con otros y se increpaban con atipladas voceillas. Tenían la ropa destrozada y sucia y los bolsillos llenos de tabas, huesos de albaricoque, silbatos, dulces incomibles y á veces metían en ellos, pacíficos gorriones que, al piar en el aula acarreaman á sus dueños las ásperas caricias de la palmeta cuando no las de una vara de acebuche.

Los retóricos caminaban con más formalidad; solían tener la ropa más decente, aunque no sus rostros, que siempre ostentaban á modo de figuras retóricas, ora un ojo acardenalado, ora un labio partido, ora una contusión de buen tamaño. Estos caballeros conversaban con voz de tenor.

La de los filósofos tenía una octava más. Su ras-

go distintivo era, entre otros, el de llevar en los bolsillos hojas de tabaco y el de no hacer nunca provisiones de boca por cuenta propia, devorando, eso sí, con la mayor presteza, lo que caía en sus manos. Además de esto les distinguía un cierto olor á aguardiente merced al cual los pobres con quienes tropezaban se detenían con la boca abierta y paladeaban el aire que por ella les entraba.

Los escolares acudían al seminario precisamente cuando era mayor la animación en el mercado y las placeras provistas de tortas, pasteles, petitas de melón y otras golosinas por el estilo proclamaban desaforadamente las excelencias de sus productos y detenían por los faldones á los transeuntes, sobre todo si los faldones eran de paño fino, ó, á lo menos, de algodón.

—¡Señorito! ¡Señorito!—gritaban—. Venid aquí. ¡Mirad qué pasteles, qué tortas, qué pastas rebozadas en miel! Yo misma las he hecho...

Y mientras una lanzaba este pregón, otra exhibía en triunfo un objeto hecho con pasta en forma de espiral y exclamaba con no menores bríos que los de su compañera:

—¡Aquí está la *susulka!* ¡Compren *susulkas!*

—¡No compradle nada á esa!—vociferaba una amiga. ¿No veis lo fea que es y la nariz que tiene? Esa engaña á los parroquianos...

A los señores filósofos y teólogos se guardaban muy bien de azuzarles, sabedoras de que empezaban queriendo probarlo todo y concluían por llevárselo todo á puñados... sin pagarlo.

Llegados al Seminario, repartíanse los estudiantes por las aulas, habitaciones bajas de techo, pero bastante espaciosas, con ventanas pequeñas, anchas puertas y manchados bancos. Al punto retumbaban las paredes con el murmullo de las voces. Las lecciones se repasaban. El agudo timbre

de los gramáticos hacía vibrar los verdosos vidrios de las ventanas, los cuales, sometidos a las leyes de la acústica, despedían sonos idénticos. En un rincón, un retórico repasaba las lecciones con voz tan ronca que parecía un abejorro. Los labios de aquel joven los hubiera podido lucir sin desdoro un teólogo, tan gruesos eran.

Los bedeles registraban á los escolares para ver si los bolsillos no ocultaban golosinas.

Así solían desarrollarse los acontecimientos, pero á veces el curso pacífico de los mismos se alteraba, sobre todo cuando llegaban temprano ó cuando sabían que los profesores llegarían más tarde que de costumbre. Entonces se procedía á librar una batalla en la cual tomaban parte activa hasta los mismos bedeles encargados de mantener el orden y velar por las buenas costumbres de la respetable clase escolar.

Dos teólogos decidían la forma en que debía llevarse á cabo el combate; es decir, si cada grupo había de proceder con independencia ó dividirse todos los presentes en dos poderosas huestes. De todos modos, eran siempre los gramáticos los que daban los primeros coscorriones y también los primeros que se retiraban del campo, encaramándose en los bancos y convirtiéndose en meros espectadores de la lucha. Al punto entraban en fuego los bigotudos filósofos y después hacían su aparición los teólogos con sus pantalones á la turca.

La lucha terminaba siempre con una monumental paliza propinada por la teología á sus adversarios, y los filósofos, restregándose las costillas entraban á empellones en su aula para descansar. Los profesores, que allá en sus mocedades tomaron parte en batallas parecidas, deducían al contemplar los sofocados rostros de sus discípulos, que no había sido malo el último combate y, empuñando la palmeta, dejaban los unos impere-

cedero recuerdo en las manos de la Retórica, mientras en la aula próxima, el profesor competente le ponía los dedos hinchados á la Filosofía.

Con los teólogos se conducían de un modo distinto: se les daba una ración de *guisantes secos*, según ingeniosa frase del maestro, es decir, una buena mano de latigazos con una disciplina cuyas correas tenían bolitas de hierro en las extremidades.

En los días solemnes del año, iban los seminaristas de casa en casa representando comedias ó misterios en cuya ejecución solía distinguirse siempre algún filósofo poco más bajo que el campanario de Kief, haciendo el papel de Herodiada ó el de la esposa de Putifar.

Como premio de sus trabajos les daban un retazo de paño, un saco de harina ó medio pavo asado.

Los estudiantes, ya fueran seminaristas ó colegiales, grupos que se odiaban profundamente desde épocas remotas, no disponían de medios suficientes de nutrición y el hambre solía roerles las entrañas siendo como eran de condición glotona y capaces de embaular enormes cantidades de carnero y de legumbres. Las generosas dádivas de los señores á cuyas casas acudían no eran siempre bastante á poner paz en sus estómagos y así sucedía con harta frecuencia que un senado estudiantil, reunido para arbitrar recursos enviase á los retóricos y gramáticos como más jóvenes, á merodear con el saco al hombro por las huertas vecinas, aunque no fuera más que para hacer acopio de hortalizas. Los respetables senadores se atracaban de sandías, melones y calabazas de tal modo y manera que al siguiente día los maestros, al tomar las lecciones oían dos ruidos distintos el

de la voz de sus discípulos y de las revueltas tripas de los mismos.

El acontecimiento más importante para los escolares de aquel tiempo eran las vacaciones del mes de Julio durante las cuales marchaban á sus casas. Poblábase entonces el camino real de gramáticos, filósofos y teólogos pues el que no tenía casa donde pasar los calores marchaba á la de un compañero ó iba á dar lecciones á los hijos de familias ricas, á cambio de un par de botas ó de un traje.

Al modo y manera de los gitanos, comían y dormían á campo raso, llevando el saco al hombro. Los más económicos eran los filósofos que se quitaban las botas para no estropearlas y las llevaban atadas á un palo, sobre todo cuando había barro, porque entonces se remangaban los pantalones hasta la rodilla y se metían en los charcos sin temor á las salpicaduras.

Tan luego divisaban un caserío, abandonaban el camino y aproximándose á la vivienda que mejor apariencia tenía, poníanse á cantar á voz en cuello. El dueño, que solía ser un cosaco, les escuchaba asomado á la ventana y al poco rato lanzaba grandes y lastimeras voces. «Mujer, exclamaba; eso que cantan los estudiantes debe ser muy verdad. Anda y dales tocino ó cualquier otra cosa que tengamos.»

Y una fuente llena de pastelillos de carne, unas cuantas lonjas de tocino, cuatro ó cinco panes y hasta una gallina, iban á parar á las alforjas estudiantiles, cuyos amos, conseguido su objeto se alejaban.

A medida que aumentaba la distancia iba disminuyendo el número de escolares porque la mayoría se quedaba en las casas que se alzaban á uno y otro lado del camino. Solo seguían adelante los que no tenían casa ó los que la tenían más lejos.

## II

Una vez, en la época en que se verificaba esta emigración escolar, tres respetables colegiales se apartaron de la carretera por donde caminaban con ánimo de proveerse de viandas en el primer cortijo que encontrasen. Llamábanse: Jallava, Tomás Brut y Tiberio Gorobez y eran respectivamente teólogo, filósofo y retórico.

El primero era alto y fornido; su carácter era sombrío y taciturno, sobre todo cuando abusaba de la bebida porque entonces se escondía en lo más enmarañado de la estepa de donde no le sacaban sus amigos sino después de largas pesquisas y de muchas razones. Pero su carácter distintivo consistía en una tendencia irresistible á apoderarse de todo lo que llegaba al alcance de sus manos, fuera lo que fuera.

El segundo era, por el contrario, de carácter alegre, amigo de estar tendido con la pipa en la boca, y cuando bebía demasiado, lejos de ir á ocultarse donde nadie le viera, se entregaba á los más desaforados ejercicios coreográficos. Los *guisantes secos* los probaba con harta frecuencia, pero siendo fatalista decía que era inútil evitar el destino.

El tercero, muy niño todavía, no gozaba del derecho de usar bigote, ni de la prerrogativa de fumar en pipa, y llevaba los cabellos en trenza, circunstancias todas ellas que si bien ponían de manifiesto lo temprano de su edad, no eran bastantes á eclipsar los cardenales que hermosaban su frente, buena prueba de que sería con el tiempo honra y prez de la Teología de Kief.

Empezaba á oscurecer cuando nuestros estudiantes se apartaron del camino. El sol se había

ocultado, pero el calor de sus rayos caldeaba todavía la atmósfera. El teólogo y el filósofo caminaban en silencio, y el retórico se entretenía en descabezar con un palo los cardos que crecían á los lados de la senda por donde marchaban, y que serpenteando entre grupos de encinas y nogales, á través de la pradera, ora subía, ora bajaba por las colinas que á modo de cúpulas rompían la monotonía del paisaje. Los campos de labor que á cierta distancia se divisaban cubiertos de doradas mieses indicaban la proximidad de una granja. Fiándose de las apariencias, prosiguieron la marcha cosa de media hora sin columbrar vivienda alguna. Las sombras de la noche habían invadido buena parte del cielo y solo hacia el poniente se veía un resplandor rojizo cuya fuerza iba poco á poco amortiguándose.

—¡Vive Dios! exclamó el filósofo. ¿No estábamos á dos pasos de un cortijo?

El teólogo no contestó; miró el paisaje, dió una chupada á la pipa y echó á andar nuevamente.

—¡No se vé absolutamente nada! exclamó otra vez Tomás Brut, deteniéndose.

El teólogo, sin soltar la pipa, dijo con voz pausada.

—Tal vez encontremos pronto un cortijo.

A todo esto había cerrado completamente la noche y la obscuridad era grande. Las nubes, aunque pequeñas, acrecentaban las tinieblas y á juzgar por las apariencias no había que contar con la luz de la luna ni con el resplandor de las estrellas. Los escolares repararon en que ya no caminaban por la senda; iban á campo traviesa. El filósofo tanteó el suelo y exclamó con voz no muy segura:

—¿Y la vereda?

El teólogo reflexionó.

—La noche es algo obscura, dijo con su serenidad acostumbrada.

El retórico anduvo á gatas buscando la vereda, pero no descubrió más que madrigueras de zorros. Una llanura inmensa por la que no parecía que nadie hubiese transitado jamás se dilataba por todas partes. La soledad reinaba á la par del silencio. Tomás Brut dió voces que, sin respuesta, ni eco, se apagaron en el espacio. Lo único que oyeron fué un aullido.

—¿Qué vamos á hacer? preguntó el filósofo.

—Quedarnos aquí y pasar la noche á campo raso; no veo otra solución, le contestó el teólogo encendiendo la pipa de nuevo.

Tomás no pudo adherirse á lo propuesto por su compañero. Tenía la costumbre de devorar todas las noches un pan de dos libras y un par de libras de tocino y su estómago empezaba á reprocharle su negligencia. Es más, los lobos le desagradaban.

—No, Jallava, se apresuró á replicar. ¿Cómo quieres que hagamos semejante cosa? ¿Acaso te cabe en la cabeza que tres cristianos se tiendan sobre el santo suelo á estilo perruno sin tomar el más ligero refrigerio? Más vale seguir andando; quizá topemos con una choza donde nos den aunque no sea más que una copa de aguardiente.

Esta palabra produjo un efecto mágico en el teólogo: escupió y dijo:

—Tienes razon; aquí no podemos quedarnos.

Echaron, pues, á andar y grande fué la alegría que experimentaron el oír un ladrido. Cobraron ánimos y dirigiéndose hacia el sitio de donde procedía vieron una luz.

—¡Granja tenemos! — exclamó Tomás Brut.

Así sea, en efecto, aunque pequeña, formada por dos edificios situados en el centro de un rústico vallado. En las ventanas había luz.

Las siluetas de unos cuantos árboles se destacaron de entre las sombras, y á través de las grietas



del portalón que estaba hecho de tablas, vieron que en el patio había grandes carrromatos. En el cielo brillaban algunas estrellas.

— Hermanos — dijo uno de los estudiantes —, aquí no hay que andarse con melindres. Cueste lo que cueste pasamos aquí la noche.

Y los tres aporrearon la puerta, gritando:

— ¡Abrid!

El portalón se abrió rechinando, y una vieja, que vertía amplio chaquetón de pieles, se presentó ante los estudiantes.

— ¿Qué se os ofrece? — preguntó.

— Danos albergue por esta noche, abuela. Nos hemos extraviado, y el campo á estas horas es tan antipático como un estómago vacío.

— ¿Qué clase de gente sois?

— Gente de paz. Somos el teólogo Jallava, el filósofo Tomás Brut y el retórico Tiberio Gorobez.

— ¡Imposible! exclamó la vieja. Tengo la casa llena de gente; están ocupados hasta los rincones. ¿Dónde os voy á alojar? Sois tan robustos y grandotes que se vendría la casa abajo si entráseis en ella. ¡Buenos están los tales filósofos y teólogos! Si admitiese á tamaña gentuza me quedaría con las cuatro paredes. ¡Fuera, fuera, aquí no hay sitio!

— ¡Abuela, enternécete! ¿Quieres acaso que á tres cristianos les suceda una desgracia? Pónnos donde quieras, y si te hacemos el menor daño, permita Dios que se nos sequen las manos ahora mismo.

La vieja se ablandó.

— Bueno — dijo —. Hágase como queréis. Os llevaré á sitios distintos. No estaría tranquila si os quedaseis juntos.

— Hágase tu voluntad, abuela.

El portalón se abrió del todo y los escolares entraron en el patio.

—Oye, abuela—dijo el filósofo adelantándose á los demás—; ¿no podrías, tal vez, darnos algo que mascar, como vulgarmente se dice? ¡Caracoles! Me parece que un hombre se está paseando en coche por mi estómago. Has de saber, abuela, que desde esta mañana no he probado alimento...

—En mi casa no hay nada que comer, exclamó la vieja interrumpiéndole. Hoy ni siquiera se ha encendido el horno.

—Si lo dices por lo del pago, añadió el filósofo levantando la voz, mañana mismo te pagaríamos como es debido, es decir, en moneda contante y sonante. ¡Mal palo te daría yo!— repuso entre dientes.

—Entrad, entrad, y daos por muy satisfechos con no pasar la noche al sereno. Habráse visto damiselas como éstas...

El filósofo se estremeció y bajó la cabeza, pero de repente dióle en la nariz cierto olorcillo á caldo salado y mirando hacia el teólogo reparó en que del bolsillo de su pantalón salía una tremenda cola de pescado. Era que Jallava, fiel á la costumbre, había arrebatado un pez de los contenidos en los carros, y, una vez cometido el delito, no por afán de lucro, sino por hábito, dando al olvido el objeto robado, paseaba la mirada por el patio buscando alguna otra cosa que llevarse aunque fuera un pedazo de hierro ó el eje de una rueda. Entonces el filósofo, introdujo la mano en el bolsillo de su amigo como hubiera podido hacerlo en el suyo y se apropió el cuerpo del delito.

La vieja separó á los estudiantes. Al retórico le encerró en una de las casuchas del patio; al teólogo en el desván de la casa y al filósofo en un establo de ovejas.

No bien se quedó solo, procedió Tomás Brut á comerse el pez, cosa que hizo en un abrir y cerrar de ojos y luego examinó detenidamente las

paredes de la cuadra que eran de trenzados mimbres; castigó con el pie la curiosidad de un cerdo que desde el vecino establo se permitía introducir el hocico á través de un agujero, en la improvisada alcoba y, por último, tendiéndose cuán largo era en el suelo, se dispuso á dormir porque el cansancio le rendía.

De pronto, abrióse la puerta del establo y la vieja entró agachándose.

—¿Qué se te ofrece, abuela? preguntó el filósofo.

La vieja marchó hacia él con los brazos abiertos.

—¡Eres demasiado vieja!—exclamó el estudiante incorporándose.

La vieja no le hizo caso.

—Estamos en época de abstinencia, señora mía, prosiguió el filósofo y soy demasiado devoto para quebrantarla.

La vieja sin replicar le estrechó entre sus brazos. Tomás tuvo miedo. Los ojos de aquella mujer despedían extraños fulgores.

—¡Vete! exclamó pugnando por desasirse.

La vieja le sujetó las manos. Tomás dió un salto y trató de huir, pero la huéspeda le cerró el paso y clavando en él los centelleantes ojos, se le acercó de nuevo.

El estudiante quiso huir, pero observó con asombro, que ni sus manos ni sus pies podían moverse. Palabras que no sonaban escapáronse de sus labios. Los latidos de su corazón era lo único que percibía con claridad. La vieja se le acercó, le cogió las manos, le obligó á bajar la cabeza, se encaramó sobre sus hombros con agilidad felina y dándole con una escoba lo hizo brincar como un corcel.

Todo esto sucedió con tal rapidez que el filósofo no se dió cuenta de ello. La vieja lo lanzó á la

carrera como se hace con los caballos cherqueses, y cuando ya habían dejado muy atrás la granja y ante ellos se dilataba una planicie monótona, limitada por un bosque negro como el carbón, el filósofo se dijo:

—¡Pero, si es una bruja!

En el cielo brillaba la luna como una hoz de plata. La tibia claridad de la media noche caía sobre el campo como á través de un tamiz esparciéndose á modo de niebla luminosa. El bosque, las praderas, las colinas, el mismo firmamento, parecían dormir con los ojos abiertos. El viento susurraba de cuando en cuando á lo lejos. En el ambiente se notaba cierto calor húmedo. Las sombras proyectadas por los árboles y arbustos parecían estar trazadas con tinta y las de aquellos que se erguían junto á los barrancos caían rectas como lanzas hasta el fondo de los mismos.

Tal era la noche en que Tomás galopaba llevando á cuestras tan extraño jinete.

El estudiante sentía una angustia indefinible pero, cosa rara, con esta angustia se mezclaba una sensación inexplicable de dulzura. Bajó la cabeza y miró hacia el suelo. ¡Qué espectáculo más raro se ofreció á su vista! La hierba de la pradera parecía estar muy lejos, cubierta con una capa de agua transparente como la de un arroyo y servir de tapiz al fondo profundo de un misterioso océano, y no era esto solo: en el cielo no brillaba la luna, sino un sol resplandeciente y en el suelo, las azules campanillas de la pradera sonaban como si fueran de plata. De las misteriosas aguas salía una ninfa cuyo flexible cuerpo ondulaba como si estuviese hecho de chispas de luz. La ninfa se volvía hacia él mostrando un rostro iluminado por rasgados y resplandecientes ojos y cantaba con voz que llegaba al alma. Llegada que fué á la superficie se alejó de nuevo lanzando alegres risotadas,

para ir mas lejos á nadar, flotando, sobre la espalda. Su cutis parecía de nacar, y rodeaba su cuerpo una aureola luminosa. Temblaba y se sonreía en las aguas.

¿Lo vió esto ó no lo vió? ¿Estaba despierto ó dormía? ¿Y aquello qué era; era el viento ó era una música cuyos acordes melodiosos le llegaban al alma?

Tomás se preguntaba la razón de aquellas maravillas. El sudor caía de su frente como granizo. Su angustia se iba convirtiendo en punzante dolor. Parecíale que el corazón le faltaba y de cuando en cuando se llevaba la mano al pecho. Extenuado, medio muerto púsose á recordar cuantas oraciones sabía, prefiriendo los exorcismos. Al punto sintió alivio y notó que la bruja se sostenía con menos vigor sobre sus hombros; que la rapidez de su carrera disminuía, que la hierba aparecía tal y como era en realidad y que la luna brillaba de nuevo en el cielo

—¡Bueno! pensó, y dióse á recitar casi en voz alta los exorcismos. Por último, saltó con la velocidad del rayo y montó sobre la bruja. Esta corría tan deprisa que su jinete apenas podía respirar. La tierra desaparecía bajo sus pies. La luz de la luna, aunque no era llena, lo iluminaba todo, más la velocidad era tan grande que todas las desigualdades del terreno se confundían ante sus ojos. Cogió una rama que yacía en el suelo y comenzó á medir con ella las espaldas de la bruja. Esta prorrumpió en gritos salvajes y amenazadores primero, gritos que poco á poco fueron debilitándose hasta terminar en sonos parecidos á los tañidos de argentinas campanillas. Aquellos sonos tenían tanta dulzura, que el filósofo se preguntó involuntariamente: ¿Será de veras, una bruja?

Al cabo de un instante la anciana exclamó: ¡No puedo más! y cayó al suelo desplomada.

Tomás se puso en pie, la miró, pues ya la mañana comenzaba á enrojecer el Oriente y las doradas cúpulas de las Iglesias de Kiew relampagueaban en lontananza y vió que á sus pies yacía una hermosa joven, que movía los brazos y se quejaba, levantando hacía el cielo los hermosos ojos preñados de lágrimas. Tenía los luengos cabellos en desorden y parecía haber perdido el conocimiento.

Tomás se estremeció. Sintió compasión y temor. Echó á correr lo más deprisa que pudo, sin querer regresar á la granja y llegó á Kiew pensando siempre en el extraño suceso.

### III

En la ciudad no había ningún seminarista. Todos se habían repartido por las granjas ó marchado á dar lecciones ó tomado las de Villadiego sin más objeto que vagabundear y hartarse de *gatuschki*, de queso, de *smetana* y de *barennikis* tamaños como sombreros, sin pagar un cuarto. El inmenso edificio en que habitaban los seminaristas yacía silencioso y abandonado y por más que escudriñó detenidamente los rincones y hasta pasó revista á las grietas y agujeros de las paredes, lugares que á veces servían de despensa á los estudiantes, no halló en ninguna parte un pedazo de tocino, ni siquiera un trozo de queso rancio con que apaciguar el estómago: ¡todo había desaparecido!

Pronto halló el medio de aliviar aquella necesidad. Se fué al mercado, dió dos ó tres vueltas silbando, hizo una seña á una viuda joven, vestida de verde, que vendía objetos tan heterogéneos como cintas, perdigones y ruedas y aquel día se hartó de *bariennikis*, de pollo y de otros no menos suculentos manjares en una casita de adobes

que se alzaba en un jardincillo plantado de cerezos, á orillas del Dnieper.

Después del banquete se fué á la taberna y allí vieron tendido en un banco, fumando su pipa y vaciando lentamente un jarro que tenía delante. Miraba á los que entraban y salían con ojos satisfechos sin acordarse siquiera de la aventura de la víspera. Antes de salir, le pagó al tabernero, judío de nación, con una moneda de oro.

Mientras Tomás comía y bebía, habíase esparcido por la ciudad el rumor de que la hija de uno de los propietarios rurales más ricos de la comarca, residente á unas cincuenta verstas de Kiew, había enfermado en circunstancias muy raras. Según se decía, había salido la joven á dar un paseo por la campiña y había vuelto á su casa tan rendida de cansancio, que de allí á poco agonizaba. Antes de caer en el letargo que precede á la muerte, manifestó la desgraciada doncella el deseo de que las oraciones por la salvación de su alma las dijese durante los tres días siguientes al de su muerte un seminarista de Kiew, llamado Tomás Brut.

Todo esto lo supo este último de labios del Rector, que habiéndolo mandado llamar á su presencia le ordenó que, sin dilación alguna se aprestase á la marcha, para cuya más rápida realización había enviado el padre de la moribunda criados y un vehículo.

El filósofo se estremeció á impulsos de un temor inexplicable. Lúgubres presentimientos lo asaltaron, y sin saber por qué respondió que no iría.

—Oye, domine Tomás, exclamó el Rector, cuyos modales y expresiones al hablar con sus subordinados solían ser extremadamente corteses: ¿Quién diablos te ha preguntado si quieres ir ó no? Una cosa te advierto y es, que si tu carácter asoma la oreja y te pones á filosofar, haré que te den tantos

latigazos en la espalda y en lo *demás*, que en un mes no tendrás necesidad de ir al baño...

El filósofo se rascó suavemente la oreja y se retiró sin decir palabra, pensando en aprovechar la primera ocasión que se presentase para confiar su salvación á las piernas. Sumido en estas meditaciones bajó la tosca escalerilla que conducía al patio pero aun no había llegado á éste, cuando oyó clara y distintamente la voz del Rector que daba órdenes á su intendente y á alguien más que pertenecía, sin duda, á la servidumbre del propietario.

—Le darás las gracias á tu amo por la harina candeal y los huevos que me ha mandado--decía el Rector, y le dirás que en cuanto estén listos los libros de que me habla me apresuraré á enviárselos, pues le he dicho á mi escribiente que los copie. No te olvides, de decirle, alma mía, que sé que hay en su finca unos peces que saben á gloria, especialmente *acetrinás*, de las cuales bien podía mandarme unas cuantas ya que aquí en la plaza no son buenas y cuestan caras. Y tu, Yabtuj, dale á los muchachos una copa de aguardiente á cada uno y que aten bien al filósofo no se os vaya á escapar.

—¡Hijo de Satanás! murmuró el filósofo. ¡Qué listo es!

El filósofo vió que en el patio había una *kibitka*, ó sea un coche de campo, más parecido á un horno de cocer tejas puesto sobre ruedas que á un vehículo destinado á transportar personas. Era un carruaje al estilo de Gracovia y semejante á los que emplean los judíos para trasladarse en número de cincuenta ó sesenta con sus mercancías á todas las poblaciones donde saben que hay feria.

Esperábanlo media docena de cosacos gruesos y coloradotes y ninguno joven, cuyos *sbitkis* de paño fino adornado con pasamanería demostraban



que el amo á quien servían era noble y opulento, y cuyos rostros, cubiertos de cicatrices, revelaban ser gente guerrera y amante de la gloria militar.

—Lo que está escrito, está escrito, murmuró el filósofo al ver á los cosacos y volviéndose hacia ellos exclamó en voz alta: ¡Salud hermanos!

—¡Dios te la conserve, señor filósofo! respondieron.

—¿De modo, añadió Tomás, que voy á tener el gusto de ir con vosotros? ¡Caramba, que coche! exclamó encaramándose en la *britchka*. ¡Aquí para poder bailar no falta más que la música!

—Algo grande es, en efecto, respondió uno de los criados, tomando asiento junto al cochero el cual se había amarrado un pañuelo á la cabeza por haberse dejado la gorra en la taberna.

Los otros cosacos, juntamente con el filósofo se acomodaron en el interior del vehículo y se tendieron sobre sacos de objetos comprados en la ciudad.

—Interesante sería saber cuantos caballos tendrían que tirar de este coche si lo cargasen de sal ó de clavos, dijo el filósofo.

El cosaco sentado junto al cochero se puso á reflexionar y dijo: ¡No serían pocos! Después de haber dado respuesta tan satisfactoria se creyó obligado á guardar silencio durante todo el camino.

Grandes eran los deseos que tenía el filósofo de averiguar quién era el propietario á cuya residencia lo llevaban, qué condición tenía, qué se sabía de la joven que en el trance de la muerte se encontraba y qué se decía acerca de su propia persona. No menos deseaba saber cómo se pasaba el tiempo en aquella casa, y así volviéndose hacia sus compañeros de viaje, comenzó á hacerles preguntas. Más ellos, que eran también filósofos, dieron la callada por respuesta y siguieron fumando

sus pipas echados sobre los sacos. El único que abrió la boca lo hizo para decirle al cochero:

—Oye, animal, cuando pases por delante del ventorrillo que está al mediar el camino, acuérdate de parar los caballos y de despertarnos, si es que nos hemos dormido.

Decir esto y ponerse á roncar fué la misma cosa. En honor de la verdad hay que decir que semejante advertencia era del todo inútil, pues apenas se acercó la *britchka* al lugar en que se hallaba la venta, todos á una gritaron: ¡Para! Es más, los caballos estaban tan bien enseñados, que se detenían instintivamente delante de todos los establecimientos de éste género.

A pesar del calor, pues corría el mes de Julio, bajaron todos del coche y se encaminaron con paso alerta hacia la única habitación del mísero ventorro de la cual salía en aquel momento el dueño con alborozado semblante para recibir á sus consecuentes parroquianos. Entraron todos y se sentaron alrededor de una mesa sobre la cual colocó el tabernero unos cuantos chorizos de cerdo (de cuyo manjar se apartó al punto, por ser juicio de nación) y sendas jarras de vino.

El filósofo se vió en la necesidad de tomar parte en el banquete y como los nacidos en la pequeña Rusia se suelen aturdir muy pronto con la bebida y tan luego sucede esto comienzan á llorar y abrazarse, tuvo que presenciar escenas tiernísimas. La habitación resonó, con el estrépito de los abrazos y el rumor de los besos y se oían exclamaciones del tenor siguiente:

—¡Dáme un abrazo, Spirid! ¡Ven que quiero abrazarte, Dorosch!

Uno de los presentes, cosaco de cabellos blancos, el más viejo de los que allí estaban ocultó el rostro en las manos y se puso á sollozar desconsoladamente al recordar que no tenía ni padre ni

madre y que era huérfano por los cuatro costados. Otro que tenía condición de polemista le repetía: ¡No llores, hijo, por amor de Dios! ¿A qué viene eso? ¡Sabe Dios lo que nos podrá pasar aún!

Otro cosaco, Dorosch, fué presa de la curiosidad y volviéndose al filósofo le preguntó:

—Quisiera saber que es lo que os enseñan en el seminario. ¿Es lo mismo que lee el diácono en la Iglesia ó es otra cosa?

—¿A qué preguntas? exclamó el polemista. A tí que te importa lo que les enseñan? ¡Dios sabe lo que nos hace falta, pues lo sabe todo!

—Déjame, replicó Dorosch. Yo quisiera saber lo que está escrito en esos libros. Puede ser que digan cosas diferentes de las escritas en los libros del diácono.

—¡Dios mío! le respondió con tono lastimero el polemista, ¿á que viene hablar de semejante cosa? Cúmplase la voluntad de Dios. ¡Cuando Dios quiere una cosa, esa cosa sucede!

—Es que quiero saberlo todo, hasta lo que no está escrito. ¡Te juro que entro en el Seminario! ¡Vaya si entro! Qué te crees ¿que no soy capaz de aprender nada? ¡Pues lo aprenderé todo!

—¡Dios mío, Dios mío! murmuró su contradictor dejando caer la cabeza sobre la mesa por la sencilla razón de que no tenía fuerzas para sostenerla sobre los hombros.

A todo esto, los demás cosacos hablaban del amo ó discutían por qué brillaba la luna.

Tomás Brut al reparar en el estado en que aquellas cabezas se encontraban determinó aprovechar la ocasión para escaparse. Lo primero que hizo fué dirigirse al cosaco de cabellos blancos, que lloraba por sus difuntos padres y preguntarle.

—¿Porqué lloras, amigo? Yo también soy huér-

fano. Dejadme en libertad, hijos míos, añadió volviéndose hacia los demás. ¿De qué os sirvo?

—¡Pongámoslo en libertad! exclamaron algunos. Es un pobre huérfano. Déjemosle que se vaya á donde le parezca

—¡Dios, mío! balbuceó trabajosamente el polemista levantando un poco la cabeza. Déjemosle que se vaya á donde mejor le parezca.

Ya querían, los mismos cosacos ponerle en libertad, cuando el que tanta curiosidad había demostrado en punto á instrucción, los detuvo con estas palabras:

—¡No lo soltéis, que quiero hablar con él acerca del Seminario! ¡Ya he dicho que quiero entrar en el Seminario!

Aunque el curioso cosaco no hubiese formulado tan inoportuna exigencia y el filósofo hubiese quedado en libertad de tomar las de villadiego, no le hubiese sido posible realizarlo, pues cuando quiso ponerse en pie le pareció que tenía de palo las piernas y que las puertas de la habitación se multiplicaban prodigiosamente hasta el punto de ser imposible dar con la verdadera.

Ya empezaba á caer la tarde cuando los cosacos comprendieron que era hora de proseguir el camino. Subieron trabajosamente en el vehículo que los había traído; arrearon los caballos y tendiéndose cuan largos eran, se pusieron á cantar coplas cuyas palabras y sentido era imposible de todo punto averiguar.

Después de haber caminado, saliéndose constantemente de la carretera, por más que se la supiesen de memoria, hasta muy mediada la noche, la *britchka* descendió por la escarpada ladera de una colina hasta el fondo de un valle donde según pudo observar el filósofo se alzaban de trecho en trecho hileras de estacas que alternaba con raquíuticos árboles detras de los cuales se veían

las techumbres de las casas. Era el pueblo que pertenecía al propietario cosaco.

Ya habrían pasado algunas horas desde la media noche. El cielo estaba oscuro y aquí y acullá brillaban pequeñas estrellas.

En ninguna casa había luz. A uno y á otro lado del camino se veían granjas y casuchas con techos de paja.

En medio del pueblo había una casa mayor que las demás, que servía, al parecer de residencia al dueño.

La *britchka* se detuvo ante una pequeña granja, dentro ya de la cerca de estacas que rodeaba la casa señorial y los viajeros se fueron á dormir. Bien hubiera querido el filósofo echar un vistazo á lo que lo rodeaba, pero al abrir los ojos lo vió todo confuso y en vez de una casa creyó tener delante un oso y las chimeneas le parecieron otros tantos rectores y así haciéndo un gesto de desagrado imitó la conducta de los que le habían traído.

#### IV

Cuando se despertó, hallábase en movimiento toda la casa. La hija del dueño había muerto durante la noche y mientras los criados corrían de un lado á otro y las viejas lloraban, un grupo de curiosos contemplaba el patio á través de la valla como si fuese posible que desde allí viese algo.

El filósofo aprovechó aquellos momentos de confusión para contemplar á sus anchas los lugares que no había podido ver la víspera.

La casa señorial era un edificio de escasa altura y pequeño como los que se construyen generalmente en la Pequeña Rusia. Tenía el techo de paja y en el centro de la fachada un pequeño frontis pintado de azul y amarillo con medias lunas, el

cual sobresalía bastante y estaba sostenido por postes de madera de encina cilíndricos en la parte superior y cuadriláteros en la inferior. Bajo este frontis, que servía de marquesa, había una pequeña terraza con blancos. Delante de la casa se erguía un peral de alta y frondosa copa y á ambos lados del patio se alzaban los almacenes, formando un callejón que conducía al portalón de entrada. Detrás de los almacenes se veían dos bodegas triangulares, una enfrente de otra, con techos de paja, cuyas paredes, provistas de pequeñas puertas, estaban adornadas con diferentes pinturas que representaban un cosaco sentado sobre un tonel levantando en alto un jarro. Debajo de la pintura había este letrero: Me lo beberé todo. Otra de las pinturas representaba botellas, vasos, pipas, cartas y hasta un caballo con las patas por alto. Debajo se leía: El vino es la diversión de los cosacos.

Del quicio de una ventana, situada junto al tejado de la casa señorial colgaban un tambor y una corneta. En la puerta del patio había dos cañones. Todo indicaba que el amo era amigo de divertirse y que el ruido de los banquetes y los gritos de los comensales habían hecho estremecer con frecuencia los muros de su vivienda.

Más allá de la cerca, se veían dos molinos de viento y á espaldas de la casa señorial se dilataba un jardín cuyos árboles la ocultaban.

El pueblo estaba edificado sobre la ancha y lisa vertiente de una colina que cerraba el horizonte hacia el Norte y cuyas ondulaciones terminaban en el patio mismo. Contemplándolo desde abajo parecía más alto y más abrupto. En su cumbre se erguían enclenques arbustos cuyas ramas se destacaban sobre el azul resplandeciente del cielo como trazadas con tinta. La aridez y el color sombrío de aquel monte causaban penosa impresión

en el ánimo del que por vez primera lo contemplaba.

Todo él estaba surcado por barrancos. Sobre su inclinada pendiente se alzaban en dos lugares distintos pequeñas casas. Sobre una de éstas últimas abría sus ramas un manzano cuyas raíces iban á buscar el sustento en la tierra vegetal que sostenían unos postes de madera. Sus frutos arrancados por el viento iban á caer en la misma casa señorial. Una estrecha vereda culebreaba por el monte pasaba delante de la morada del propietario y descendía hasta el pueblo. Cuando el filósofo midió con la vista la pendiente de aquel monte y recordó el viaje de la víspera dedujo que el propietario tenía caballos dotados de razón ó servidores con cabezas muy duras cuando á pesar de los vapores del vino, no rodaron por los aires con las piernas por alto, juntamente con la *britchka* y los sacos de mercancías.

El filósofo contemplaba todas aquellas cosas desde el lugar más elevado del patio mirando hacia el norte. Cuando se volvió para ver lo que había en el lado opuesto se ofreció á sus ojos un cuadro completamente distinto. El pueblo se deslizaba por la suave pendiente en que se hallaba construído hasta el llano y una inmensa pradera cuyos tonos iban oscureciéndose en proporción á la distancia se dilataba á sus espaldas. Numerosos pueblecillos blanqueaban en lontananza por más que se hallasen á más de doce verstas. Hacia la derecha ondulaba una sierra y más lejos se columbraba la faja de oro de las sementeras y la anchurosa corriente del Dnieper que centellaba á los rayos del sol.

—¡Hermoso sitio! exclamó el filósofo. ¡Aquí se podría vivir pescando en el Dnieper ó en los estanques y cazando á lazo ó con escopeta las avutardas y los conejos! Además, creo, que no serán

malas tampoco las codornices en estas praderas. También podrían cogerse las frutas de estos árboles y venderlas en la ciudad ó lo que es mejor, convertirlas en aguardiente, bebida que no puede compararse con ninguna otra. Pero ahora, menester es que pensemos en escaparnos.

El filósofo observó que detrás de la valla había una senda oculta casi por completo por las ramas de los árboles que en aquellos parajes crecían. Maquinalmente puso el pie en ella con ánimo, primero de pasearse un poco y después de deslizarse por entre las casas del pueblo, salir al campo y escaparse por último, cuando sintió que una mano robusta se posaba sobre su hombros. Detrás de él estaba el cosaco que tan amargamente había llorado la víspera por sus difuntos padres y condolídose de su triste horfandad.

—En vano piensas en escaparte señor filósofo, dijo el recién llegado. Aquí no hay medio hábil de huir y aunque lo hubiera, no son los caminos á propósito para los que andan á pie. Mejor harías yendo á presentarte al amo que ya hace buen rato te espera.

—¡Cómo! exclamó Tomás. Y lo creo. Con mucho gusto. Y echó á andar detrás del cosaco.

El *sotnik* (1) tenía los cabellos blancos y su semblante reflejaba un dolor profundo. Hallábase en la sala, sentado junto á una mesa y tenía la cabeza apoyada en las manos. Su edad sería aproximadamente de unos cincuenta años, pero la amargura de su mirada y la palidez y demacración de su rostro, demostraban que su espíritu había recibido uno de esos golpes que agostan los ánimos y hacen que desaparezcan para siempre el buen humor y la alegre despreocupación. Cuando Tomás Brut y el cosaco penetraron en la estancia

---

(1) Jefe cosaco.



apartó una mano del rostro y contestó con ligera inclinación de cabeza al respetuoso saludo de ambos. Los recién llegados permanecieron en el umbral.

—¿Quién eres, de dónde vienes y cuál es tu profesión? buen hombre, preguntó el *sotnik* con entonación, ni amable ni brusca.

—Soy el seminarista Tomás Brut.

—¿Quién fué tu padre?

—No lo sé, poderoso señor.

—¿Y tu madre?

—Tampoco lo sé. Pensando con lógica, fuerza es que crea en la existencia de mi madre, pero ¿quién fué, cuando vivió? Eso lo ignoro magnífico señor.

El *sotnik* guardó silencio, permaneciendo breves instantes sumido en reflexiones.

—¿Cómo conociste á mi hija?

—No la he visto jamás, poderoso señor. No he tenido nunca nada que ver con señoritas. Y no quiero hablar no sea que la lengua se me vaya...

—Entonces ¿porque te ha designado á tí y no á otro cualquiera para rezar por su alma?

—Sábelo Dios, respondió el filósofo encogiéndose de hombros. Sabido es que á las señoras se les ocurren cosas que no acierta á explicar el más sabio. Bien dice el proverbio: Quien manda manda y cartucho en el cañón.

—¿Será cosa que mientas, señor filósofo?

—¡Pártame aquí mismo un rayo si lo que digo no es cierto!

—Si tu vida se hubiese prolongado no más que un instante, exclamó con voz enronquecida por por las lágrimas el *sotnik* averiguara yo el porqué de todo. No dejes que nadie rece por mi alma, sino haz que venga de Kiew el colegial Tomás Brut. Ese será el único que rezará durante tres noches consecutivas por la salvación de mi alma

pecadora. El sabe...» Pero ¿qué es lo que sabes? eso no llegué á oirlo. La pobre, apenas pudo decir estas palabras, murió. Tú, buen hombre, tendrás fama de santo por la pureza de tu vida y por tus buenas obras. Quizás llegase tu nombre á sus oídos por esta razón.

—¿Quién?, ¿Yo?, exclamó el filósofo retrocediendo poseído de asombro. ¿Yo..., Yo, vida santa?, repitió mirando fijamente al *sotnik*. ¡Dios os tenga en su santa guarda, poderoso señor! Buena cosa habéis dicho. ¡Yo, vida santa, cuando, aunque me esté mal el decirlo fuí á ver á una panadera en Viernes Santo!

—Bueno, en todo caso, por algo te habrá designado y desde hoy mismo empezarás á cumplir tu misión.

—Me permitiré hacer observar á vuestra magnificencia, que por más que toda persona concedora de las Sagradas Escrituras puede hacer lo que de mí se exige, en el caso presente sería mejor llamar á un diácono y si no lo hubiese á un sacristán por ser éstas, personas ilustradas, que saben como hay que hacer esas cosas sin que les falte un detalle. Yo por no tener, ni siquiera tengo voz y mucho menos presencia.

—Será todo lo que quieras, pero mi hija me encargó que fueses tú el que rezara y yo lo cumpliré sin reparar en nada. Si á contar de esta noche pasas tres, rezando como se debe por su alma, te recompensaré; si no, al mismo demonio no le aconsejo que me enfade.

La entonación de estas últimas palabras fué tal, que el filósofo se dió cuenta perfecta de lo que significaban.

—¡Ven!—dijo el *sotnik*.

Ambos salieron de la sala y penetraron en una habitación contigua. Tomás se detuvo en el dintel para sonarse y lo cruzó con inexplicable temor.

El pavimento estaba cubierto de seda roja. En un ángulo, bajo las sagradas imágenes, y sobre una altamesa, yacía el cadáver de la hija del *sotnik*, sobre un tapete de terciopelo azul con fajas y borlas de oro. Altos blandones, en torno de los cuales se enroscaban guirnaldas de romero, se alzaban en los cuatro ángulos de la mesa, esparciendo una claridad turbia que se mezclaba con la del día. El *sotnik* levantó el velo que cubría el rostro de la muerta y se sentó junto á ella volviendo la espalda á la puerta.

Las palabras que pronunció entonces emocionaron profundamente al estudiante.

—No me quejaré, amada hija mía, exclamó, de que en la flor de tus años y sin haber gozado de la vida, me hayas abandonado en la tierra y héchome presa del dolor y de la desesperación. ¡Quéjome sí, de no saber quién fué el cruel enemigo mío que ocasionó tu muerte, pues si yo averiguase quién pudo pensar siquiera en agraviarte ó en soñar con decirte algo que te desagradara, entonces voto al cielo, que el tal no volvería á ver á sus hijos si era tan viejo como yo, ó á sus padres si se hallaba en la flor de los años y que su cadáver serviría de pasto á las aves y á las fieras de la estepa! ¡Mi dolor procede, encanto mío, de que á partir de ahora he de vivir solo, llorando amargas lágrimas, mientras mi enemigo se regocija y hace secreta burla de un anciano achacosol

Calló el *sotnik*. El punzante dolor se desbordaba en lágrimas.

El filósofo, conmovido, tosió para aclararse la voz.

El *sotnik* se volvió hacia él y le indicó un atril con libros, colocado á la cabecera de la difunta.

—Pues, señor, pensó Tomás. Trabajaré tres noches de cualquier modo y por ello me llenará el *sotnik* los bolsillos de buenos ducados. Así dicen-

do se acercó al atril, tosió otra vez y se puso á leer oraciones sin prestar atención á cuanto le rodeaba, sin mirar siquiera el rostro de la muerta. Reinó profundo silencio. El *sotnik* se había retirado. Despacio, muy despacio, volvió la cabeza y miró el cadáver...

Tomás se estremeció: ante sus ojos yacía una joven cuya hermosura no había padecido con el supremo tránsito. Parecía imposible que hubiesen podido existir rasgos tan bellos, tan regulares, tan armónicos, como los de aquel rostro. La joven aparentaba estar dormida. La frente, espaciosa y blanca como la nieve, parecía albergar aún los pensamientos. Las cejas, noche en pleno día, se dibujaban finas, elegantes, orgullosas y sobre los cerrados ojos. Las largas y negras pestañas caían como flechas sobre las mejillas enrojecidas aún por el calor de ocultos y ardientes deseos, y los labios semejaban rubíes prontos á entreabrirse y á sonreír de placer. Tenían empero aquellos rasgos algo sobrenatural y al contemplarlos, sintió Tomás impresión semejante á la que hubiese experimentado si en el bullicio de un baile, cuando todos se entregasen poseídos de gozo á la danza, alguien hubiese entonado un himno fúnebre. De repente notó en el rostro de la difunta algo raro, medroso, que despertó sus recuerdos.

—¡La bruja! exclamó con voz alterada, y apartando los ojos del catafalco, púsose á leer oraciones, pálido como un muerto.

La hija del *sotnik* y la bruja á quien había dado muerte eran una misma persona.

## V

Al caer la noche transportaron el cadáver á la Iglesia. Tomás ayudó á los que llevaron el féretro y creyó sentir en el hombro durante todo el tra-

yecto una sensación semejante á la que hubiera producido un pedazo de hielo. El *sotnik* iba delante á la cabecera del féretro.

La iglesia estaba hecha con tablas ennegrecidas y cubiertas de musgo. Tenía tres cúpulas y se alzaba, lúgubre, al final del pueblo. Sabíase que en ella no se celebraban desde hacía mucho tiempo los oficios divinos, pero aquel día habían encendido velas ante todas las imágenes.

El féretro se colocó en el centro, frente al altar. El *sotnik* depositó un beso en la frente de su hija, se inclinó profundamente y salió con los que habían transportado el cadáver, ordenando que diesen bien de comer al filósofo y que después de la cena lo llevaran á la iglesia.

Así que llegaron á la cocina, todos los que habían formado parte de la comitiva, fueron á poner las manos sobre la estufa, cosa que siempre hacen los pequeños-rusos cuando han visto un muerto.

El hambre que el filósofo experimentaba le obligó, por el momento, á olvidar las impresiones sufridas. Pronto comenzó la servidumbre á acudir á la cocina. La del *sotnik* era una especie de casino adonde acudían todos, hasta los extraños, incluyendo entre estos últimos á los perros que, meneando el rabo venían hasta la misma puerta en busca de los huesos y las sobras. Cuando el amo le mandaba á un criado que fuese á hacer tal ó cual cosa, por muy importante ó urgente que ésta fuese nunca dejaba el aludido de entrar en la cocina para descansar un rato tendido en un banco ó para fumar tranquilamente una pipa. Todos los solteros que habitaban en la casa y llevaban traje cosaco, se pasaban la mayor parte del día tendidos en los bancos ó debajo de los mismos ó junto á la estufa ó en cualquier otro sitio á propósito para tenderse. Después de haber descansado un buen

rato se dejaban olvidada en la cocina unas veces la gorra, otras el látigo para los perros.

La hora en que solía ser más numerosa la reunión era la del almuerzo y la de la cena, pues entonces formaban parte de ella los mozos de cuadra que habían logrado meter en ellas á los caballos y los vaqueros que habían llevado las vacas á los establos, es decir, cuantos por sus ocupaciones no podían parecer por la cocina durante el día. Una vez que comían, soltábanse hasta las lenguas más reacias y la conversación se hacía general contándose que Fulano se había mandado hacer un par de pantalones, que debajo de la tierra se suelen encontrar muchas cosas raras ó que Zutano había visto un lobo, asuntos que daban lugar á frases ingeniosas, siempre frecuentes entre los pequeño-rusos.

El filósofo tomó asiento en el círculo que todos formaban al aire libre junto á la puerta de la cocina. Pronto apareció en el dintel de ésta una mujer vestida con un corpiño encarnado y colocó en medio del círculo de criados una cazuela llena de albóndigas. Todos sacaron sus cucharas de palo ó á falta de ellas un pedazo de madera con que pinchar las albóndigas. Apenas comenzaron las bocas á moverse con alguna lentitud y á apaciguarse el hambre canina de los estómagos, los comensales pusieron á charlar, y claro es, la conversación recayó sobre la difunta.

—¿No es verdad? dijo un pastor de escasa edad, que ostentaba en la correa que le cruzaba el pecho tantos botones y colgantes que parecía la tienda de un mercero; ¿no es verdad, que la señorita, que en paz descansa, tenía tratos con el Malo?

—¿La señorita? dijo Dorosch, antiguo conocido de nuestro filósofo. ¿Cómo no había de tenerlos, si

era una bruja de cuerpo entero? ¡Palabra que era una bruja!

—Basta, basta, Dorosch, dijo uno de los presentes, el mismo que en la venta había demostrado tan gran capacidad para consolar á la gente. Eso no nos importa. Dios la tenga en su gloria.

Pero Dorosch tenía ganas de hablar. Momentos antes de la cena había ido á ver al encargado de la bodega para hablarle de un asunto importante y saludar de paso dos ó tres toneles y había salido de la visita con tantos ánimos que no parecía dispuesto á dejar que metiesen baza los demás.

¿Qué quieres? ¿Que me calle, no es eso? ¡Que me calle cuando la señorita se ha paseado á caballo sobre mis espaldas! Por mi salud que no miento.

—Diga V. Dorosch, preguntó el pastor joven de los botones y colgajos, ¿tienen las brujas algún signo por el que pueda distinguírselas?

—¡Ninguno! replicó Dorosch. ¡Ninguno! Aunque te pongas á leer el psalterio de cabo á rabo!

—No digas eso, Dorosch; no digas eso, exclamó el cosaco de antes. No en vano dió Dios á cada uno costumbres diferentes. Los que entienden de ciencia dicen que las brujas tienen rabo.

—Todas las viejas son brujas, dijo friamente un cosaco de cabellos blancos.

—¡Bueno está V! le replicó la vieja que llenaba de albóndigas la vacía cazuela. ¡Si las viejas son brujas, los hombres son jabalíes!

El cosaco aludido que se llamaba Yabtuj y de apodo Kobtun se sonrió plazeramente al observar el efecto de sus palabras y el vaquero soltó una carcajada tan estrepitosa que parecía el mugido de un rebaño de bueyes.

La conversación iniciada determinó en el filósofo el invencible deseo de averiguar algo concreto

acerca de la hija del *sotnik* y así, volviéndose hacia su vecino, preguntó:

—¿Por qué decísteis que la señorita era bruja? ¿Acaso ha hecho daño á alguien ó ha perdido el alma de alguno?

—De todo hubo, respondió uno de los presentes, cuyo rostro parecía una pala.

—¿Quién no se acuerda de lo del Mikita el perrero y de aquello de?..

—¡Callarse! que voy á contar lo del perrero Mikita, exclamó Dorosch.

—¡Deja, que lo contaré yo, por que era compadre, mío, dijo el mozo de cuadra!

—¡No, lo contaré yo! dijo Spirido.

—¡Que lo cuente Spirido! gritó la asamblea.

Spirido comenzó á usar en esta forma de la palabra que le había sido concedida.

—Tú, señor filósofo, no conociste á Mikita. Hombrés como él caen pocos en libra. A cada perro lo conocía como si fuese su padre. El actual perrero Mikola, que está sentado el tercero después de mí, no le llega ni á la suela de los zapatos y aunque conoce su oficio es como si dijéramos una basura al lado suyo ¿entiendes?

—Muy bien hablado, muy bien, gritó Dorosch moviendo la cabeza en señal de aprobación.

—Veía las liebres más pronto que un rayo, prosiguió Spirido. Solía silbar y gritar: eh ¡*Rasbaya!* eh ¡*Wistraya!* y se lanzaba al galope con tal furia que no era posible saber quien corría más, él ó los perros. Se bebía los cuartillos de aguardiente en un abrir y cerrar de ojos como nadie, ¡Qué hombre aquel! Pues, señor, hará poco tiempo de esto, le dió por mirar y remirar á la señorita. ¿Se enamoró de ella ó lo embrujaron? No se sabe, pero el hecho fué que se perdió. Se afeminó. Se convirtió... ¡fu! ¡ni decirse puede!

—¡Muy bien! dijo Dorosch.



—Apenas lo miraba la señorita las riendas se escapaban de la mano y á Razboya, lo llamaba Brobki. Tropezaba y no sabía lo que hacer. Un día, entró la señorita en la cuadra, mientras él lavaba un caballo. ¡Mikita, te voy á poner el pie encima! le dijo. Y el muy memo se sonrió y le dijo: No solo el pie si no el cuerpo, si quieres sentarte. La señorita levantó la pierna y al verla él, tan blanca y tan bonita perdió el juicio, bajó la cabeza, cogió las piernas de la señorita y echó á correr llevándola encima... ¿Adónde fueron?, eso ni él mismo lo pudo decir después, pero volvió medio muerto y desde aquel día se puso más seco que un esparto y un día fueron á la cuadra y en vez de Mikita se encontraron con un montón de cenizas y un jarro vacío. ¡Se había quemado del todo: se quemó el mismo! Y era un perrero como no volveremos á tenerlo.

Al terminar Spirido su relato, todos alabaron al difunto perrero.

—¿Y de lo Schepchija, no sabes nada? preguntó Dorosch volviéndose hacia Tomás.

—¡No!

—¡Ja, ja ja! Por lo visto, en el Seminario no os enseñan nada que tenga sentido común. Pues escucha. En nuestro pueblo vive un cosaco, llamado Scheptun, un buen cosaco. Le gusta, alguna vez que otra robar y mentir sin necesidad, pero es un buen cosaco. Su casa no está lejos de aquí. Pues verás cierto día, en hora parecida á esta se acostó Scheptun, terminadas las faenas del día y como el tiempo era bueno, su mujer se tendió en el patio y Scheptun dentro de la casa en un banco ó Scheptun en el patio y Schepchija en la casa...

—Y no en un banco, sino en el santo suelo, estaba Schepchija, exclamó una vieja que escuchaba el relato desde el dintel de la cocina con una mano puesta en la mejilla.

Dorosch la miró, clavó los ojos en el suelo, volvió á mirarla y tras corto silencio, dijo:

—Si delante de todos te quitasen la falda no sería muy bueno el cuadro.

Esta advertencia hizo su efecto; la vieja se calló y no volvió á despegar los labios.

—En la cuna, que estaba colgada del techo de la habitación, prosiguió Dorosch, había una criatura, no se de qué sexo. Schepchija se acostó y al cabo de un rato oyó un ruido parecido al de un perro que se restriega contra una puerta y unos aullidos tales que era preciso echar á correr. Se asustó porque las mujeres son tan tontas que en cuanto cae la noche con sólo sacarles la lengua se desmayan. Sin embargo, pensó: Le voy á dar á ese perro un palo en los hocicos á ver si calla. Cogió una estaca que tenía á mano y fué abrir la puerta. Apenas la entreabrió le pasó el perro entre las piernas y se fué derecho á la cuna del niño.

Schepchija observó que lo que ella creía perro no era tal perro, sino la señorita. Después de todo, si la señorita quería ir de paseo nadie tenía que impedirselo pero el hecho era que estaba toda azul y que le ardían los ojos como carbones. Cogió al niño, le mordió en la garganta y bebió la sangre. Schepchija gritó: ¡Dios mío! y salió corriendo del cuarto. Abajo, la puerta estaba cerrada. Se metió en la despensa, se sentó en el suelo y se puso á temblar. Entonces llegó la señorita, se acercó á ella y empezó á comérsela.

Por la mañana Scheptun encontró á su mujer medio comida y toda negra. De allí á dos días se murió la muy tonta. Cosas de esta índole las había á cada paso. ¡Aunque se trate de una familia noble cuando se es bruja, se es bruja!

Una vez terminada su relación Dorosch paseó la satisfecha mirada por el auditorio y encendió la pipa.

El tema de la bruja se hizo interminable. Cada cual se apresuró á decir algo. A uno se le había aparecido en forma de haz de trigo en las mismas puertas de su casa. A otro le había robado la pipa ó la gorra. A más de una muchacha le había cortado la trenza. A otras les había chupado la sangre por libras.

Por último, la asamblea volvió en su acuerdo y reparó que había charlado demasiado, pues ya la obscuridad era completa. Los criados fueron á tenderse en los camastros colocados en la cocina, en las granjas ó en medio del patio.

—Ahora señor Tomás, razón es que vayamos á donde está la difunta, dijo al filósofo uno de los cosacos y dicho esto encamináronse á la iglesia. Formaban parte de la comitiva del estudiante, Dorosch, Spirido y dos cosacos más. Durante el trayecto hubieron de apartar á latigazos los canes que pululaban por el pueblo, animales de tan mala condicion que por tal de morder hincaban los dientes en los palos.

A pesar de que el filósofo con un buen jarro de aguardiente había hecho acopio de valor, la cobardía que se aposentaba en su ánimo aumentaba á medida que se acercaban al templo cuyas luces brillaban en lontananza. Los horripilantes relatos que acababa de escuchar contribuían á excitar todavía más su imaginación.

Las tinieblas que reinaban al pie de las empalizadas y debajo de los árboles del camino comenzaron á esclarecerse y este se hizo más despejado y más cómodo. Transpusieron por último la añosa valla de la iglesia y penetraron en un pequeño patio más allá del cual no había árbol alguno, sino campos yermos y praderas envueltas en las sombras profundas de la noche.

Los cosacos subieron la tosca escalinata de madera que daba acceso al templo y penetraron en

éste. Una vez allí, desearon al filósofo que llevase á feliz término su cometido y lo dejaron solo, no sin haber echado la llave á la puerta conforme á la orden expresa del *sotnik*.

## VI

El filósofo se quedó solo. Primero, bostezó; estiróse después; á continuación se sopló en las manos y por último paseó la mirada alrededor suyo.

El féretro yacía en medio del templo. Ante las ennegrecidas imágenes ardían velas que iluminaban el presbiterio, pero cuya luz apenas llegaba al centro de la iglesia, dejando sus apartados ángulos envueltos en profundas tinieblas.

El alto y vetusto presbiterio mostraba á las claras el abandono, y sus tallas doradas brillaban solamente en algunos sitios por haberse ennegrecido en otros y caídose completamente el oro en los demás. Los rostros de los santos habían sufrido idéntica transformación y aparecían sombríos y medrosos.

El filósofo paseó de nuevo la mirada por la Iglesia.

—¿De qué voy á tener miedo? murmuró. Nadie puede entrar aquí y por lo que hace á los muertos y á las apariciones sé plegarias que con solo recitarlas no me tocarán ni al pelo. ¡Leamos!

Llegado que hubo al coro reparó en unos paquetes de velas.

—¡Magnífico! exclamó. Voy á iluminar la iglesia de tal suerte que se verá en ella como si fuese de día. ¡Ja! ¡ja! ¡qué lástima que en la mansión del Señor no pueda fumarse una pipa!

El filósofo colocó velas en todas las cornisas, en los facistoles, delante de todas las imágenes, sin reparar en el número, de modo que la iglesia se llenó

de luz. En lo alto, las sombras tomaban tonos azulados y los santos miraban desde sus marcos dorados con lúgubre expresión.

Tomás se acercó al ataud; lo consideró con temor, primero, más después no pudo apartar los ojos del rostro de la muerta, tan terrible y fascinadora era su hermosura.

Tomás quiso alejarse, pero llevado de ese sentimiento extraño é inexplicable que á sí mismo se contradice y que jamás abandona á los poseídos por el miedo, al retirarse miraba, al mirar temblaba y, sin embargo, no apartaba los ojos del objeto de su horror.

La belleza de la muerta era tan pura que parecía sobrenatural. Quizás no hubiese infundido al filósofo tal terror si hubiese estado menos hermosa más su fisonomía no era la de un cadáver sino la de un ser vivo y al estudiante le parecía que aquellos ojos cerrados lo miraban y que del párpado derecho se escapaba una lágrima que al resbalar por la mejilla resultó ser una gota de sangre.

Con paso rápido marchó al presbiterio, abrió el libro y, para infundirse ánimos, se puso á leer en voz alta cuyos ecos se deslizaron por las paredes mudas desde hacía luengos años, esparciéndose por los ámbitos de la iglesia en medio del mortuorio silencio.

—¿De qué voy á tener miedo? pensó. Nadie puede entrar aquí, ni ella se levantará de su ataud al oír la palabra de Dios ¿Qué me importa que esté ahí? ¡Buen cosaco sería yo si me dejase dominar por el miedo! De seguro he bebido demasiado y por eso me asusto. Tomaré rapé. ¡El tabaco es una gran cosa, un descubrimiento magnífico!

Apesar de todo, cuando terminaba una página miraba á hurtadillas hacia el féretro y le parecía oír una voz que decía:

—¡Mira, mira! ¡Ya se levanta! ¡Mira, ya sale del féretro!

Pero no; el silencio era fúnebre, el féretro yacía inmóvil y las velas derramaban torrentes de luz. ¡Lúgubre era, en verdad, aquella iglesia iluminada en medio de la noche y encerrando á un vivo y á una muerta!

Tomás levantó la voz y se puso á cantar en diferentes tonos para ahuyentar el miedo, pero á cada instante volvía los ojos preguntándose involuntariamente: ¿Y si se levantase?

Pero no, el ataúd no se movía. ¡Si al menos se hubiese oído algún ruido que delatase la presencia de un ser viviente, aunque no fuese más que el canto de un grillo! Pero no, allí no había nadie, ni se percibía más ruido que el chisporroteo de las velas ó el rumor apenas perceptible de las gotas de cera que caían al suelo.

¿Y si se incorporase?

La muerta comenzó á erguir la cabeza.

El filósofo lanzó una mirada de terror y apartó la vista.

No, no era ilusión de los sentidos. La muerta no yacía, estaba sentada en la caja. Tomás, que había apartado los ojos de aquel cuadro los clavó en él, de nuevo poseído de horror. La difunta se había puesto en pie y andaba por la iglesia con los ojos cerrados y los brazos abiertos como si quisiera aprisionar á alguien en ellos. Iba derecha hacia donde estaba Tomás el cual aterrorizado trazó un círculo entorno suyo y para reforzarlo, comenzó á recitar oraciones y conjuros, entre ellos uno que le había enseñado un monje que se había pasado la vida luchando contra las asechanzas de los espíritus malignos. La muerta se detuvo ante aquel círculo; veíase que no podía transpararlo y su rostro se volvió azulado como de una persona muerta hacía días. Tomás no tuvo valor para mirarla, tan

horrible se había vuelto. Los dientes del cadáver castañeteaban y sus ojos se abrían, pero nada podía ver y así, poseído de rabia, como lo revelaba el temblor de su rostro púsose á recorrer la Iglesia con los brazos extendidos, cogiendo las columnas y buscando á Tomás en todos los rincones. Por último se detuvo hizo un gesto de amenaza y se tendió en el ataúd.

Tomás, poseído de terror no cesaba de mirar. De repente, el féretro se levantó y echó á volar con terrible silbido por la iglesia, cruzándola en todas direcciones. El estudiante lo vió pasar casi sobre su cabeza, más reparó que no podía tocar el círculo que había trazado ni sobreponerse á sus conjuros. El cadáver se tornó verde.

El canto del gallo se escuchó á lo lejos y la muerta se desplomó en la caja, cuya tapa se cerró con ruido.

Sudoroso, con el corazón palpitante, pero alentado por el canto del gallo, leyó Tomás las hojas que le faltaban.

Apenas rayó el alba vinieron á buscarlo el diácono y Yabtuj que aquella vez ejercía las funciones de sacristán.

## VII

Llegado que hubo al lecho el filósofo tardó largo tiempo en dormirse, más cuando lo hubo conseguido, gracias al cansancio que lo abrumaba, no despertó hasta la hora del almuerzo y entonces los sucesos de la víspera le parecieron sueños. Para que reparase las fuerzas le sirvieron un cuartillo de aguardiente y mientras duró la comida tomó parte en la conversación y devoró buena parte de un no pequeño marranillo.

De lo que le había acaecido durante la noche no se atrevió á hablar, obedeciendo á un sentimien-

to extraño que él mismo no pudo explicarse y contestó á las preguntas de los curiosos diciendo que, en efecto, le habían acaecido todo género de maravillas.

El filósofo era de las personas que cuando comen bien se muestran extraordinariamente filantrópicas y así se recostó, encendió la pipa y se puso á mirar los comensales con ojos muy húmedos, sin cesar de escupir.

Después del almuerzo recobró toda su energía.

Se paseó por el pueblo, trabó amistad con la mayor parte de los vecinos, lo echaron de dos casas en que penetró y una moza de buen ver le midió las espaldas con una pala por haber querido enterarse de qué tela era el corpiño que llevaba. Poco le duró el buen humor, pues á medida que se acercaba la noche fué poniéndose pensativo y cabizbajo.

Mientras llegaba la hora de la cena pusiéronse los criados á jugar á los bolos y á la *cascha*, que es este mismo juego con la diferencia de que el vencedor tiene derecho á pasearse á horcajadas sobre el vencido. El juego adquirió interés. Unas veces el vaquero, que era ancho de espaldas y grueso, montaba sobre los hombros del porquero que era pequeño y débil y con la cara arrugada. Otras veces era Dorosch el que montaba sobre el vaquero exclamando: ¡Este sí que es un buey!

En la puerta de la cocina se habían sentado los más formales y contemplaban el cuadro con mucha seriedad sin soltar la pipa de la boca aun cuando la juventud los increpase con palabras inconvenientes. En vano procuró Tomás mezclarse en el juego. Las ideas más lúgubres le atormentaban como clavos que tuviese hundidos en el cerebro y por más que hacía por desecharlas y por animarse, el terror se iba apoderando de su espíritu á



medida que las sombras de la noche se dilataban por el cielo.

—Señor filósofo, ya es hora, le dijo el viejo cosaco amigo suyo levantándose. Vamos á trabajar.

Dorosch se levantó también y ambos le condujeron á la Iglesia en la misma forma que la víspera, y allí le encerraron.

Al contemplar de nuevo las ennegrecidas imágenes, los resplandecientes marcos y el ataúd inmóvil en el medroso silencio de la iglesia, el filósofo fué presa del terror.

—¿Y qué? Esto no es ninguna maravilla para mí. Esto impone la primera vez pero la segunda parece la cosa más natural del mundo, murmuró, y marchando presuroso al presbiterio, trazó un círculo al rededor suyo, recitó un conjuro y se puso á leer en voz alta resuelto á no levantar los ojos y á no distraerse por nada de este mundo.

Una hora ó poco más llevaba leyendo cuando se detuvo un instante para toser y para tomar un polvo de rapé. Entonces se le ocurrió mirar hacia el féretro... El corazón se le heló. La muerta estaba de pie en el borde mismo del círculo y clavaba en él la mirada de sus ojos vidriosos. Tomás se estremeció. Fijó los ojos en el libro y tornó á sus oraciones y á sus conjuros notando, como la víspera, que la difunta rechinaba los dientes y abría los brazos procurando cogerlo. Pero no lo veía y lo buscaba en sitio distinto al que ocupaba.

Entonces la muerta comenzó á murmurar palabras misteriosas, cuyo rumor semejava al de la pez que hierve á gruesos borbotones. ¿Qué significaban? El filósofo no lo sabía, pero comprendió que entrañaban terribles amenazas y que tendía á desvirtuar sus conjuros. Como obedeciendo á una señal, el viento penetró en la iglesia produciendo un ruido semejante al batir de innumerables alas. Tomás creyó percibir el choque de éstas contra las

vidrieras de las ventanas y los marcos de hierro, el chirrido de aceradas garras al deslizarse por los zócalos y un ruido confuso, como el que hubiesen producido los esfuerzos de un ser poderoso é invisible por forzar la puerta y penetrar en el templo.

A Tomás le latía desenfrenadamente el corazón relampagueábanle los ojos y sus labios se agitaban murmurando oraciones.

El canto del gallo se escuchó en lontananza. Tomás se detuvo y respiró.

Los que fueron á buscarlo lo hallaron medio muerto. Tomás los miró fijamente, recostado en la pared, y durante el camino tuvieron que sostenerlo para que no diese con su cuerpo en tierra.

Llegado á la casa del *sotnik*, pidió un cuartillo de aguardiente y después de beberlo se mesó los cabellos exclamando:

—En este mundo se ven cosas de todas clases... y á veces, se pasan tales sustos que... Movi6 las manos y calló.

Los que lo rodeaban bajaron la cabeza al oir esto y hasta un mozuelo á quien los criados concedían el derecho de sustituirlos cuando se trataba de limpiar la cuadra ó de acarrear agua, hasta este mozuelo abrió la boca.

Acertó en esto á pasar por allí la ayudanta de la cocinera, vistiendo un corpiño bordado que dibujaba las redondeces de su talle. Era la tal ayudanta coqueta hasta la exageración y por tal de componerse, capaz de prender á su corpiño lo mismo una cinta que un clavel ó un pedazo de trapo, cuando no había otra cosa.

—Buenos días, Tomás exclamó al ver al filósofo, ¡Ay, ay! ¿qué te ha pasado? añadió dando una palmada.

—¿Por qué, majadera?

—¡Dios mío! ¡Si se te ha puesto el pelo blanco!

—¿Eh, eh? ¡Pues no ha dicho más que la verdad!

exclamó Spirido mirando atentamente al estudiante. Se te ha puesto el pelo tan blanco como al mismo Yabtuj.

El filósofo al oír esto corrió como un loco hacia la cocina, donde había visto pegado á la pared un pedazo de espejo manchado por las moscas, pero rodeado de claveles y otras flores que demostraban que su destino era auxiliar la coquetería de las damas, y vió con horror que era cierto lo que decían. La mitad del pelo se le había puesto blanco. Tomás bajó la cabeza y se puso á reflexionar.

—Voy á ver al amo, dijo de allí á poco; le contaré todo y le diré que no quiero rezar más. ¡Permita Dios que me mande ahora mismo á Kief!

Animado de este propósito se dirigió hacia la escalinata de la casa señorial.

El *sotnik*, se hallaba en su sala sentado é inmóvil, como la primera vez. Su rostro revelaba el mismo punzante dolor; las enflaquecidas mejillas denotaban no haber probado bocado y la extraordinaria palidez le daba cierta inmovilidad marmórea.

—Buenos días, dijo al ver al estudiante que se había parado en el dintel con la gorra en la mano. ¿Qué tal te va? ¿Bien?

—Bien, bien. Se ven en este mundo tales diablerías, que más vale coger la gorra y echar á correr hasta donde lo lleven á uno las piernas.

—¿Cómo?

—¡Sí señor! Vuestra hija... Al parecer era de linaje noble, cosa que nadie pretenderá negar, pero no en vano hay que rogar á Dios porque tenga misericordia de su alma.

—¿Qué pasa con mi hija?

—¿Qué pasa? ¡Pues que ha hecho pacto con Satanás! El terror que infunde es tal, que no puede describirse...

—¡Reza, reza! No en vano te designó á tí. La pobrecilla se preocupaba de su alma y quiso que por

medio de las oraciones que tu dijese se marchasen las malas ideas que pudo tener.

—Será lo que queráis, señor, pero yo no puedo seguir rezando.

—¡Reza, reza! exclamó el *sotnik* con tono que no admitía réplica. Ya no te queda más que una noche. Con ello harás una obra de caridad y obtendrás una buena recompensa.

—¡Sea la que quiera la recompensa! ¡No rezaré más, aunque así lo queráis! exclamó Tomás con energía.

—Escucha filósofo, le replicó el *sotnik*, con tono duro y amenazador. Tus salidas de tono no me gustan. ¡Allá en el Seminario podrás permitirte pero en mi casa, no! Yo también se dar azotes á la gente pero no como el Rector. ¿Sabes lo que es un buen látigo de cuero?

—¿Cómo no? respondió el filósofo bajando la voz. Todo el mundo sabe lo que es un látigo de cuero. Cuando loslatigazos son muchos no pueden soportarse.

—¡Eso es! Pero lo que seguramente no sabes es la maña que se dan mis criados para manejarlos, añadió el *sotnik* poniéndose en pie y dando á su fisonomía la expresión de arrogancia y crueldad propias de lo indómito de su carácter agobiado por el dolor que lo embargaba. En mi casa, se pega primero, después se rocían las espaldas con aguardiente y luego se vuelve á pegar. ¡Anda, anda, y concluye lo que tienes que hacer! ¡Si no me obedeces no volverás á andar en dos pies; si concluyes tu tarea te daré mil escudos!

—¡Caracoles! pensó el filósofo al salir; no es poco listo el hombre; con él no se puede jugar. ¡Espera, espera, amigo, que de tal modo voy á tomar el portante que ni tú, ni tus criados, ni tus perros podréis dar conmigo!

Tomás resolvió huir. Esperó que llegase la hora

siguiente á la del almuerzo, durante la cual la servidumbre se agrupaba en las puertas de las granjas y abría la boca dejando escapar tan grandes ronquidos y silbidos tan penetrantes que el patio se parecía al de una fábrica durante el trabajo.

El tan deseado instante llegó por fin. El mismo Yabtuj parpadeaba tendido al sol... Asustado y tembloroso se dirigió muy quedo hacia el jardín señorial, desde donde le pareció que sería obra fácil y cómoda el salir al campo sin que nadie lo viese, tan abandonados se hallaban aquellos lugares y tan á propósito eran para cualquier empresa misteriosa. Excepto una vereda por la que pasaban los criados, todo lo demás estaba cubierto por las ramas de frondosos cerezos silvestres y de una infinidad de plantas que crecían libremente, ofreciendo á los atrevidos, nudos y ramas á propósito para trepar y escaparse. La hiedra cubría como una red la pintoresca colección de diversos árboles y de matorrales salvajes, formando á modo de techo del que pendían gruesas campanillas y enroscados tallos. Detrás de la valla que servía de límite al jardín, se dilataba un verdadero bosque de matajos por nadie curioseado y donde una hoz se hubiera hecho polvo al herir con su filo los leñosos troncos de aquellas plantas silvestres.

Cuando el estudiante quiso transponer la valla le castañeaban los dientes y el corazón le latía con tal fuerza que él mismo se asustó. Los faldones de su levitón se agarraban al suelo como si alguien los clavase en el mismo y una vez que puso la valla le pareció oír un murmullo extraño parecido al de una voz que murmurase: ¿Adónde vas? ¿Adónde vas?

El filósofo se hundió en aquel mar de plantas salvajes y echó á correr, tropezando constantemente con las añosas raíces y dando con las cañas de los pies en las ramas que arrastraban por el

suelo. Al salir de aquella maleza tenía que cruzar un campo á un extremo del cual había un zarzal espeso donde pensó estar á cubierto, tanto más cuanto que según sus cálculos no debía estar á lejos del camino de Kiew.

Atravesó rápidamente la explanada y llegó al zarzal deslizándose por entre las espinas no sin dejar en ellas pedazos de su sotana y dió con su cuerpo en un barranco. Las ramas de los árboles formaban allí una espesa bóveda y tocaban el suelo en algunos sitios. Un arroyuelo, cruzaba el barranco, brillando como si fuera de plata líquida. Tomás al verlo se inclinó y satisfizo la sed, acrecentada por la impaciencia que sentía.

—¡Qué agua más hermosa! exclamó secándose los labios. Aquí quizás se podría descansar.

—No, más vale que sigamos adelante, pues si no, la persecución va á ser muy desigual, replicó una voz á sus espaldas.

El estudiante se volvió. Delante de él estaba Yabtuj.

—¡Llévente los diablos! murmuró. Si lo hubiera sabido tomo las de Villadiago. ¡Lástima de vara de acebuche con que romperte la cara!

—En vano has dado todo este rodeo, dijo Yabtuj, mejor hubiera sido venir por el mismo camino que yo, pues pasa por delante de las cuadras; así no te hubieras estropeado la ropa. ¡Lástima de paño, era buenísimo! ¿A cuanto pagaste la vara? Vaya, nos hemos paseado bastante, volvamos á casa.

El filósofo se rascó la nuca y echó á andar detrás de Yabtuj.

—Ahora, murmuró, la maldecida bruja hará conmigo lo que le venga en gana. ¿Después de todo, porqué he de tener miedo, no soy cosaco? Ya he rezado dos noches, pues rezaré la tercera con la ayuda de Dios. Por lo visto la dichosa bru-

ja ha pecado muy regularmente cuando así la proteje el diablo.

Pensando en estas cosas penetró en el patio de la casa señorial. Habiéndose animado algún tanto con las reflexiones de que hemos hecho mención rogó á Dorosch (el cual merced á la amistad que le unía al encargado de la bodega entraba en ésta cuando le venía en gana) que le trajese un frasco de aguardiente y habiéndolo traído, se sentaron bajo un cobertizo y despacharon cosa de medio pellejo de tan preciado licor.

De pronto se puso el filósofo á dar grandes voces diciendo:

—¡Eh! ¡músicos! ¡Qué vengan los músicos! Y sin esperarlos siquiera se fué á un lugar despejado y se puso á bailar no parando de moverse, con gran contento de la servidumbre que formaba círculo alrededor suyo, hasta la hora de la cena. Cuando se detuvo, escupió y fuese diciendo á cuantos lo miraban:

—¡Así baila un hombre!

Después se tendió y se quedó tan dormido que para despertarlo tuvieron que rociarle con agua fría. Cuando cenó se puso á decir que él era cosa-co y que no tenía miedo á nada ni á nadie.

—Ya es hora, dijo Yabtuj. Vayamos.

—¡Permita Dios que se te seque la lengua, maldito! murmuró el estudiante. Vamos allá, añadió en voz alta.

Durante el camino miraba á derecha y á izquierda y charlaba alegremente con sus acompañantes, pero Yabtuj guardaba silencio y Dorosch no parecía tener ganas de contestarle.

La noche era infernal; los lobos aullaban á lo lejos en bandadas y el ladrido de los perros era medroso.

—¡Parece que los que aullan son bichos raros y

no lobos! exclamó Dorosh. Yabtuj no replicó ni el filósofo encontró cosa que responderle.

### VIII

Llegados que fueron á la vetusta iglesia, Yabtuj y Dorosh dejaron solo al estudiante y cerraron la puerta.

Todo estaba lo mismo, todo tenía el mismo aspecto, sombrío, medroso y amenazador. Tomás se quedó parado un instante en el centro de la iglesia.

—No tendré miedo, no, se dijo.

Trazó un círculo, como las otras noches y se puso á recitar los conjuros que sabía. El silencio era lúgubre, las llamas de los cirios vertían su luz oscilando lentamente. El filósofo volvió una página, después otra y observó que leía cosas que no estaban escritas. Se santiguó y comenzó á cantar. La lectura progresó y las páginas se sucedieron rápidamente.

De repente, saltó la tapa del féretro y la difunta se levantó. Estaba aún más horrorosa que la víspera; los dientes le castañeteaban; los labios torcidos por el furor proferían tremendas amenazas y sus brazos se movían convulsivamente.

Un torbellino penetró en la iglesia. Las sagradas imágenes cayeron al suelo y los cristales de las ventanas llovieron hechos añicos. La puerta se salió de sus goznes y una multitud innumerable de monstruos penetró en la casa del Señor. El templo trepidó al batir de las alas y al chirrido de las garras que resbalaban ó se posaban. Infinidad de seres infernales revolotearon buscando al filósofo. Los últimos vapores del aguardiente se disiparon en el cerebro de Tomás el cual se santiguó y prosiguió rezando.

Los diablos lo rodeaban aunque sin tocarlo ni



siquiera con las extremidades de las alas ó la punta de las colas. No tuvo valor para mirarlos. Vió solamente que el muro del fondo se hallaba casi oculto por un ser monstruoso cuyos largos cabellos semejaban un bosque y cuyos ojos miraban á través de aquella red. Detrás del monstruo se veía algo parecido á una burbuja enorme, de cuyo centro partían millares de tentáculos y de patas como las de escorpión á cuyas uñas se adherían terrones de negruzca tierra.

—Todos los diablos miraban hacia el estudiante sin poder verlo, defendido como se hallaba por el misterioso círculo.

—¡Qué venga Wy! ¡Poneos detrás de Wy! gritó la bruja.

Reinó en la iglesia un profundo silencio. Oyóse en lontananza el aullido de los lobos. Sordos pasos resonaron sobre el pavimento. Tomás miró á hurtadillas y vió que traían á un hombre bajo de cuerpo, ancho de espaldas y torcido de piernas. Cubríalo por completo una capa de tierra. Sus piernas y sus brazos eran semejantes á raíces musculosas recién arrancadas del suelo. Caminaba despacio y á cada instante se detenía. Las pestañas de aquel monstruo eran tan largas que le llegaban al suelo. Tomás notó que tenía el rostro de hierro. Lo trajeron hasta donde estaba Tomás.

—¡Levantadme las pestañas! ¡que no veo! exclamó Wy con voz cavernosa y todos se precipitaron á levantarle las pestañas.

El filósofo escuchó una voz que le decía:

—¡No mires!

No supo contenerse y miró.

—¡Hélo aquí! gritó Wy, dirigiendo hacia él su dedo de hierro. Todos los diablos sin excepción se precipitaron hacia él. El espanto del aludido fué tan grande que cayó al suelo y exhaló el ánimo.

Se oyó el canto del gallo. Era ya la segunda vez

que cantaba; la primera no la oyeron los diablos. Asustados, dirigiéronse hacia las ventanas y las puertas para escaparse, más ya era tarde: allí se quedaron.

Al llegar el sacerdote, apenas rayó el alba, se detuvo al contemplar aquella profanación de la casa de Dios y no se atrevió á decir la misa de difuntos.

La iglesia se quedó en aquel estado por los siglos de los siglos, con los demonios caídos junto á las puertas y al pie de las ventanas. Plantas salvajes crecieron alrededor del templo formando espeso bosque, defendido por enormes zarzales y hoy día nadie puede dar con el camino que á ella conduce.

## IX

Cuando el rumor de este suceso llegó á Kief y el teólogo Jallava se enteró del triste sino de su compañero Tomás, se entregó por más de una hora á la meditación. Grandes cambios habían sobrevenido en su vida durante aquel tiempo. La felicidad le sonreía pues al terminar sus estudios científicos, habíanlo hecho campanero de la torre más alta de la ciudad y casi siempre lo veían con la nariz estropeada, pues la escalerilla de la susodicha torre estaba construída con singular descuido.

—¿Has oído lo que le ha pasado á Tomás? dijo llegándose á él Tiberio Gorobez, á la sazón filósofo y bigotudo.

—Díos lo ha dispuesto así, contestó el campanero. Vamos á la taberna y honremos su memoria.

El joven filósofo, que llevado del entusiasmo que su nueva posición le producía, usaba de los derechos anejos á ella hasta el punto de que sus pantalones, su levitón y hasta su gorra apestaban

á aguardiente y á tabaco, se mostró al punto dispuesto á seguirlo.

—¡Qué hombre más notable fué Tomás! exclamó el ex-teólogo, cuando el lisiado tabernero le puso delante el tercer jarro de vino. ¡Qué notable era! ¡y decir que se perdió por una simpleza!

—Ya sé yo por qué se perdió, dijo el filósofo; se perdió por que tuvo miedo, que si no llega á tenerlo nada le hubiera podido hacer la bruja. Basta y sobra con santiguarse y escupirles en la misma punta del rabo para que nada suceda. En Kief todas las viejas que venden en el mercado son brujas.

El campanero asintió á las razones de Gorobez y al reparar que su lengua no podía pronunciar una sola palabra se levantó de la mesa y fué tambaleándose á ocultarse en el lugar más apartado que halló, en medio de la maleza, no sin haberse llevado antes por no faltar á su antigua costumbre, una suela vieja que encontró rodando por el suelo.







# EL KAN Y SU HIJO

---

**H**UBO una vez en Crimea un Khan llamado Mosoláin El Asbad y este Kan tenía un hijo que se llamaba Tolaik Algalla...» Apoyado en el tronco de un árbol, un mendigo ciego, tártaro, comenzó con estas palabras una de las viejas leyendas de la península, ricas en recuerdos, y alrededor del cuentista, sentados sobre las piedras esparcidas de un palacio regio destruído por el tiempo, había un grupo de tártaros con túnicas de colores llamativos y gorros bordados en oro. Era el atardecer y el sol se hundía lentamente en el mar, sus rojos rayos penetraban á través del follaje de las plantas, que crecían en torno de las ruinas y proyectaban luminosas manchas sobre las piedras cubiertas de musgo, envueltas en verde terciopelo. El viento jugueteaba en las copas de los altos plátanos y el follaje de éstos murmuraba de igual modo que si corriesen por el aire, invisibles, melodiosas fuentes.

La voz del mendigo era débil y temblaba y su rostro pétreo, surcado de arrugas, reflejaba la paz. Las palabras, sabidas de memoria, brotaban una tras otra y ante los oyentes surgía un cuadro de los días pretéritos, ricos en fuerza.

—El Khan era viejo—decía el ciego, pero tenía en su harem numerosas mujeres. Y ellas amaban al anciano porque aún tenía fuego y vigor bastante y eran sus caricias ardientes y las mujeres amarán siempre á quien sepa amarlas aunque sea viejo, aunque su rostro se halle surcado de arrugas... la belleza está en la fuerza y no en la tersura del cutis, ni en el sonrosado color de las mejillas.

Todas le amaban, pues, y él prefería á una cosaca de las estepas del Dnieper y siempre la acariciaba con más gusto que á las demás mujeres del harem, de su gran harem donde había trescientas mujeres de distintas tierras y todas eran bellas, como flores de Abril y todas vivían bien.

Para ellas mandaba preparar infinitos manjares sabrosos y dulces y dejaba que bailasen y cantasen siempre que querían...

Pero á su cosaca la llamaba con frecuencia á su baño desde el cual se contemplaba el mar y donde había preparado para ella cuanto podía apetecer: dulces, telas diversas, oro y piedras de múltiples colores, músicas y aves extrañas de lejanas tierras y ardientes caricias... En este baño pasaba el Khan con ella días enteros, descansando de los trabajos de su vida y sabiendo que su hijo Algalla no dejaría decaer las glorias de su reinado cazando lobos en las estepas rusas y tornando siempre de allí cargado de botín, con nuevas mujeres y glorias nuevas y dejando en pos de sí el terror, cenizas, sangre y cadáveres.

Una vez, regresó Algalla de una correría por tierras de Rusia y en su honor se celebraron grandes fiestas. Todos los príncipes de la península se juntaron en ellas y hubo juegos y festines y los jinetes para probar su destreza tomaron como blanco los ojos de los prisioneros y bebieron de nuevo, celebrando la bizarría de Algalla, terror de los enemigos, sostén del reino. Y el viejo Khan se enorgulle-

cía de la gloria de su hijo. Grato le era, á él, anciano, ver en su hijo á un valiente y saber que cuando él, achacoso, muriese, el reino se hallaría en manos vigorosas.

Grato le era pensar en ello y por eso, deseando demostrar á su hijo el amor que le tenía, le dijo delante de todos los príncipes y señores, en el banquete con la copa en la mano:

—¡Bravo eres, hijo mío. Alabado sea Alá y bendito sea el nombre de su profeta!

Y todos glorificaron el nombre del profeta con voz potente. Entonces dijo el Kan:

—¡Poderoso es Alá! El ha bendecido mi juventud en mi valeroso hijo y ya veo que cuando mis viejos ojos se cierren para siempre á la luz y los gusanos roan mi corazón, seguiré viviendo en mi hijo. ¡Alá es grande y Mahoma su verdadero profeta! Valiente es el hijo que tengo, robusto su brazo, audaz su corazón y claro su entendimiento. ¿Qué es lo que desees recibir de la mano de tu padre, Algalla? Dilo y tus deseos quedarán al punto satisfechos...

Y apenas se extinguió el eco de voz, he aquí que se levanta Tolaik Algalla y dice, bajando los ojos, negros como el mar de noche y lucientes como los del águila de las montañas:

—Dame la cosaca rusa padre mío. Guardó silencio el Kan, pero poco tiempo, el que era necesario para reprimir los latidos del corazón—y al punto dijo con voz firme y sonora:

—¡Tuya es! Terminado el banquete te la llevas...

El valeroso Algalla se encendió en regocijo, brillaron sus ojos de águila, púsose en pie, erguido y exclamó:

—¡Ya sabía que me la darías, padre y señor! Te conozco. Esclavo tuyo soy, soy tu hijo. ¡Toma mi sangre gota á gota, por tí moriría mil veces!

— Nada necesito, contestó el Kan é inclinó

sobre el pecho la blanca cabeza coronada por los años y por las victorias.

De allí á poco terminó el festín y ambos, al lado uno de otro y en silencio salieron del palacio y se encaminaron al harem.

La noche era obscura; no había luna ni estrellas ocultas como estaban por las nubes que á modo de espeso tapiz cubrían el cielo.

Caminaban en la sombra el padre y el hijo. De pronto dijo el Kan El Asbad:

—Mi vida se extingue de día en día y cada vez palpita con menos fuerza mi viejo corazón y cada vez hay menos fuego en mi pecho. La luz y el calor de mi existencia eran las amantes caricias de la cosaca. Dime, Tolaik, dime ¿tanto la necesitas? Llévate cien, llévate todas mis mujeres á cambio de ella...

Tolaik Algalla suspiró y guardó silencio.

—¿Cuántos días me quedan de vida? Pocos, muy pocos son los que he de pasar ya en la tierra. La última felicidad de mi vida es ella, es esa joven rusa. Ella me conoce, ella me ama. ¿Quién me amará á mí, anciano, cuando no esté ella? ¡Ninguna, Algalla!

Algalla callaba.

—¿Cómo voy á vivir, sabiendo que tú la abrazas, que ella te besa? Para la mujer no hay padre ni hijo, Tolaik. Para la mujer todos nosotros, hijo mío no somos más que hombres... Tristes serán para mí los días. ¡Pluguiera al cielo que mis viejas heridas se abriesen de nuevo, Tolaik, y que mi sangre se derramase! ¡Mejor fuera para mí no pasar de esta noche!

El hijo callaba. Detuviéronse ambos frente á la puerta del harem y, silenciosos, inclinada la cabeza sobre el pecho, permanecieron largo tiempo. La obscuridad reinaba en torno de ellos, corrían ve-



loces las nubes por el cielo, y el viento, agitando las copas de los árboles, cantaba.

—La amo hace mucho tiempo, padre, murmuró Algalla.

—Lo sé, más se también que ella no te ama, repuso el Kan.

—Mi corazón se hace pedazos cuando pienso en ella...

—¿Y el mío cuál quedará después? Y de nuevo callaron. Suspiró Algalla.

—Está visto que es verdad lo que una vez me dijo un santón: la mujer es siempre dañosa para el hombre. Cuando es bella despierta en los demás el deseo de poseerla y su esposo es presa de los celos; cuando es fea, su esposo, codiciando á las demás, es víctima de la envidia; y cuando no es bella ni fea, el hombre la convierte en hermosa y comprendiendo más tarde su error, sufre por ella...

—La sabiduría no remedia los males del corazón, dijo el Kan.

—Compadezcámonos mutuamente, padre..

El Kan levantó la cabeza y contempló tristemente á su hijo.

—Matémosla dijo Tolaik.

—Te amas á tí mismo más que á ella y más que á mí, murmuró el Kan después de breve silencio.

—Y tú también...

Y de nuevo callaron.

—Sí, y yo también; dijo el Kan lleno de tristeza. El dolor lo convertía en un niño.

—Qué, ¿la matamos?

—No puedo dártela, no puedo, dijo el Kan.

—Y yo no puedo más; arráncame el corazón ó dámela.

—El Kan guardó silencio.

—La arrojaremos al mar desde lo alto de las rocas.

—Arrojémosla al mar desde lo alto de las rocas,

murmuró el Kan como si fuera un eco de la voz de su hijo.

Y entonces entraron en el harem donde ella dormía en el suelo sobre lujoso tapíz. Detuviéronse ambos ante ella y la contemplaron; la contemplaron durante mucho tiempo. Gruesas lágrimas brotaban de los ojos del anciano éiban á perderse en su barba de plata, brillando en ella como menudos diamantes; y el jóven de pie, dilatados los ojos, apretando los dientes, reprimiendo la pasión, despertó á la cosaca. Despertóse ella y en su rostro bello y sonrosado como un amanecer brillaron los ojos. No vió á Algalla y ofreció al Kan sus rojos labios.

—¡Bésame, águila mía!

—Levántate... ven con nosotros, murmuró el Kan.

Entonces ella reparó en Algalla y en las lágrimas del Kan y, como era inteligente, lo comprendió todo.

—Ya voy, dijo. Ya voy. Ni para el uno, ni para el otro. ¿No es eso lo que habéis resuelto? Así resuelven los corazones generosos. Ya voy. Y, silenciosos, encamináronse los tres hacia el mar. Iban por estrechos senderos; el viento silbaba, silbaba lúgubrementemente.

Ella era delicada, era casi una niña. Se cansó pronto, pero era altiva y no quiso confesarlo.

Y cuando el hijo del Kan notó que iba quedándose atrás, le dijo:

—¿Tienes miedo?

Los ojos de ella relampaguearon al mirarle y callando señaló hacia el suelo manchado de sangre.

—Ven, yo te llevaré, exclamó Algalla, extendiendo sus brazos hacia ella, pero ella rodeó con los suyos el cuello del anciano. Levantóla éste como si fuera una pluma y la llevó en brazos, y ella, iba apartando las ramas del rostro del Kan, temien-

do que le diesen en los ojos. Caminaron largo tiempo. Ya se oían los murmullos del mar en lontananza. De pronto, Tolaik, que iba detrás de ellos por la senda, dijo á su padre:

Déjame que vaya delante; si no, me entrarán deseos de clavarte mi puñal en la garganta.

—Pasa; que Alá te demande ó te perdone, que yo tu padre te perdono ese deseo. Yo sé lo que es amar.

Y he aquí el mar que se dilata ante ellos, allá en lo hondo, sombrío, negro, sin orillas. Lúgubres cantan sus olas al pie de las rocas y allá abajo todo es tétrico, frío, horrible.

—¡Adiós! exclamó el Kan besando á la joven.

—¡Adiós! exclamó Algalla inclinándose ante ella.

Ella miró hacia donde las olas cantaban y echándose hacia atrás, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Echadme! dijo.

Algalla extendió sus brazos hacia ella y lanzó un gemido; el Kan la cogió en brazos, la estrechó tiernamente contra su pecho, la besó y levantándola en lo alto la lanzó al precipicio.

Abajo jugueteaban y cantaban las olas y era tan bullicioso su rumor que no oyeron cuándo cayó al agua. No oyeron ni siquiera un grito. El Kan se apoyó en una roca y miró hacia abajo, hacia el lejano abismo, donde las nubes se mezclaban con el mar, de donde venía el sordo rumor de las olas y sopló el viento, esparciendo la blanca barba del anciano. Tolaik, de pie, ocultaba el rostro con las manos inmóvil como una estatua, silencioso. Pasó el tiempo; discurrían por el cielo las nubes barridas por el aire. Eran pesadas y sombrías como los pensamientos del viejo, inclinado sobre el mar, en lo más alto de las rocas.

—Vámonos, padre, dijo Tolaik.

—Espera, murmuró el Kan, como si escuchase algo. Y de nuevo pasó mucho tiempo y siguieron

murmurando las olas allá abajo y el viento sopló en lo alto moviendo las cumbres de los árboles.

—Vámonos, padre.

—Espera...

Más de una vez replicó Algalla estas palabras, sin que el viejo se alejase del lugar donde había perdida la dicha de sus postreros años. Pero todo tiene su fin y á la postre, se irguió potente y orgulloso, contraídas las cejas.

—Vamos, dijo.

Echaron á andar ambos, pero el Kan se detuvo á los pocos pasos.

—¿Y por qué voy y adónde voy? preguntó á su hijo. ¿Por qué he de vivir ahora, si toda mi vida era ella? Viejo soy; ya nadie se enamorará de mí y cuando nadie le quiere á uno es una locura seguir viviendo.

—Fama y riquezas posees, padre.

—Dáme uno solo de sus besos y llévate lo demás como recompensa. Todo eso que dices carece de vida; lo único que vive es el amor de una mujer. Cuando este amor no existe, no hay vida para el hombre, es un mísero que inspira lástima. ¡Adiós hijo mío, que Alá te bendiga y que su bendición perdure sobre tu cabeza durante todos los días y las noches de tu vida. Y el Kan se volvió hacia el mar.

- ¡Padre! exclamó Algalla. ¡Padre!

No pudo decir más, porque nada puede decirse al hombre á quien sonrío la muerte ni hay palabras que devuelvan á su espíritu el amor á la vida.

—¡Déjame!..

—¡Alá!..

—¡El sabe!..

Con paso rápido marchó el Kan hacia el precipicio y se arrojó al mar. Su hijo no le detuvo; no pudo.

Y de nuevo no se oyó nada en el mar, ni un grito, ni el ruido de un cuerpo al caer. Las olas jugueteaban allá abajo y el viento murmuraba salvajes canciones.

Tolaik contempló largo tiempo el abismo y después dijo:

—¡Dáme, oh Alá, un corazón tan fuerte como el suyo!...

Y echó á andar en medio de las sombras de la noche.

Así murió el Kan Mosolaima El-Asbad y subió al trono de Crimea el Kan Tolaik Algalla.







# LAS DOS CUÑADAS

---

**A** fines del año 1792, el regimiento de húsares en que era yo alférez pasó de guarnición á la Rusia Blanca y á mi escuadrón lo alojaron en un pueblecillo perteneciente á los hermanos, príncipes L-ky, que vivían con sus mujeres y sus hijos en un soberbio castillo.

La entusiasta acogida que dispensaban á los oficiales rusos y la vida fastuosa y alegre que ambos hermanos llevaban traían á la memoria la suntuosa hospitalidad de los antiguos magnates de Polonia y llegaron á hacerse tan proverbiales entre nosotros que cuando queríamos ponderar la elegancia y fastuosidad de un banquete, solíamos decir: ¡Parece que lo han dispuesto los príncipes, L-ky!

De todos los oficiales de mi escuadrón fuí yo el que mayores atenciones recibió de esta familia y el que en el transcurso de algunas semanas se convirtió en íntimo amigo de ella.

Ambas princesas eran la amabilidad personificada y tan bellas como amables. Si hubiesen sido hermanas nada hubiera tenido de particular la íntima amistad que las unía, pero á decir verdad resultaba raro que dos jóvenes, amas de casa las dos y viviendo bajo el mismo techo, con atribuciones

idénticas é idénticos derechos, se confiasen hasta los menores secretos.

No podía decirse que sus gustos fuesen los mismos puesto que la esposa del hermano mayor, de nombre Josefina, era amable, pero fría y reservada, mientras que su cuñada era de condición alegre y muy amiga de bromas, pero no obstante estas diferencias de carácter, que solo salían á la superficie en sociedad, jamás turbaba la discusión más pequeña el acuerdo perfecto en que vivían.

—No puede V. figurarse, me dijo en cierta ocasión Josefina, hablándome de la amistad que la unía con su cuñada, qué sentimiento más extraño y más incomprensible experimentamos la una para con la otra. Dicen que vivimos como si fuésemos hermanas. pero no es así. Yo he tenido tres hermanas y las quise de un modo distinto. Cuando por primera vez ví á Casimira—así se llamaba la cuñada—me pareció que sería un obstáculo para mi felicidad. No sé porqué se me antojaron conocidos los rasgos de su fisonomía, el metal de su voz y hasta alguna que otra de sus frases y de sus costumbres, me pareció que nos habíamos visto y querido en otra parte y que hasta alguna vez habíamos vivido juntas. ¿Verdad que era raro? Pero aún lo es más el que Casimira, al conocerme, experimentase idéntica impresión. ¡Vaya V. luego á dudar de las simpatías! Cuántas veces no me ha sucedido idear un pasatiempo, una fiesta, con ánimo de sorprenderla y ocurrírsele á ella idéntica idea para sorprenderme á mí. No nos hemos separado jamás y creo que semejante cosa sería para nosotras una desgracia grandísima, puesto que podríamos morir estando separadas... No tiene V. idea de cuánto nos hace sufrir este pensamiento, y por eso hemos tomado precauciones, nos hemos juramentado.

—¿Con que objeto?



—Nos hemos prestado mutuamente el juramento de que si el destino nos separa y una de nosotras fallece lejos de la otra, la difunta está obligada, antes de abandonar el mundo en que vivió á presentarse á la que sigue en vida.

—¿Pero, acaso depende semejante cosa de la voluntad de Vdes?

—¿Cómo no? Todo juramento que no se cumple en esta vida atormenta á nuestras almas después de la muerte, impidiéndoles que gocen de la eterna bienaventuranza, si es que la han merecido. Hemos jurado con determinadas condiciones...

—¿Con determinadas condiciones?

—Nuestro juramento no será valido sino en tanto en cuanto quepa en los límites de lo posible.

Por más que la princesa hablase seriamente me costó trabajo dominar la risa.

—¡Princesa, exclamé, veo que está V. muy al corriente de las prescripciones legales! Así resultará que si una de Vdes. cumple su promesa no tendrá nada de particular, puesto que lo habrá hecho dentro de los límites de lo posible.

—Puede V. reirse lo que guste, replicó mi interlocutora, pero tengo la firme convicción de que si mi cuñada no muere en mis brazos ó yo en los suyos, nos veremos antes de separarnos para siempre á menos que la muerte nos sorprenda á las dos en un mismo instante.

## II

El marido de la princesa Casimira, padecía desde hacía algunos años, una enfermedad crónica, que á pesar de los esfuerzos de los médicos más renombrados de la localidad iba desarrollándose y amenazando convertirse en incurable padecimiento. Los médicos todos aconsejaron al enfermo

que marchase al extranjero y consultase con los más célebres de Europa, especialmente con el famoso Frank, que residía á la sazón en París. Por muy doloroso que fuese para las princesas separarse por tan largo tiempo, era tan imperiosa la necesidad, que al punto consintieron en ello, no sin renovar al despedirse el juramento de que hemos hablado y prometerse que se escribirían con frecuencia. Pasaron dos meses. Cierta día, una carta de Casimira anunció que habían llegado á París. Esta noticia preocupó mucho á su cuñada. La revolución francesa se hacía cada día más amenazadora y terrible y aunque la sangre no corría aún, todo hacía presumir que las predicciones de los periodistas extranjeros, como los graznidos de las aves de rapiña, no anunciaban nada bueno. En vano tranquilizó Casimira á su cuñada diciéndole que nada tenían que temer; que eran extranjeros y que no pensaban meterse en asuntos políticos sino vivir tranquilos y en paz para que nada denotase su presencia. A Josefina le pareció todo esto muy poco y siguió dudando de la seguridad de sus hermanos. Entre tanto, pasó el tiempo. Robespierre, Marat, Danton y sus corifeos hacían correr á torrentes la sangre de sus conciudadanos y la máquina filantrópica funcionaba sin tregua ni descanso. Josefina se enteró de todo por los periódicos y la tranquilidad la abandonó por completo. El príncipe L-ky que notaba la tristeza de su esposa daba continuas fiestas, bailes, conciertos, en una palabra, empleaba todos los procedimientos imaginables para distraerla. En uno de estos bailes al que habían acudido unos doscientos convidados observé que la princesa estaba más triste que de costumbre.

—¿Está usted indispuesta? le pregunté sentándome á su lado.

—¿Acaso tengo cara de enferma? murmuró.

—Entonces permítame usted que le diga que no parece ser la dueña de una casa en que se da un baile como éste. Mire usted que animación hay en los salones: tres mazurcas se están bailando á un mismo tiempo. Anímese usted, pues de lo contrario creerán que le desagrada la alegría de los presentes.

—¡Que se figuren lo que quieran! Hoy no tengo ganas de bailar.

—Me está V. alarmando princesa. ¿Será cosa que haya usted recibido malas noticias ó que carezca de ellas?

—Al contrario. He tenido hoy carta de mi cuñada y me dice que se distrae mucho en París; que los periodistas lo exageran todo; que al rey lo quieren, por más que otra cosa digan, que la exaltación de los ánimos no puede prolongarse y habría cesado ya si el monarca hubiese demostrado un poco de energía; que la reina es muy amable con ella y la ha invitado á su tertulia y que habiéndose puesto Mirabeau de parte del Gobierno, los demás revolucionarios son despreciables y hasta antipáticos á los parisienses. Todo esto debía tranquilizarme, lo comprendo, pero nunca he estado tan intranquila como esta noche.

—¿Qué es lo que V. siente?

—Yo misma no lo sé. Tengo el corazón en un puño y no puedo con la tristeza. Dirá V. que todo ello no es más que falta de valor. No le diré que no, pero ¿qué voy á hacer, si estoy bajo la influencia de algo extraordinario? Podría aparentar alegría, pero sería un engaño.

—Y V. los detesta. Sin embargo, trate V. de aparentar contento. He oído decir que los actores se figuran ser real y verdaderamente los personajes que representan; haciendo lo propio quizás eche V. sus penas en olvido. Baile V. la primera

mazurca de mala gana y verá como la segunda la bailará con gusto. ¡Ande V!

La princesa se levantó sin contestar á mis palabras y nos pusimos á bailar. Sucedió lo que yo había dicho, Josefina se distrajo y al terminar el baile no quedaba ni rastro de su pasada tristeza.

### III

Después de la cena se despidieron los invitados; los que habitaban en las cercanías marcharon á sus fincas y los que vivían á gran distancia se quedaron en el castillo para pasar la noche. Entre estos últimos había algunas señoras y Josefina determinó que durmieran con ella en un gran salón. Me retiré á mi cuarto y de seguro hubiera dormido hasta la hora del almuerzo, si no me hubiese despertado al rayar el día el movimiento inusitado que en toda la casa se observaba. Las puertas se abrían y se cerraban con estrépito y los criados corrían por los pasillos. De haber oído á quemado hubiese creído que estábamos ardiendo. Salté de la cama y me vestí apresuradamente, con ánimo de averiguar la causa de aquella revolución... Julia, doncella de la princesa, preciosa muchacha de ojos negros, á quien solía yo cortejar, me salió al encuentro y me dijo sin detenerse que su señora se hallaba indispuesta, que había pasado muy mala noche y que debía haber visto algo que la aterrorizase pues la habían encontrado desmayada. Al cabo de dos horas marcharon los invitados que quedaban aún y poco después vinieron á decirme que la princesa deseaba verme.

La hallé en pleno conocimiento, vestida como de costumbre; sentada en su divan y á mis preguntas contestó que ya estaba bien del todo. A decir verdad su rostro, aunque pálido, no revelaba

sufrimiento y solamente los ojos demostraban que había llorado mucho.

—Siéntese V. á mi lado, me dijo en voz baja.

—¿Qué le ha pasado á V. princesa?

—Nada que yo no supiese de antemano. Mi corazón lo presentía y mi corazón no se equivoca jamás.

—¿Pero, qué le ha pasado?

—La he visto.

—¿A quien á visto V.?

—A ella. Ha venido á despedirse de mí.

—Pero ¿de quién habla V.?

—De mi amiga.

—¿De su cuñada de V.?

—Sí.

—¿Por Dios, princesa qué está V. diciendo? Sin duda su imaginación de V. se hallaba en estado anormal. Bailó V. mucho; tenía V. la sangre en movimiento y quizás algún sueño...

—¡Sí, sueño!.. murmuró Josefina sonriéndose amargamente. No estaba dormida. Escuche V.

No aparté de ella los ojos durante todo el tiempo que duró su relato, tan extraño era lo que contaba; pero sus ojos no revelaban sino el dolor que la poseía. Sus palabras se grabaron de tal suerte en mi memoria que puedo repetir las sin omitir ninguna. He aquí lo que me cuenta.

Después de despedirse de sus invitados se retiró á sus habitaciones y de allí á poco dormía profundamente. No pensaba en Casimira más de lo acostumbrado. Según sus cálculos habría dormido ya una hora, cuando de repente oyó un murmullo muy suave y sintió sobre el rostro algo parecido al fresco agradable de la brisa. Se despertó. A su cabecera estaba una mujer vestida de blanco, con los cabellos cortados, sin más adornos que un collar rojo y un cinturón de cuero con hebilla de acero. A pesar de que en la habitación no había

más luz que la de una lamparilla, la princesa vió estos detalles con solo abrir los ojos. El rostro de aquella mujer estaba oculto, ó mejor dicho envuelto en un velo blanco. Se hallaba inmóvil y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Asustada, la princesa quiso gritar, pero no pudo y cuando cobró ánimos y se levantó para llamar á sus doncellas, la aparición se quitó el velo que ocultaba sus facciones y exclamó en voz baja: ¡No te asustes, soy yo!

—¡Dios mío, eres tú, Casimira! gritó Josefina. ¿Es posible que no sueñe? ¿Cuándo has llegado? Y ya se aprestaba á abrazarla cuando su cuñada retrocedió y dijo con voz apenas perceptible:

—¡No te acerques! Aún no ha llegado la hora en que podrás abrazarme y sentirme en tus brazos. He venido á despedirme de tí.

¿A despedirte?

—Sí. ¿Acaso has olvidado nuestro juramento?

Josefina lo comprendió todo, pero cosa extraña ni se asustó ni se deshizo en lágrimas. Estas vinieron después, pero en aquellos momentos se sentía perfectamente tranquila.

—¿Entonces has muerto? preguntó.

—He muerto en París. Me han guillotinado.

—¿Por qué?

—Por mi amistad con la reina de Francia.

—¡Malvados!

—¡Silencio! Yo los bendigo puesto que han abierto las puertas de mi cárcel.

—¿De tu cárcel? ¿Que cárcel es esa?

La aparición se sonrió y guardó silencio.

—Dime, repuso Josefina, ¿es tan terrible el morir como dice la gente?

—Sí. Es tan terrible como lo sería para un ciego de nacimiento la contemplación repentina del sol y de los cielos.

—El último momento será terrible, pero el primero...

Las inmóviles facciones de la aparición se animaron, pero no dió respuesta.

—¡Qué miserables deben ser esos sentimientos que nosotros llamamos goce y felicidad!.. prosiguió Josefina sollozando.

—Tenemos que separarnos, dijo la aparición. ¡Adiós Josefina, hasta la vista allá... en nuestra patria común!

—¡Espera, espera! ¿Crees acaso, que nos veremos de nuevo?

—No lo dudes. Veo tu alma que lucha por escapar de su cárcel. Escucha...

La sombra de Casimira se inclinó y murmuró unas palabras al oído de su amiga.

—Después, dijo la princesa al terminar su relato mis ojos se cerraron; escuché allá en lo alto sonos agradabilísimos y no sé si me dormí ó si perdí el conocimiento: lo cierto es que todo desapareció de mi vista.

—¿Y qué fué lo que le murmuró al oído? pregunté llevado de la curiosidad.

—No me lo pregunte V. Aquellas palabras morirán irremediablemente conmigo.

Por mucho que hice por que me revelase aquel secreto no pude conseguirlo, pero noté que cuantas veces le hablaba del particular, lloraba, pero sus lágrimas no eran de pena.

#### IV

Tres semanas después leíamos en el periódico de París *L'Ami de l'homme*, que á poco del asesinato de la princesa de Lamballe había subido al cadalso una señora extranjera, cuyo nombre, por muy estropeado que estuviese—según costumbre francesa—nos reveló al punto ser el apellido de los príncipes L-kys.







# EL VELO ROJO

---

**H**ALLÁBAME en el cementerio oriental de Azerum dibujando un precioso sepulcro que tenía aspecto de capilla. El sol de otoño se ocultaba tras los lejanos montes del Lazistan y á los resplandores del crepúsculo, se destacaban sobre el cielo las dentelleadas murallas de la ciudad vecina la cual trepaba por la vertiente de un monte en cuya cumbre se erguía una fortaleza á modo de celoso guardián.

Los cañones de ésta lanzaban destellos y en su torre más alta flotaban las águilas del estandarte ruso. Las astas de las banderas se perfilaban inmóviles en lontananza y los elegantes minaretes cuyas doradas cúpulas brillaban, parecían otros tantos cirios encendidos ante la faz de Alá. Hileras de negruzcas piedras sepulcrales descendían hasta el valle y detrás de los cementerios, semejante á una bandada de cisnes, se esparcían por las colinas próximas al campamento ruso que defendía la entrada del desfiladero de Baiburst. El panorama que se desarrollaba ante mis ojos era espléndido, encantador y así olvidaba mi dibujo absorto como estaba en su contemplación. Las sombras del crepúsculo lo revestían todo con misteriosos colores y poblaban el espacio de vagos ensueños. La ciudad yacía cual dormido gigante, pero sus arrabales se tornaban bulliciosos á medida que se acercaba.

la hora de cerrar las puertas de la población y los caminos que á esta conducían, ocultos por las colinas á cuyos pies serpenteaban se descubrían no más que por las nubes de polvo que flotaban sobre ellos. Los ganados se apresuraban á regresar del campo ó á acudir á los abrevaderos y las voces de sus conductores, el ruido de los encierros, el pereoso mugido de los búfalos y el impaciente relincho de los corceles se confundían en un rumor semejante al que produce el mar batiendo las rocas de la orilla.

A lo lejos hallaba la vida, pero en torno mío reinaba un silencio sepulcral y si el aspecto de la ciudad era lúgubre aún más lo era el del lugar en que me hallaba. Las innumerables piedras sepulcrales que allí se alzaban parecían otros tantos soldados que á un inevitable asalto se aprestasen. ¡Cuántas generaciones que habitaron en el recinto de las fuertes murallas que se veían á lo lejos lo habían abandonado á la fuerza para ir á yacer hechas polvo en el sepulcro!

El ruido de los tambores que de un extremo á otro de la ciudad con elegantes redoblesse respondían llegó hasta mí después de haber perdido merced á la distancia su dureza y el sonido de las flautas con que terminaban aquellos parecía ser el de una voz femenina que acompañase al clamor de un guerrero. Los morabitos llamaron á la oración. Los cañonazos del campamento retumbaron en las vecinas montañas despertando en ellas largos ecos. El silencio reinó por doquier. El estandarte que ondeaba la fortaleza descendió lentamente... el águila plegó sus alas. El sol se puso.

La noche no envolvió de repente los alrededores. Una niebla transparente como finísima gasa desplegó lentamente sus velos, envolviendo primero las cumbres de los montes y el valle después hasta que las sombras y los vapores se hicieron

más densos y, de pronto, la luna trazó en el cielo su derrotero habitual.

En una de las colinas del cementerio había yo visto hacía rato á una mujer que estaba de pie junto á un sepulcro. Era alta y un amplio velo rojo la envolvía formando anchos pliegues hasta tocar el suelo. Como escenas de esta índole son comunes y corrientes en tierra musulmana, donde el rezar aisladamente por los muertos constituye sagrado deber de los vivos, no la presté atención.

Más de una vez mis errantes miradas se posaron en la elegante figura de aquella mujer, pero mis pensamientos seguían otro rumbo y al olvidarlo todo, la olvidaba también. Tres horas hacía que me hallaba en el cementerio y cuantas veces la miraba lo veía en idéntica postura: parecía una estatua. Esto me sorprendió. ¿Una musulmana á aquella hora, entre infieles y cerca del campamento ruso? Verdad es que las turcas contraían amistad con los rusos mejor que con sus compatriotas y que en la ciudad no temían salir solas, pero de noche y en los arrabales no las había visto jamás. Los irritables celos de sus parientes las aterraban cien veces más que el encuentro con los vencedores y el farol de papel era instrumento indispensable para las que se veían obligadas á salir de noche acompañadas del marido ó de un pariente. La curiosidad me azuzó y me acerqué lentamente á la desconocida.

La colina donde se hallaba pertenecía al cementerio armenio, que se confundía con los demás, pues la muerte convertía á los enemigos en amigos. Me acerqué á la desconocida sin que esta me viese ni notase el ruido de mis pasos. El rojo velo no la ocultaba el rostro. ¡Qué expresivo y qué pálido era éste! Sus entreabiertos labios no murmuraban ya y la mirada de sus negros ojos erraba salvaje por el espacio. ¡Qué pena más profunda

estaba impresa en su frente, qué desesperación más altiva revelaban aquellos ojos sin lágrimas, qué de amargas quejas debían ocultarse en aquel pecho agitado por constantes suspiros! Sentimientos hay que jamás se ha atrevido á expresar ningún poeta ni ningún pintor, de estos era el que palpita en cada fibra de la hermosa desconocida. Sentí compasión, le hablé: el tono de mi voz atenuó la importunidad de mi pregunta.

—Señora, le dije en tártaro, de seguro está llorando la pérdida de algún pariente.

La turca se estremeció más no ocultó el rostro según costumbre oriental, sin duda porque el dolor que la embargaba le hacía olvidar toda otra preocupación. Mi voz pareció despertarla de un profundo sueño. Sus ojos se posaron en mí, más su respuesta pude percibirla á duras penas.

—Lloro la muerte de un pariente, dijo como si hablase con el corazón y no con los labios. El lo era todo para mí: padre, hermano, amante, compañero. Como padre me infundió un alma; como pariente me colmó de caricias; como amante me amó apasionadamente y yo lo amé...

Estas palabras me llegaron al corazón. Mi interlocutora apoyó la cabeza en las manos que estaban contraídas por nervioso temblor.

—Consuélate hermosa, le repliqué—tu amado está ahora en el paraíso.

El rostro de la joven se puso como el carmín.

—Aún estando en la tierra merecía el amor de las más celestiales huríes; pero conozco su corazón; mis celos serían vanos. Su alma no ha volado al paraíso de Mahoma; ni al de Alá: era cristiano.

—¡Cristiano! exclamé con asombro. ¿Quién era entonces?

—¿Y tú que eres ruso lo preguntas? ¿Eres militar y no conociste á tu compañero de armas? ¿eres hombre de corazón noble y no fuistes su amigo?

¡Pobre, pobre! Te compadezco. Cuando vivía lo hubiese dado todo porque me amase á mí sola; ahora que ha muerto quisiera que todos lo amasen como yo. Pero ¿quién va á amarlo con la pasión que yo? Angel era el nombre de su alma; yo lo llamaba alma mía: no creí que tuviese otro nombre y si lo creí no me importó.

Me incliné hacia el sepulcro y ví que realmente ostentaba una cruz toscamente grabada y una inscripción que decía: «Aquí yace convertido en cenizas el teniente Wlad., muerto á consecuencia de una herida que recibió en la batalla de...» No pude descifrar otra cosa, pues la parte inferior de la lápida estaba destrozada por las balas como si alguien se hubiese entretenido en disparar al blanco sobre ella. Mi compasión fué mayor al averiguar que la turca había amado á un compatriota y sentí dejarla sola en hora tan propicia á peligrosos encuentros. Recordé que dos días antes había encontrado en el foso del castillo el cadáver de una joven y que la víspera habían sido asesinadas en la calle dos mujeres. Embravecidos por la retirada de los rusos los celosos maridos vengaron, quizás, con sus puñales una infidelidad imaginaria. A los ojos de los musulmanes una mirada cariñosa era un crimen. Quise recordarle la hora y dije:

—Hermosa, el sol se ha puesto hace tiempo.

—También se puso el mío y no volverá á salir, replicó con apenado acento la turca; y ni el canto de los gallos, ni el redoble de los tambores, ni siquiera mi voz lo despertarán al rayar el día. El ardor de mis besos no le hará abrir los ojos, ni sus mejillas me sonreirán, ni sus labios pronunciarán felices palabras.

Aquel tierno recuerdo rompió el hielo del pesar y sus lágrimas se desbordaron como torrentes. Observé que también mis mejillas estaban húmedas.

—Hermosa, repuse, aquí no estás segura. Soy honrado, créeme; yo te acompañaré á donde quieras. Iremos á la mezquita de extramuros ó á tu casa. De otro modo te expones á que los nuestros te insulten ó á que te calumnien los tuyos. Mándame lo que gustes; seré tu defensor.

En su rostro se reveló el disgusto que le producían mis palabras. Levantó la cabeza con orgullo y con gesto altanero me mostró un puñal que llevaba oculto bajo el brocado del corpiño.

—Ruso, exclamó. Antes tocará mi pecho este filo que la mano de un hombre Yo sé morir. Yo he muerto ya para las murmuraciones de los vecinos y para la venganza de mis parientes. ¿Qué me importa que lo vean todo y que todo lo sepan? Antes con sangre no me hubieran arrancado el misterio de mis amores; ahora mi felicidad, mi consuelo, mi orgullo consisten en contárselo á todos. Denada pueden privarme; nada tengo que temer. Antes, ni las estrellas de la noche, ni la maldad de los hombres veían mis pasos hacia donde estaba mi amor porque entonces el mañana me inspiraba alegría y temor. ¡Ahora no tengo mañana: aquí no hay más que noche, noche de invierno! exclamó llevándose la mano á la frente y después al corazón. ¡El se llevó al sepulcro la luz de mis ojos y el calor de mi corazón y sobre su tumba quiero yo morir para que nuestras cenizas se mezclen y con ellas nuestras almas!

Me hizo seña de que me alejase y arrodillándose se abismó en la oración. En vano le hablé, en vano traté de aconsejarla. Su oído estaba muy lejos y sus lágrimas brillaban á la luz de la luna. Me alejé unos cuarenta pasos y me decidí á protegerla hasta el amanecer. Un sentimiento irresistible aún más tierno, quizás, que la compasión, me unía al destino de la turca. Desgraciada, pensé, ¿de qué habrá servido el que un amor orgulloso te eleve so-

bre el nivel de tus paisanas que no conciben más que el terror del esclavo ó el interés despreciable hasta en aquello que denominan cariño y por encima también de cuantos no conocen más goce que el de los sentidos, ni más preocupación que la de una vanidad pueril, si con este te encuentras en medio de ellas como en un desierto? ¿A qué se habrá descorrido el velo que ocultaba tu razón como no sea para que comprendas mejor el abismo de los pesares? ¿A qué habrá purificado tu ser la llama de una pasión verdadera si así experimentas con mayor violencia el dolor de la separación, de una separación eterna? ¿Qué amiga comprenderá ahora, qué diversión será eficaz á consolarte? Tu amante te arrancó á la vida real como se arranca una flor y te inició en el misterio de una vida intelectual, pero muerto él, no respirarás más la pureza de aquella atmósfera ni te apartarás más de la tierra.

La campana principal de la ciudad dió las once. Alrededor todo reposaba y solo de cuando en cuando la voz de los centinelas y el ladrido de los perros se dejaban oír en la fortaleza y en el campamento. Apoyado en un fragmento de estatua paseaba yo la vista por el campo envuelto en tinieblas. A mi espalda la ciudad parecía una mancha negra; en la cumbre del monte brillaban de cuando en cuando las bayonetas de los centinelas. La niebla formaba á modo de oleajes sobre las desnudas crestas de las vecinas montañas y unas veces tomaba el aspecto de edificios fantásticos, otras parecía un bosque de plata. ¿No serán semejantes á esa niebla los pensamientos nocturnos que ahogan el corazón de los privados de felicidad en esta tierra, me decía? Entre las montañas había una que no estaba cubierta por la bruma y que, alumbrada por la luz de los relámpagos, se erguía con resplandor salvaje sobre un mar de vapores. ¡Es-

píritu elevado, ese es tu destino! exclamé; para tí no hay esperanza ni ilusiones, para tí no hay consuelo.

¿Quién galopa por entre las tumbas haciendo que despidan chispas? Es Osmán. Su caballo corre como el viento y su capa abigarrada revolotea en las sombras como una nube. Involuntariamente me llevé la mano al revólver, pues el odio de los turcos no se revelaba únicamente en asesinatos misteriosos. De pronto detiene su caballo. Sus ojos brillan bajo el turbante con terrible fulgor, la barba negra y enmarañada hace resaltar la palidez del rostro. Busca á alguien; encontró á su víctima. De nuevo da riendas á su cabalgadura y en tres saltos llega á la tumba del ruso sobre la cual reza la hermosa turca. Ví como se rebelaba el corcel contra la presión de la serreta, ví el relampagueo de un sable, ví una maldición y luego un grito corto pero penetrante é indescriptible. Todo esto se verificó en un instante y cuando me abalancé hacia el sepulcro, el velo rojo yacía en tierra. El malvado al verme dirigió hacia mí el caballo y lanzando el grito de perro cristiano levantó el sable. De seguro me hubiera dado muerte si una bala no le hubiese alcanzado á mitad del camino. El sable cayó á tierra partiéndose y el asustado caballo dió un bote, pero el jinete no perdió los estribos: había caído sobre el cuello del bruto y cuando éste se alejó al galope lo perdí de vista.

Me apresuré á llegar al sitio donde yacía la turca; no la hallé con vida. El sablazo le había destrozado un hombro y llegado hasta el corazón. Su rostro sin embargo, no estaba manchado de sangre. Sus negros cabellos estaban esparcidos sobre la lápida que con ambas manos abrazaba. Caí de rodillas y contemplé largo rato aquel rostro que



iba palideciendo lentamente; el terror no hacía que perdiese su expresión de dolor y los labios parecían haber sido entreabiertos no por un grito, sino por un suspiro de amor.

Quise engañarme, convencerme de que el sonrosado de la sangre se aparecería á través de la nieve de sus mejillas, que la respiración agitaría su pecho —no, todo había terminado. Su alma había descifrado ya el gran misterio que con tanta pasión y tan en vano quería yo adivinar.

—¿Qué debo hacer? Tenerte lástima ó felicitarte. exclamé. Sea lo que quiera, encuentres ó no á tu amante más allá de la muerte tus sufrimientos terrestres han terminado al menos. ¡Descansa en paz!

La besé en la frente, fría como el hielo y la envolví en el velo rojo.

A la mañana siguiente regresamos á Rusia. Pude averiguar quién había sido el amante de la desgraciada turca, pero quién era ella, y si el asesino fué su padre, su hermano ó su marido, no pude saberlo. Mis indagaciones no dieron resultado. El y ella desaparecieron, pero el recuerdo de aquel trágico suceso lo tengo muy presente y cada vez que tropiezo con un velo rojo, tiemblo.







# MYRRHA

---

## I

**V**oy á contar, tal y como mi abuela solía hacerlo, un suceso extraño que acaeció á un pariente lejano mío, el Príncipe Pablo Antonovitch Sgaborsky. Este suceso, lo oí contar una vez solamente, hace mucho tiempo, en los días de mi infancia, pero se quedó impreso de tal suerte en mi memoria, que puedo narrarlo con las palabras mismas que mi abuela empleaba, sin olvidar un solo detalle y casi con el mismo colorido que ella.

El príncipe Pablo Antonovitch, último vástago de la antigua y esclarecida familia de los Sgaborsky, regresó á Moscou allá en los últimos años del siglo XVIII, después de haber pasado cuatro en París. Tenía entonces unos treinta y pertenecía al grupo de los novios más apetitosos y agasajados de la alta sociedad moscovita. Durante su estancia en Francia había frecuentado los salones más copetados de París y asombrado á las gentes con la magnificencia de sus trajes, el esplendor de sus coches y libreas, la suntuosidad de sus broches y botones de brillantes, su rica colección de bastones y el avanzado liberalismo de sus ideas. Los primeros chispazos de la Revolución le quitaron muchas ilusiones y hasta le produjeron disgusto y aversión profunda hacia los que la dirigían, lo cual

no impidió que continuase siendo admirador ferviente de Voltaire y discípulo convencido de los sensualistas ingleses.

Una vez érase el día de Nochebuena de 1790 y tantos (el año exacto no lo sabía mi abuela,) hallábase el príncipe en un gabinete de la antigua casa-palacio de su familia, la cual, dicho sea de paso, existe aún, por más que haya cambiado de dueño y que tenga un piso más sobre los dos de que consta. Eran las ocho de la noche y el joven se preguntaba entre bostezo y bostezo, qué haría con su persona cuando la puerta del gabinete se abrió sin ruido y el ayuda de cámara entró llevando en una bandeja de plata una carta pequeña, pero muy elegante. El sobre era de papel fino, de color amarillento, con los cantos dorados y la letra con que estaba escrita la dirección era tan desigual que al punto revelaba ser de mujer, y de mujer nerviosa.

—La ha traído una señora y desea inmediata respuesta, dijo el criado.

El príncipe miró las señas, escritas en correcto francés, rasgó el sobre y leyó lo que sigue:

*“Monsieur le Prince:*

Si queréis realizar una acción generosa y santa, ser dueño de una mujer hermosa y recibir en recompensa 7.000.000 de rublos no tenéis más que seguir á la dadora de esta carta. Lo demás llegará á su tiempo y razón.

Myrrha.»

El príncipe, sorprendido, abrió los ojos, ya grandes de por sí, y los fijó en el ayuda de cámara.

—La señora, manifestó éste, ha dicho que no podía pasar de la antesala, pero exige de V. A. respuesta inmediata y categórica: sí ó no.

El príncipe se quedó un momento pensativo y luego replicó poniéndose rápidamente en pie:

—¡Dame el frac gris!

Mientras se vestía se miraba en un espejo que podía reemplazar con éxito un *trumeau*. El príncipe tenía el rostro entrelargo, no usaba bigotes pero sí patillas pequeñas y estaba peinado á *la républicain*, de suerte, que sus cabellos, de color rubio muy claro, casi ceniciento, caían formando ligeros bucles sobre el frac gris con botones de nácar. La corbata blanca de encajes y las anchas solapas caían formando armoniosos pliegues; el chaleco era blanco, con pequeñas florecillas, y ceñía elegantemente el ancho pecho del príncipe el cual completaba su traje con pantalones de color claro que desaparecían en relucientes botas de piel fina con vueltas de piel de zapa.

El joven pasó revista á su traje y antes de salir ocultó en sus bolsillos un par de pistolas de dos cañones, pequeñas y lujosas, con ricos adornos de oro y cogió un sombrero redondo y un par de guantes grises de gamuza. Dos lacayos de librea le seguían.

## II

Pusiéronle en la antesala una pelliza de oso americano. Junto á la puerta, sentada en un sillón de alto respaldo, estaba una señora de edad, vestida de negro, con el rostro oculto por un espeso velo. Apenas entró el príncipe en la antesala, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—¿Es V. la dadora de la carta? le preguntó el príncipe.

La señora volvió la cabeza, la inclinó en señal de asentimiento y traspuso el umbral de la habitación.

Ante la puerta cochera, bajó la marquesa, que estaba sostenida por una hilera de macizas columnas, había un coche, sin cifras ni blasones, de aspecto majestuoso y solemne. Un lacayo alto y for-

nido, vestido de negro y con el rostro oculto por el ancho cuello de pieles, abrió la portezuela, tiró de la escalerilla que servía de estribo y ayudó á la señora á subir al coche. El príncipe trepó detrás de ella con agilidad y destreza militares. En aquel tiempo la *jeunesse dorée* hacía gala de su arrojo y despreciaba los peligros.

La pesada portezuela se cerró con estrépito y el carruaje echó á andar. Una linterna, sujeta en la pared delantera del coche alumbraba su interior. Las cortinas de las ventanillas estaban corridas y al querer levantar el príncipe la de su lado, su acompañante lo detuvo exclamando con voz entrecortada:

—“*Ihr Ehrlaucht!*; *Das ist verboten!* ¡Se lo prohibo á V! Las cortinas no pueden descorrerse; están clavadas. Si V. A. no tiene aire bastante para respirar, se abrirá la ventanilla del techo.» Así diciendo tiró de un cordón y abrió una pequeñísima ventana.

—Príncipe, repuso la señora volviéndose hacia él, comprenderá V. A. que el paso que ha dado viniendo conmigo no pertenece al número de los comunes y corrientes. V. A. no se expone al menor perjuicio, mientras que la persona que le espera corre grandísimos riesgos y tiene derecho á que un caballero respete el misterio de que se rodea. Así diciendo se reclinó en un rincón y suspiró profundamente.

—¿Pero, quién me garantiza, *gnádige Frau*, dijo el príncipe en alemán, que todo cuanto hace usted conmigo no es una broma de mal género?

—*Oh! Ihr Ehrlaucht!* replicó con tembloroso acento la señora. El asunto de que se trata es muy serio, por todo extremo serio no hay lugar á bromas; es más, le aseguro á V. A. que no corre el menor riesgo.

El príncipe miró á su acompañante con escudri-

ñadora mirada. Los ojos de ésta brillaban á través del velo, que dejaba ver una barba diminuta.

—Bueno, pensó el príncipe ¡*Mystère*, pues, *Mystère*! Seguramente será alguna broma de Nochebuena, preparada por mi *Lucie* ó por la *Cécile* del Príncipe Mischa.

Y el joven se quedó convencido de que todo aquello era una broma y de que no ya siete millones, sino 700 rublos sería imposible hallarlos en un momento dado en casa de *Lucie*, en la de *Cécile* y en la del mismo Príncipe Mischa.

### III

El carruaje marchaba rápidamente dando saltos inclinándose al dar las vueltas y hundiéndose en los baches del camino. Al principio pudo seguir el príncipe, con la imaginación, las calles por donde marchaban, pero esto se hizo muy pronto imposible, pues el coche dió tantas vueltas que se confundió por completo. Miró el reloj: eran las ocho y media.

—¿Está todavía muy lejos el sitio adonde me lleva *V. gnädige Frau*? preguntó el príncipe volviéndose hacia su acompañante.

—No está cerca, *Ihr Ehrlaucht*.

—¿Pero se encuentra en la ciudad?

—No.

—¿A una media hora de ella entonces?

—A algo más.

—¡¡Por vida del diablo! pensó el príncipe. ¿Dónde pensará llevarme esta mujer? Después de todo, lo mismo me da.

El carruaje rodó aún más deprisa por un camino sin desniveles y el joven dedujo que lo llevaban por la calzada de la ciudad. Más de una vez se aprestó á dirigir la palabra á la señora pero bien pronto renunció á su propósito, pues ésta unas

veces guardaba silencio, otras replicaba con monosílabos, hasta que por último dijo:

—La curiosidad de V. A. quedará satisfecha á su debido tiempo.

—¡Hm! se dijo el príncipe. Mucho sabrás si á viejo llegas. ¡Tengamos paciencia! Se recostó lo mejor que pudo, se envolvió en la pelliza y se dispuso á dormir. Ya comenzaban á pasar ante sus ojos imágenes que no pertenecían á la realidad, ni tenían nada que ver con su situación presente, cuando lo despertó un fuerte golpe. Las ruedas crugían lentamente. El coche rodaba por una pendiente y el cochero sujetaba los caballos que marchaban al paso y se detuvieron por último. El lacayo abrió de golpe la portezuela. La señora bajó y volviéndose hacia el príncipe le dijo:

—Tenga la bondad de bajar, Alteza, hemos llegado ya.

El carruaje se había detenido bajo una marquesa bastante ancha que sobresalía de un muro sin ventanas. Lo primero que le chocó al príncipe fué aquella entrada. Se acordó de las pirámides de Egipto. Las vigas que formaban la marquesa estaban dispuestas en forma de cono y sostenían en la cúspide la figura del sol. En el escalón superior delosque á la puerta conducían se hallaba un hombre alto y de aspecto lúgubre, envuelto en un amplio albornoz rayado y cubierta la cabeza con un turbantè. Llevaba en la mano una pequeña lámpara, que recordaba las primitivas romanas. Se hallaba en actitud de saludar, con la cabeza inclinada y una mano en el pecho.

Apenas llegaron el príncipe y su acompañante al último escalón superior, el misterioso personaje se volvió pausadamente y tomo la delantera alumbrando el camino. Los tres penetraron en un corredor de abovedado techo. Al punto se notó la humedad propia de los sótanos. Los pasos



resonaban sordamente en los muros de piedra. Sin llegar al final del corredor, penetraron en otro igualmente largo, después en otro y subieron, por último una pequeña escalera. Arriba había una habitación inmensa, una de cuyas paredes, la del fondo, ostentaba una cortina de terciopelo negro. El hombre que los había guiado se dirigió á la cortina, profirió una frase en un idioma desconocido y al punto sonó bajo tierra una campanada lúgubre y prolongada.

Apenas se había extinguido aquella vibración, el hombre del albornoz levantó la cortina, se inclinó profundamente y dijo en inglés:

—Caballero, os ruegan que entreis.—

El príncipe entró en una inmensa sala abovedada. La cortina cayó tras él.

#### IV

Del techo de la sala caía, á través de un vidrio mate, una luz igual, azulada y débil, que dejaba la habitación envuelta en sombras. A la izquierda se veía un ancho espejo; con marco negro que cubría toda la pared. Aquel espejo no era límpido, como los de Venecia, sino grisáceo, como los de metal, y los objetos se reflejaban turbios en él. Tenía delante un alto trípode con figuras de relieve, que servía de sostén á una cazoleta cubierta así mismo de arabescos y de inscripciones. Frente al espejo había un encerado con signos cabalísticos y apuntes en idioma desconocido. En el fondo del salón se veía una pequeña bóveda, tapizada de negro y en el interior de ella, se elevaba, sobre un pedestal de mármol obscuro, un tronco de árbol en torno del cual se enrollaba una serpiente negra y resplandeciente, cuya boca aprisionaba una manzana. La cabeza de la serpiente tenía expresión ca-

si humana y los enormes y relucientes ojos del in-mundo bicho, cual si estuvieran iluminados interiormente miraban al príncipe con expresión sombría y malévola.

—¿Adónde he venido yo? murmuró el príncipe al contemplar estas cosas. Seguramente, añadió para tranquilizarse, es esta una de las cuevas en que celebran sus ritos esas sectas que no desprecian la magia ni los demás misterios de esa índole.

Preciso es hacer observar que ya en aquella época comenzaban á multiplicarse las escuelas místicas, que contaban con buen número de adeptos. Apenas había cruzado este pensamiento por la mente del príncipe, se oyó nuevamente el son agudo y lúgubre de la campana y la cortina negra que ocultaba el fondo de la bóveda, onduló y se descorrió lentamente. El resplandor de una luz brillante cayó formando un círculo resplandeciente sobre el negro pavimento y un perfume suave y finísimo se esparció por la sala. En la bóveda se había abierto una puerta y la luz caía desde arriba, desde lo alto de una pequeña escalera de mármol.

Una voz femenina, melodiosa y suave dejó oír estas palabras:

—¡Entrad, príncipe!

Este subió rápidamente los escalones y se encontró en una habitación bastante grande, pero baja de techo, que ofrecía extraño contraste con la sala de que acababa de salir.

Respirábanse allí los fuertes y embriagadores perfumes del Oriente, iluminaban la habitación innumerables luces que ardían en dos enormes candelabros de oro. El suelo estaba cubierto de suavísimos tapetes orientales de historiado dibujo. Una cortina formada por un ancho tapiz aislaba la parte posterior de la habitación, en donde se veía un diván grande y cómodo, cubierto de tapices finísimos, de pieles de Angola y de cogines de seda.

Ante el divan se hallaba de pie una joven vestida con traje oriental de seda blanca bordada de plata.

El príncipe la miró y se detuvo lleno de asombro. Jamás había visto belleza semejante; ni aún en sueños podía figurarse que existiese. Aquella joven unía la gracia á la majestad; sus largos cabellos negros caían formando ondas de azabache sobre sus hombros y se deslizaban hasta el suelo. Llevaba una diadema de gruesos brillantes, pero el brillo esplendoroso de ellos no lograba atenuar el de los grandes y rasgados ojos negros que miraban franca y abiertamente defendidos por largas y espesas pestañas, bajo las delgadas y bien trazadas cejas. La nariz era recta, prominentes los labios, suave y delicado carmín de las mejillas, pálida la tez. Todo en ella era perfecto, armonioso, y bello. Rico aderezo de brillantes adornaba su pecho, medio oculto bajo un tenue velo de seda y los brillantes lanzaban chispas á compás de la respiración de aquel alto y hermoso pecho virginal. Los brazos, cuyo cutis recordaba la finura de la seda, estaban desnudos y sus formas traían á la memoria las estatuas de los mejores tiempos del arte griego.

## V

—Tome V. asiento, príncipe, dijo la hermosa joven, indicándole un pequeño diván turco que había á su lado.

El príncipe se inclinó y tomó asiento sin apartar los ojos de aquella mágica hermosura. La joven se sentó en el divan. Todas sus posturas, todos sus movimientos, eran artísticos, bellos, graciosos. No era la plástica severa de las estatuas griegas ó romanas; en aquel cuerpo de mujer se halla-

ban concentradas la agilidad y el apasionamiento del Oriente.

Comenzó á hablar y se animó su rostro. Los ojos ora languidecían, ora lanzaban chispas, palpitaban las ventanillas de su nariz; levantábase su labio superior descubriendo una hilera de diminutos y blanquísimos dientes. Hablaba el francés con regular facilidad pero con acento extranjero, empleando giros orientales, demostrando falta de práctica y suprimiendo palabras:

—Príncipe, dijo, me llaman Mirrha... Soy hebrea. Más no necesita V. saber por ahora. Mi padre y yo llegamos aquí hace tiempo; á principios de otoño. Vinimos del lejano Oriente y desde el mismo día de nuestra llegada, nuestros agentes le han buscado á V. en vano.

—¡A mí, señora! ¡Es demasiado honor para un mísero mortal!

—Si le he mandado llamar esta noche, ha sido porque los designios del Único se realizan siempre y todo cuanto él dispone se efectúa. Usted príncipe, no es un mísero mortal! Ignora V. la importancia que tiene la vida para la humanidad. Y al decir esto le miraba fijamente.

El príncipe que la contemplaba con verdadero asombro.

—Ante todo, prosiguió la joven, le haré á V. algunas preguntas acerca de sus antepasados, por más que ya tengo datos exactos acerca de ellos. ¿Es cierto que su familia es antiquísima y que sus antecesores vinieron de la Escandinavia?

Por lo menos, eso pretenden, respondió el príncipe.

—Tengo pruebas fehacientes de que esa pretensión es cierta. Bajo el reinado de Ivan IV, llamado el Terrible, uno de sus antepasados se halló en el sitio de Kazan, donde sedujo á una hermosa cosaca llamada Gulschamal, lo cual quiere decir Ros

del Paraíso, y tuvo de ella un hijo, á quién puso por nombre Boris. Este último fué también uno de los progenitores de V.

El príncipe inclinó la cabeza en señal de asentimiento y guardó silencio.

—En tiempos del Rey Segismundo III, uno de los abuelos de V., Alejo Sgaborsky, pasó á Hungría y contrajo matrimonio en Pest con una hija del magnate húngaro Mongo Kittakol, llamada Constantina.

El príncipe asintió de nuevo.

—De este matrimonio nació el primer individuo de la rama á que pertenece V.

La joven guardó silencio durante breves instantes y luego aproximándose á su interlocutor, clavó en él la centelleante mirada y dijo, casi en voz baja:

—¿Es cierto, príncipe, y esto es de suma importancia para nosotros, es cierto que su abuelo de V. Constantino, estuvo enamorado de una gitana llamada Faina y que su padre de V. fué hijo de ella?

El príncipe se apartó involuntariamente de la joven. Lo que ésta preguntaba era un secreto de familia, cuya revelación podía muy bien acarrear un proceso y con él, la pérdida de la enorme fortuna de los Sgaborskys.

—¡Señora! exclamó, ¿cómo sabe V. eso?

—Se muchas cosas más. Nosotros disponemos de dos medios para averiguar aquello que nos interesa: uno es el todopoderoso metal; otro es la magia, que descubre al hombre cosas que están más allá de sus cortos alcances. Mi padre posee esta ciencia.

Dicho esto, guardó silencio y miró á su interlocutor. Este, no pudiendo soportar el brillo de aquellos ojos tan francos, tan puros y tan hermosos á través de los cuales parecía verse el camino que iba derecho al corazón, bajó la vista.

## VI

—Ahora, prosiguió Mirrha, véome en la necesidad de comunicarle unos cuantos datos, que, no obstante referirse á su familia, le son desconocidos por completo. Su antepasado de V. el príncipe escandinavo Smoild, marchó juntamente con los normandos, á Bretaña y casó allí con Griselda, normanda de nación, de la que nació Sgabor, el cual vino á Rusia, antes de que en ella se estableciese el reino de los Skifkas. Por lo tanto, tiene V. en sus venas sangre de los primitivos normandos como lo demuestran sus armas que son un león negro y una rosa. Griselda había nacido de una gala cuyos antepasados eran sacerdotes druidas según dice una antigua tradición relatada en un romance primitivo y si esto no bastase, otra leyenda, aún más antigua, habla del enlace de uno de los abuelos de Griselda, con una mujer de la raza de los alanos, llamada Ruminda. Tengo en mi poder pruebas escritas de todo esto, que constituyen valiosísimos documentos históricos. Su familia de V. tiene sangre de todos los pueblos de la Europa septentrional y central pero los datos que poseo hacen remontar su origen á una época más antigua: Sus antepasados procedieron de la antigua y esclarecida familia Magna Pausania, cuyo jefe casó la con griega Cletia, es más, por un misterioso decreto del destino habíase mezclado la sangre de los Pausanias con la de los cartagineses, fenicios y etruscos... ¡Príncipe, en V. se mezclan y confunden todas razas de Europa! Los renos del Norte y las águilas del Sur se hallan confundidos en V...

La hermosa joven pronunció estas últimas palabras en voz baja y respetuosa, y, abandonando el diván en que estaba sentada púsose á contem-

plar al príncipe, como si la complicación y grandeza de la familia de éste le produjesen asombro. Trás breve pausa prosiguió sin apartar los ojos de su interlocutor con voz reposada y armoniosa dijo:

—Mi familia, es en Oriente, lo que en Occidente la de V. No creo necesario explicarle por qué laberínticos caminos se mezcló con su sangre la de todos los pueblos orientales pero es el caso, que se unió á la suya la de los remotos Faraones, la de los ninivitas, la de los asirios, medos y persas, la de los cananeos y caldeos. Mi familia procede de la tribu de Judá y mi padre y yo somos descendientes legítimos de ella. Por nuestras venas corre la mejor sangre del pueblo predilecto de Jehová.

La joven guardó silencio breves instantes, inmóvil erguida orgullosamente, respirando con fuerza, como si estuviese poseída de la inmensa grandeza de su antiquísimo linaje, y la diadema de brillantes que adornaba su cabeza, resplandecía, como si ciñera la frente de la reina de Levante.

Después se apagó su mirada; bajó los ojos, frunció las cejas y lanzando un profundo suspiro se dejó caer en el diván y ocultó su rostro entre las manos. Al hacer esto, los ricos brazaletes sonaron como si fuesen las cadenas de una esclavitud dorada. Apoyóse en una mesita adornada con figuras de plata é incrustaciones de perlas y esmeraldas y al cabo de un instante apartando las manos del rostro prosiguió su discurso con voz en la que temblaban las lágrimas.

—La grandeza del pasado no existe... El pueblo de Dios anda disperso. El Unico, que todo lo dispone por caminos misteriosos y ocultos y ha dispersado por la faz de la tierra los diversos pueblos con el fin de reunirlos después en uno solo. ¡Cuántas penas, cuantos desprecios cuántas injusticias, cuántas persecuciones ha sufrido Israel! Pero la ho-

ra se acerca, quizás ha sonado ya aquella en que se unirán los pueblos formando una tribu de hermanos. ¡Príncipe! mi padre posee una ciencia, legada á la humanidad por los antiguos magos, la cual consiste en el divino arte de conocerlo porvenir. Mi padre sabe leer en las estrellas el destino de los pueblos; en la piedras la historia de la tierra, escrita por el Espíritu que la gobierna y en espejos mágicos lo que ahora sucede en lejanos países; mi padre sabe lo que ignoran los míseros mortales, y las poderosas y sagradas fuerzas que se ocultan á los ojos de los hombres le obedecen. ¡Estas fuerzas lo han designado á V. para ser el medio supremo de realizar la unión de todos los pueblos!

El príncipe quedó aturdido.

La joven sacó rápidamente de debajo de los cojines del divan un rollo, envuelto en un pañuelo de seda.

—He aquí el porvenir de los pueblos: este porvenir se encuentra en sus manos.

—¿En mis manos? exclamó el príncipe y miró con cierto recelo á su interlocutora.

—En sus manos, repitió ésta, recalcando las palabras mientras desplegabá el rollo, cubierto de caracteres hebraicos

—Escuche V. lo que ha dicho un siervo del Todopoderoso, dijo la joven, y comenzó á traducir al francés el manuscrito.

(De qué modo llegó á mis manos la traducción del mismo, lo diré después: ahora lo copio sin comentarios.)

## VII

Mirrha leyó:

«Gloria al Eterno. Él castiga y recompensa. En sus manos está el destino de los destinos. Él humilló la soberbia de los hijos de Aizail y destru-



yó á los impuros que se apartaban de su camino. Él confundió las lenguas de los soberbios y de los contrarios á su ley.

»Y dijo: prepararé la tierra y alimentaré á las gentes y les enseñaré á utilizar el cobre, el hierro y la plata y el oro y las esmeraldas, y las riquezas de mi pueblo serán más numerosas que las arenas del mar.

»Y su trabajo será más estimado que el oro.

»Y libertará al oro de su cárcel y hará que el bienestar se esparza entre todas las gentes de la tierra y ésto las unirá en un solo pueblo.

»Tal es la voluntad del Señor.

»Pero de la tribu de David saldrá una serpiente y apartará á las gentes unas de otras. La serpiente se enroscará en el árbol de la muerte y se ofrecerá á los ojos de los hombres como rey de los Judíos y muchos serán seducidos. Y sembrará, y su semilla despertará luchas intestinas en los reinos. El hermano se levantará contra el hermano el rey contra el rey; el pueblo contra el pueblo. Vendrán gentes de las comarcas de Oriente y de Occidente del Mediodía y del Septentrión y se inclinarán ante la serpiente, pues sus enseñanzas tendrán mucha fuerza.

»Y se pondrá en contra mía y hará que los pueblos de la tierra se aparten de mí.

»Pero yo vigilo mis caminos y protejo mis tesoros.

»Vendrá la Emperatriz del Oriente, de la sangre de Ismael, de Osor y de Tares.

»—Esto se refiere á mí, dijo en voz baja Mirrha.

»De la sangre de Joaquín, de Jehoni, de Salafil, de Zorobabel.

»De la sangre de Salomón, de Jelind, de Matofán y de Jacob.

»Ella, por cuyas venas corre la sangre de las doce tribus de Israel.

»Reunirá la sangre del Oriente con la del Occidente en la persona de Aril.

»De la sangre de Gotol, de Atti, de Gemares y de Tod.

»De la de Attila, de Walla, de Galo y de Krosso.

»De la de Kormon, de Curio, de Saaf y de Sgabor.

»Y esta unión traerá la concordia y pondrá término á las luchas. La mujer vencerá la serpiente y aumentará su gloria.»

Leyendo tan extraordinaria predicción, la voz de la joven adquiría vigor y sonoridad extraordinarias, sus ojos brillaban con asombroso fulgor; agitábase su pecho y su rostro se cubría de profunda palidez. Parecíase á las antiguas pitonisas en el momento del éxtasis.

El príncipe la contemplaba admirado. Comprendía que sus palabras eran solemnes, pero no alcanzaba el sentido exacto de ellas.

Transcurrieron algunos momentos antes que la joven hablase de nuevo.

—He aquí la gran misión que nos está encomendada, exclamó con un suspiro, enrollando cuidadosamente el manuscrito y poniéndolo en su funda de seda.

—Y ahora, añadió, le leeré á V. la explicación de lo que acaba de oír y le comunicaré nuevos datos.

Así diciendo, se puso en pie, abrió un pequeño armario tallado con ricos adornos de oro y sacó de él un libro de gran tamaño, encuadernado en piel negra. Sobre el lomo se veía la figura de la serpiente negra, enroscada en el árbol. Mirra se sentó de nuevo en el diván y leyó lo siguiente:

«En la ciudad de Aarama, que se halla bajo la estrella de Halleva, se encuentra Aril, el hombre del Occidente, hermoso como un cedro del Líbano y descendiente de las doce tribus de Occidente.»

—Este es V. príncipe y ese su nombre en el lenguaje de los orientales.

«La reina del Oriente tendrá que reunir la sangre de las doce tribus con la de las doce tribus del Occidente.

»Que se purifique con ayunos y oraciones.

»Que se vista con blancos ropajes y perfume su cabeza con mirra.»

A medida que avanzaba en la lectura la voz de la joven se hacía entrecortada, un ligero carmín se extendía poco á poco por sus mejillas y su pecho se agitaba.

«Se presentará ante el hombre del Occidente y compartirá con él sus riquezas.

»Y el hombre del Occidente se apartará de la serpiente y exclamará»: «¡Kella! ¡Todo se ha consumado!»

»Y la sangre de ambos servirá de nueva alianza entre el eterno y las gentes.

»El pueblo de Israel se unirá á los demás que habitan en la tierra y sobre ellos lucirá la luz de la verdad.»

La joven miraba al príncipe sin pestañear, á tiempo que cruzaban por sus ojos apasionados pensamientos. Cerró el libro, lo colocó nuevamente en el armario y echó la llave á éste.

—Ahora, príncipe, dijo volviendo á su sitio, después de las indicaciones que acabo de hacerle, cumpliré una parte de las órdenes que he recibido.

La joven sacó de debajo de los cogines un sobre abultado provisto de siete sellos, que ostentaban el ojo de la Providencia y una palabra hebrea que significa *Verdad*.

—Tome V., prosiguió, con voz cariñosa melódica á la par que enérgica dando el sobre á su interlocutor. Es la mitad de cuanto poseo. Aquí están los siete millones mencionados en mi carta

—Señora, exclamó el príncipe, apartando involuntariamente el sobre, ¿á qué título voy á tomar ese dinero?

—Se lo doy á V. porque así es la voluntad del Eterno, replicó solemne y enérgicamente la joven. Mi deber es dárselo á V. Puede V. hacer de ello lo que guste ó dárselo á quién se le antoje, pero yo tengo que entregarlo, por ser la mitad de mi fortuna terrena. Yo le suplico á V. que lo acepte y que se lo lleve.

Myrrha le entregó el sobre con una mano mientras que la otra se la llevaba al pecho.

El príncipe, sin saber lo que hacía, lleno de admiración, cogió el paquete y lo guardó en su bolsillo. En aquel mismo instante sonó, allá en las profundidades, el timbre penetrante y lúgubre de la campana, cuyo eco se extinguió lentamente en el ambiente templado y aromático de la estancia oriental.

## VIII

—Príncipe, dijo Myrrha, ahora le ruego que se siente aquí, y le indicaba un taburete próximo á ella. El príncipe obedeció. La atmósfera mágica que parecía flotar en torno de la joven; lo rodeó y sintió el calor del hermoso cuerpo de su interlocutora.

—Príncipe, preguntó ésta á media voz con cierto sentimiento de terror. ¿Es V. ateo?

El aludido pensó llevado de la cortesía, característica en la *jeunesse doree* de entonces, dar una evasiva, diciendo:

—¿Puedo yo acaso ser ateo cuando estoy en presencia de una divinidad? más no lo dijo y se limitó á hacer un gesto afirmativo.

—Sin embargo, lleváis una cruz en el pecho.

El príncipe miró á la joven con sorpresa. Lleva-

ba una cruz en efecto, pero solo los criados de más confianza lo sabían.

—Una cruz, prosiguió ella, que es una obra maestra de la antigua escuela florentina y que le envió á V. cuando niño su tía Edvigis Skamoiskaya.

También era verdad. Llevaba esta cruz por costumbre adquirida en la infancia y porque á ella iba unido el recuerdo de su tía á quien había querido mucho por más que allá en su fuero interno ni siquiera creía en el *Étre Suprême* y solo se inclinaba ante la razón pura y todopoderosa.

—Príncipe prosiguió Myrrha, en tono aún más bajo, déme V. esa cruz: eso no es más que un prejuicio.

La joven alargó el brazo. Estabá sentada no más que á media vara de él, y su interlocutor veía clara y distintamente los contornos de su pecho á través del ligero y transparente velo que los cubría y que dejaba adivinar hasta el sonrosado de la carne. Myrrha se aproximó al príncipe y sus perfumados y sedosos cabellos rodearon á éste de mágicos effluvios.

—Príncipe, murmuró—déme V. esa cruz. Se lo ruego.

El joven desabrochó maquinalmente su frac, apartó con temblorosa mano los encajes de su camisa, cogió la cruz, que era maciza, grande y con adornos en relieve y rompiendo la finísima cadena de oro, de que pendía, puso el sagrado símbolo en manos de Myrrha.

—Príncipe, dijo ésta, mirándole fijamente, esto no es más que un prejuicio, una costumbre infantil, pero así y tJdo si yo le propusiera que arroja-se esta cruz al suelo y la pisotease ¿lo haría?

La joven lo miraba con centelleantes ojos, los brillantes que adornaban su gentil cabeza formaban á modo de aureola entorno de su frente y en el silencio de la cámara parecían percibirse los la-

tidos del corazón que palpitaba en el agitado pecho de la hebrea.

—Dámela, dámela, murmuró el príncipe con tono suplicante. Eso lo hago ahora mismo... ¿Qué no pisotearía yo, qué no destruiría yo por una sola sonrisa de tus labios, por tu amor?

—¡Después, después! replicó ella con voz entrecortada y reclinándose, ocultó la cruz en los almohadones del diván. El príncipe temblaba y Myrrha era presa también de agitación semejante. No era sangre, sino fuego lo que corría por las venas de ambos. Sin notarlo, sin darse cuenta de ello el príncipe sentóse junto á Myrrha, sobre el blanco y muelle diván. Los brazos de la joven, cual si obrasen por sí solos aprisionaron al príncipe, suaves como la seda, en tanto que sus maravillosos y perfumados cabellos lo envolvían en sus hondas de azabache.

Una nube pasó ante los ojos de Sgaborsky. Myrrha murmuraba á su oído con tierno acento:

—¡Amado mío, deseado de mi alma, cedro del Líbano!

Los labios de ambos se confundieron en un ardiente beso.

Las bujías se apagaron. En la habitación reinó encantadora y aromática oscuridad. El príncipe lo olvidó todo; para él todo había desaparecido y se había confundido con el delirio de la pasión.

## IX

El tañido lúgubre, lento y penetrante de la campana se dejó oír de nuevo. Myrrha volvió en sí.

— ¡Príncipe! gritó asustada, ¡príncipe! Aquí está la cruz. No olvide V. decir: «¡Kella, todo se ha consumado!»

El príncipe se levantó y sin decir palabra, em-

briagado aún por la pasión y la felicidad, arrojó su la cruz sobre el blando tapiz y levantó sobre ella el sacrílego pie. En aquel mismo instante abriéronse con espanto sus ojos, tembló su cuerpo y un grito de horror se escapó involuntariamente de su garganta.

Ante él se alzaba una espesa niebla y en medio de ella se destacaba la imágen de Jesús, en todo su dolor, rodeado de la aureola del amor y del perdón. Los ojos del Salvador lo miraban con expresión tan bondadosa y amante, que llegaban hasta el corazón del príncipe, del hombre que osaba levantar el pie sobre el que sufrió muerte cruenta por el amor, por la libertad, por lo más santo que puede darse en la tierra.

El príncipe retrocedió como si una fuerza invisible lo impulsase. Lanzó un ronco gemido; la luz se había hecho en un espíritu y había comprendido que á sus pies yacía aquel que puede únicamente unir todos los pueblos en uno y todas las tribus en una sola familia con la fuerza del amor y de la caridad. La habitación en que se hallaba desapareció de su vista, la mágica beldad del Oriente se ocultó á sus ojos, su amor hacia ella desapareció también, juntamente con el fuego de la pasión que momentos antes dominaba su corazón y su mente; todo le pareció vacío, percedero miserable, pequeño á la luz esplendorosa y eterna de aquel otro amor infinito.

De pronto la voz de Myrrha resonó en sus oídos como si saliese de las tinieblas y viniese de muy lejos.

—¡Apresúrate, apresúrate! decía. La media noche está próxima. De nuevo nacerá él y de nuevo habrá lucha y desesperación.

—No puedo, murmuró Sgaborsky, temblando como si tuviese fiebre.

—¿No puedes? gritó Myrrha levantándose como

si le hubiera picado una serpiente. ¡No puedes! ¡Miserable!

Al punto se borró la aparición celestial y de nuevo apareció Myrrha, cuyo rostro reflejaba perversa locura.

—¡No puedes! gritó con desesperación ¿no puedes? cobarde. Te confié todo cuanto era grande y sagrado. La esperanza de Israel y de la humanidad entera la puse en tus manos. Te entregué cuanto una mujer puede sacrificar á un hombre, y ¡no puedes! ¡Vete!

Levantó la mano y quiso cogerlo, pero el príncipe se apartó de ella con involuntario temor.

En aquel instante resonó otra vez el penetrante son de la campana y tras él un reloj dió sorda y confusamente las doce.

La última campanada resonó solemnemente por todas partes y pareció que temblaban las paredes.

El príncipe miró á la joven. Estaba pálida; sus dientes castañeteaban y se escapaban roncós sonidos de su garganta.

—¡Kella, Kella! gritaba con voz entrecortada y terrible. ¡Astuta serpiente! ¡Me has engañado vilmente! Y después volviendo hacia el príncipe sú descompuesto semblante, exclamó extendiendo el brazo: ¡Maldito seas, cobarde, maldito seas! Sus palabras silbaban como serpientes. ¡Que sobre tu cabeza caíga la maldición de las doce tribus de Israel y sobre la de tus descendientes, sobre las de todos los hombres! El pecado de Cain será su lote y la cólera del Señor pesará eternamente sobre ellos. Sus madres, sus mujeres y sus hijas serán estériles. Vegetarán en la deshonor... ¡Yo te maldigo con la sangre de Abel, de Absalón y de Macabeo, con la sangre de todos los que fueron justos, con mi misma sangre!...

De pronto vió el príncipe que en la diminuta



mano de la joven brillaba un largo y afilado estilete y lo hacía desaparecer con brusco movimiento en el desnudo pecho en el sitio del corazón.

Al príncipe le pareció que la sangre de la herida le salpicaba el rostro cegándolo. Sintió que se desplomaba y muy luego todo se confundió y se oscureció ante sus ojos.

. . . . .

## X

Aquella noche trajeron al príncipe á su casa en un estado de absoluta inconsciencia; avisados á los médicos estos á su vez llamaron al príncipe Alejo Danilitsch, mi tío en tercer grado y al conde Alejandro D. L., primo del enfermo.

Al cabo de una semana abandonó éste el lecho, pero no era ni sombra de lo que fué; estaba amarillo, delgado y muy débil. Continuamente se echaba mano al pecho, decía que le quemaba algo sobre el corazón y pedía la cruz que estaba acostumbrado á llevar.

Le compramos diferentes cruces, decía mi abuela, pero las rompía y pedía que le trajesen la que había perdido. Esta no parecía por haberse quedado en la casa maldita.

El dinero lo trajo en el bolsillo del frac; estaba en billetes del Banco de Inglaterra. En el mismo sobre había, además, diferentes papeles escritos en francés con letra menuda, que contenían las revelaciones místicas leídas por Myrrha. Mi abuela guardó estos papeles los conservó cuidadosamente y me los regaló después.

Una parte del dinero de Myrrha se empleó en practicar investigaciones acerca de la misteriosa morada subterránea en que acaeció el hecho. No se evitaron gastos, pero cuantos esfuerzos se hicieron resultaron estériles é infructuosos. Solo en

un espeso bosque de los alrededores de Wolinsk se descubrieron montones de piedras que yacían en un profundo barranco.

—Todo lo ocultaron aquellos malditos, decía mi abuela; solo una cosa me admiró y fué que no le matasen.

Después de este suceso vivió el príncipe Pablo Sgaborsky tres años y se apagó lentamente, presa de tranquila melancolía.

A veces ésta se trocaba en locura; los ataques más fuertes solía tenerlos en Nochebuena. En tales días no se encontraba bien en ninguna parte; recorría las habitaciones lanzando gemidos como si buscase algo.

Mi abuela empleó todos los medios posibles para aliviar sus sufrimientos, lo llevó á varios monasterios y ermitas, consultó á los médicos más famosos, lo acompañó al extranjero á fin de que lo viera un célebre alienista inglés pero todo fué en vano.

Días antes de su muerte se quedó extraordinariamente tranquilo y recobró su inteligencia; despidióse de todos, recibió los auxilios espirituales y sentándose en una butaca murió murmurando: ¡Kella!

Todo el dinero de Myrrha pasó á su muerte al Conde L. á quién correspondía la fortuna de su primo, pues la línea primogénita de los Sgaborsky terminaba con él.





# LA HIDALGA CAMPESINA

---

## I

La finca de Iwan Petrovitch Berestow estaba situada en una de las provincias más apartadas de Rusia. Berestow, había servido durante su juventud en la guardia imperial pero se retiró á principios del año 1797 y marchó al pueblo de su pertenencia, no volviendo á hacer más viajes. Su mujer, oriunda de familia pobre, murió de resultas de un parto á tiempo de hallarse él bastante lejos del pueblo, pero los cuidados de que había menester su hacienda le consolaron pronto de tan dolorosa pérdida y después de haber edificado una casa conforme á un plan ideado por él, fundó en sus tierras una fábrica de paños; acrecentó sus ingresos y dió en considerarse el hombre de más capacidad de la comarca, en lo que no le llevaban la contraria sus vecinos, puesto que venían á menudo á pasar temporadas en su casa, con sus familias y sus perros. Usaba los días de trabajo un chaquetón de pana y los de fiesta una levita de paño, hecho en casa; él mismo llevaba las cuentas y nunca leía nada, como no fuera la *Gaceta del Senado*. En general, le querían, aún teniéndole por orgulloso y no había más que un vecino, Gregorio Iwanovitch Muronsky que estuviera en pugna con él. Este último era el tipo más perfecto que darse puede del señor ruso. Después de dilapidar en Moscou la mayor

parte de su fortuna de enviudar casi al mismo tiempo, marchó al último pueblo que le quedaba y siguió malgastando el dinero, aunque de distinta manera. Lo que tenía lo empleó en hacer un jardín á la inglesa; en vestir á sus lacayos, con trajes de jockeys; en tomar para sus hijas una institutriz británica y en labrar sus tierras según el método inglés; pero ha dicho muy bien un poeta que el trigo ruso no crece á la extranjera, y esto lo demostró el hecho de que aun disminuyendo los gastos considerablemente, los ingresos de Gregorio Iwanovitch no aumentaron y hasta se vió en la necesidad de contraer deudas. A pesar de todo, se figuraba ser hombre listo por haber sido el primer propietario de la provincia que colocó su finca en consejo de tutela, operación que en aquel tiempo se estimaba hábil y atrevida. De cuantos lo censuraban el que lo hacía con más severidad era Berestow. El odio á las innovaciones era el rasgo principal del carácter de este último y así no podía hablar con calma de la anglomanía de su vecino, hallando á cada paso ocasión de criticarle. Cuando enseñaba su finca á los visitantes decía siempre con astuta sonrisa contestando á los elogios que tributaban á su buena administración:

—Sí señor, en mi casa no sucede lo que en la de mi vecino Gregorio Iwanovitch. ¿A qué viene eso de arruinarse á la inglesa? ¿No vale acaso, mucho más tener el estómago lleno á la rusa?

Estas bromas y otras parecidas llegaban á oídos de Gregorio Iwánovitch aumentadas y corregidas, gracias á la actividad de los vecinos, y daban lugar á que el anglomano se desatase en críticas tan atrevidas como las de un periodista y á que se enfureciese y calificase de oso y de paleta á su rival.

Tales eran las relaciones existentes entre ambos propietarios cuando llegó el hijo de Berestof. Había terminado éste sus estudios en la Universidad

de\*\*\*\* y hubiera deseado ingresar en el Ejército, á no ser por la oposición de su padre. El joven no gustaba en modo alguno de las carreras civiles y como ni el hijo cedió ni se ablandó el padre, se quedó el primero en el pueblo, viviendo á lo *barin* y no desperdiciando cuantas ocasiones tenía de divertirse.

Alejo, así se llamaba el hijo de Berestow, era lo que se llama un buen mozo, ¡Lástima que el uniforme militar no ciñese su robusto cuerpo y que su padre quisiera destinarlo á pasar su juventud encorvado sobre los papeles de una cancillería! Al verlo galopar delante de todos, sin reparar en los baches del camino, los vecinos que iban de caza con él, aseguraban que jamás llegaría á ser jefe de negociado. Las muchachas lo miraban, á veces más de lo conveniente, pero, como Alejo no les hacía caso, suponían todas, á juzgar por su indiferencia, que era víctima de alguna pasión misteriosa y contrariada. Una carta cuyo sobre estaba escrito por él confirmó esta suposición. El sobre decía: «A Aculina Petrowna Kurótchkinaya, en Moscou, frente al Monasterio de San Alejo, en casa del calderero Sawelief.»

Aquellos lectores que no hayan vivido nunca en un pueblo no tienen idea de lo encantadoras que son las señoritas que en ellos viven. Educadas al aire libre, á la sombra de los manzanos de sus jardines, no tienen más concepto del mundo y de la vida que el adquirido en los libros. La soledad, la ausencia de cumplidos y la lectura, desarrollan en ellas, en edad temprana, sentimientos y pasiones desconocidos de las hastiadas hermosuras de la ciudad. Para las señoritas campesinas el tañido de las campanas es casi una aventura: una excursión á la ciudad más próxima forma época en su vida y la llegada de un huésped da lugar á recuerdos inolvidables y á veces eternos. Ríase el que guste,

de sus rarezas, que también las tienen; pero las bromas de un observador superficial no serán nunca eficaces á destruir lo que constituye lo esencial en las personas y muy especialmente lo que constituye la individualidad, sin la cual, como dice Jean Paul no puede haber grandeza en el hombre. En las grandes poblaciones, las jóvenes quizás reciben mejor educación, pero los hábitos de sociedad igualan los caracteres de tal suerte que las almas resultan idénticas, y tan uniformes como los tocados. Y esto lo decimos sin ánimo de ofender á nadie.

Por esta razón fácil es comprender el efecto que produciría el hijo de Berestow en las señoritas de la localidad. Era el primero que se ofrecía á sus ojos, haciendo alarde de de melancolías y desilusiones, era el primero que les hablaba de felicidades perdidas para siempre y de una juventud agostada en su flor... Es más, llevaba un anillo negro con una calavera. Todo esto era tan nuevo en aquella provincia, que las señoritas se volvieron locas por él.

La que más se ocupaba de Alejo, era la hija del anglomano, Lisa ó Betsi, como solía llamarla Gregorio Iwanovitch. Los padres no se visitaban; ella no había visto aún al objeto de sus cavilaciones, pero las amigas no hacían más que hablar de él. Lisa tenía 17 años, y era una morena de ojos negros, extremadamente simpática. Como hija única estaba muy mimada; de suerte que su descaro y sus diabluras encantaban á su padre y desesperaban á su institutriz, miss Jakson, solterona de cuarenta aoriles, muy pedante, que se pintaba el rostro, se teñía las cejas, leía dos veces al año la historia de Pamela y se moría de aburrimiento en aquel país de bárbaros, como ella decía.

La doncella de Lisa se llamaba Nastia y aunque tenía más años que su señorita era tan loca como

ella. Lisa la quería mucho, le contaba todos sus secretos y le comunicaba sus diabluras: hasta el punto de que Nastia era en la aldea de Prilutschin, un personaje mucho más importante que la actriz favorita del público en la Comedia francesa. Cierta día, díjole Nastia á su señorita á tiempo que la ayudaba á vestirse:

—Permítame V. que vayahoy á hacer una visita.

—Permitido. ¿Adónde vas?

—A Tugulof, á casa de Berestow; la mujer del cocinero está de días y ayer nos convidó á comer.

—¡Muy bien! exclamó Lisa. Los señores están peleados y los criados se convidan.

—Y nosotros ¿qué tenemos que ver con los señores? replicó Nastia. Además, yo le pertenezco á V. y no á su papá. Me parece que todavía no se ha peleado V. con el hijo de Berestow. Si á los viejos les agrada de estar á malas, por mí que lo estén.

—Haz todo lo posible por ver á Alejo Berestow, Nastia, dijo Lisa. Así podrás decirme luego qué tal es y si es cierto lo que cuentan.

Nastia prometió hacerlo y su señorita esperó su regreso con extremada impaciencia. Nastia volvió cuando ya era de noche.

—Sabrá V., Lisabet Gregoriowna, dijo al entrar en el cuarto, que he visto al joven Berestow; y que lo he mirado muy despacio porque todo el día hemos estado juntos.

—¿Cómo? A ver, cuéntame, pero cuéntame las cosas por orden.

—Pues verá V., fuimos allá Anisia Yegorowna, Nenila, Dunka...

—¡Lo sé, lo sé! Y después ¿qué?...

—Permítame V. que cuente las cosas como fueron. Pues bien, llegamos á la hora del almuerzo. La habitación rebosaba gente. Estaban allí los hortelanos, los jardineros, la mandadera con sus hijas, el...

—Bueno, ¿y Berestow?

—A eso voy. Nos sentamos á la mesa: la mandadera en el sitio de preferencia, después yo... las hijas de la mandadera se pusieron furiosas pero yo me río de ellas y de otras...

—¡Ay! Nastia, que pesada te pones con tus eternas simplezas!

—¡Y V. que impaciente es.

—Pues bien, estuvimos en la mesa así como tres horas. ¡Y qué comida! *Pirogas* de todas clases... Después nos levantamos y fuimos al jardín á jugar á la gallina ciega. Allí fué también el señorito...

—¿Bueno y qué?.. ¿Es tan guapo como dicen?

—¡Guapísimo! Un real mozo. Robusto, alto, coloradote...

—¿De veras? ¡Y yo que creía que era pálido! ¿Y qué te pareció? Estaba, triste pensativo...

—¡Jesús! ¡qué idea! En mi vida he visto muchacho más chistoso. Estuvo jugando con nosotras á la gallinita ciega...

—¿Con vosotras? ¡No es posible!

—Y tan posible. Y no fué eso lo único que sucedió, sino que á la que cogía le daba un beso.

—¡Mientes, Nastia!

—No miento, señorita si hubiese V visto lo que tuve que forcejear para que me soltase. Todo el día lo pasó con nosotras.

—Pero ¿cómo ha de ser as'? si dicen que está enamorado y que no mira á nadie.

—No lo sé. Lo que es á mí, bien que me miró, y á Tania, la hija del mandadero, y á Pascha, la hija del hortelano. A decir verdad, el muy tunante no molestó á nadie.

—¡Parece mentira! ¿Y que dicen de él en la casa?

—Dicen que es muy bueno y muy alegre. Lo malo es, que le gusta demasiado correr detrás de



las muchachas, pero á mi modo de ver esto no es ningún defecto y se le pasará con el tiempo...

—¡De qué buena gana le vería! exclamó Lisa suspirando.

—Pues de V. depende. Tugiloff no estará lejos; total son tres verstas. Se va V. á pie ó á caballo como si fuese de paseo y de seguro se lo encontrará V. en el camino. Todas las mañanas temprano se va de caza con la escopeta al hombro.

—No, no está bien. Puede figurarse que voy á buscarle. A todo esto, como nuestros padres están enfadados me quedaré sin conocerle. Nastia ¿sabes una cosa? ¡Me disfrazaré de campesina!

—¡Magnífica idea! Se pone V. una camisa de tela burda, un *sarafán* y se va V. á Tugiloff. Le aseguro que no por eso dejará Berestow de mirarla.

—Además, sé imitar muy bien el habla de los campesinos ¡Ay! Nastia ¡que idea más soberbia!

## II

Lisa se acostó aquella noche con el firme propósito de llevar á cabo su plan costase lo que costase. Al día siguiente, comenzó á prepararlo todo. Mandó que le comprasen una falda de paño burdo, un pañuelo de seda y con auxilio de Nastia se hizo un traje de campesina, obligando á todas las criadas á que trabajasen sin levantar cabeza. Al anochecer estaba todo listo. Lisa se probó el traje delante del espejo, se persuadió de que nunca había estado más guapa y ensayó el papel que tenía que representar, haciendo reverencias al estilo paleta; moviendo la cabeza como ciertas figuras de porcelana, hablando en dialecto, tapándose con la manga al reirse y mereciendo, en una palabra, la plena y entera aprobación de Nastia. Solo una cosa la preocupó: ensayó ir descalza por el patio,

pero la hierba enrojeció sus delicados pies y no pudo soportar los pinchazos de los guijarros. Nastia la sacó nuevamente de aquel atolladero. Le tomó medida del pie y se fué á escape al campo encargando á un pastor que le hiciese un par de zuecos. Al otro día, cuando los rayos del sol no habían disipado aun las tinieblas de la noche ya estaba despierta Lisa. Todos dormían en la casa. Nastia esperó en la puerta á que pasase el pastor. Sonó el cuerno y los aldeanos comenzaron á desfilar ante la casa señorial. El pastor entregó á Nastia un par de diminutos zocos, y recibió en recompensa medio rublo. Lisa se vistió sin hacer ruido dió á Nastia instrucciones referentes á Miss Jackson, salió por la puerta falsa y después de cruzar el huerto se halló en pleno campo.

Los primeros arreboles del amanecer iluminaban el oriente y un grupo de doradas nubes parecía esperar la llegada del sol como los cortesanos la del monarca; la claridad y la pureza del cielo, la frescura del ambiente, el perfume de las flores, la suave caricia del viento y el gorjeo de los pájaros, hicieron que el corazón de Lisa rebose juvenil alborozo. Temiendo encontrarse con algún conocido, no andaba, sino que volaba y solo al acercarse al bosquecillo que servía de límite á la finca paterna, acertó el paso, porque era allí donde debía esperar á Alejo. Su corazón latía con violencia sin saber por qué. El riesgo que siempre acompaña á nuestras empresas juveniles constituye su mayor encanto. Lisa penetró bajo los árboles y el murmullo de éstos pareció darle la bienvenida. La alegría de la joven se calmó y se fué poniendo pensativa.

Pensó... pero ¿caso es posible decir con certeza en que podía pensar una muchacha de 17 años sola en un bosquecillo, á las seis de la mañana de un día de primavera? Caminó buen trecho, sumida en reflexiones, cuando de pronto un hermoso pe-

ro corrió ladrando hacia ella al propio tiempo que una voz masculina decía: *tout beau, Sbogar, ici* y que un cazador joven surgía de entre las matas.

—No tengas miedo, hermosa, exclamó dirigiéndose á Lisa. Mi perro no muerde.

La joven se había repuesto del susto y supo aprovechar las circunstancias.

—Señorito, respondió entre recelosa y tímida; me da miedo; no ves que malo es; ya vuelve á ladrar otra vez.

Alejo (el lector lo habrá conocido ya) no apartaba los ojos de la campesina.

—Te acompañaré si tienes miedo, le dijo; ¿me permites que vaya á tu lado?

—Y ¿quién va á impedirlo? replicó Lisa. La voluntad es libre y el camino es de todos.

—¿De dónde eres?

—De Prilutchin; soy hija de la seña Basilia y voy á coger setas. (Lisa llevaba una cestita en la mano) ¿Y tú de donde? ¿De Tugiloff, no es verdad?

—Así es, soy el ayuda de cámara del señorito, respondió Alejo, queriendo igualar su condición á la de la joven. Ésta se echó á reir.

—¡Mentira! dijo te crees que soy tonta. El señorito eres tú.

—¿Por qué crees eso?

—Por todo.

—Sin embargo...

—¿Cómo se ha de confundir al señorito con el criado? El traje no es el mismo y el modo de hablar es distinto, y al perro lo llamas en una lengua que no es la nuestra.

Lisa le iba gustando cada vez más á Alejo y como estaba acostumbrado á no gastar cumplidos con las campesinas que le agradaban, quiso darle un abrazo, pero la joven dió un salto atrás y se pu-

so tan seria que su acompañante no se atrevió á insistir.

—Si quiere V. que seamos amigos, exclamó Lisa, tenga la bondad de reportarse.

—¿Quién te ha enseñado á decir eso? preguntó Alejo, soltando la carcajada. ¿Será acaso mi amiga Nastia, la doncella de la señorita de tu pueblo? ¡Luego dirán que nuestras labriegas no saben expresarse!

Lisa comprendió al punto que había abandonado el papel que le correspondía y trató de corregir la falta cometida.

—¿Qué te crees? repuso? que no voy nunca á casa de los señores? No tengas cuidado, que lo veo todo y todo lo observo y cuanto oigo se me queda impreso. Pero hablando contigo no cojo setas. Vete por un lado que yo me iré por otro. Hasta la vista.

Diciendo estas palabras quiso alejarse, pero Alejo la cogió por un brazo.

—¿Como te llamas, alma mía?

—Aculina, respondió Lisa tratando de recobrar su libertad. Déjame que ya es hora de volver á casa.

—Pues, amiga Aculina, le haré, sin falta, una visita á tu padre el señor Basilio.

—¿Que estás diciendo? contestó Lisa no vengas, por Dios. Si averiguan en mi casa que he estado charlando en medio del campo á solas con el señorito, mi padre me mata á palos.

—Pues yo quiero volver á verte.

—Ya vendré aquí alguna que otra vez en busca de setas.

—Pero ¿cuando?

—Quizás mañana.

—Eres un encanto, Aculina. De buena gana te daría un beso, pero no me atrevo. De modo que mañana á esta hora ¿no es verdad?

—Sí, sí.

—¿No me engañarás?

—No.

—Júramelo.

—Por esta cruz...

Los jóvenes se separaron. Lisa salió del bosque, atravesó el campo, penetró en el jardín y se fué á escape al cortijo, donde la estaba esperando Nastia. Se cambió allí de vestido y, después de responder distraidamente á las preguntas de la impaciente y curiosa doncella, pasó al salón. La mesa estaba puesta, la comida esperaba á los señores y miss Jackson, vestida y compuesta, se entretenía en pintar. El padre celebró el paseo matinal de su hija.

—No hay nada más saludable, dijo, que respirar el ambiente de la mañana, y añadió á esta sentencia unos cuantos ejemplos de longevidad leídos en periódicos ingleses, haciendo observar que todos los que han pasado de los cien años nunca bebieron aguardiente y se levantaron al amanecer, lo mismo en verano que en invierno.

Lisa no prestaba atención á sus palabras. Allá en su fuero interno recordaba todos y cada uno de los incidentes de su entrevista con Alejo, su conversación con él y la conciencia comenzaba á remorderle. En vano se dijo que el diálogo entre ambos no había transpuesto los límites de la más exagerada inocencia y que aquella broma no podía tener consecuencias de ningún género; su conciencia clamaba más alto que su razón. La cita que le había dado para el día siguiente fué lo que más la atormentó y á punto estuvo de decidirse á no acudir á ella, pero pensó que Alejo, después de esperarla en vano, podía muy bien llegarse al pueblo y buscar á la hija del tío Basilio á la verdadera Aculina, y al ver que era una moza de buenas carnes y más basta que la jérga, caer en la cuenta

de su diablura. De tal modo la asustó este pensamiento que acto seguido resolvió presentarse en el bosquecillo apenas rayase el alba.

Alejo por su parte estaba encantado y pasó el resto del día pensando en su nueva y encantadora amiga cuya imágen le persiguió en sueños. Apenas apuntó el alba se vistió y sin detenerse á cargar la escopeta se echó al campo seguido de su perro y pronto llegó al lugar de la cita. Cosa de media hora pasó en angustiosa espera; por fin columbró á través de los arbustos un corpiño azul y se lanzó á su encuentro. La joven se sonrió al observar su apas onado agradecimiento, pero en su rostro había muestras inequívocas de inquietud y de tristeza que no pasaron inadvertidas para el joven, que se apresuró á averiguar él por qué. Lisa le manifestó que consideraba una ligereza el paso que había dado acudiendo á la cita, que estaba arrepentida de él, que por aquella vez no había querido faltar á su palabra pero que aquella sería la última que se verían á solas y que le rogaba no pretendiese llevar adelante una amistad que á nada bueno podía conducirles. Todo esto lo dijo, como es natural; en dialecto del campo, pero Alejo no pudo menos que sorprenderse ante aquellas ideas y aquellos sentimientos, tan raros en una moza ordinaria é ignorante, y echando mano de sa elocuencia se propuso hacer que la muchacha renunciase á su designio, persuadiéndola de cuán inocentes eran sus aspiraciones, prometiéndole no dar lugar jamás á quejas ni á arrepentimientos y atemperarse en un todo á lo que ella quisiera y rogándole por último que no le privase de su único consuelo, que no era otro que el verla á solas, aunque no fuese más que un día sí y otro no, ó por lo menos, dos veces á la semana. En una palabra, se expresó en el lenguaje que la pasión suele emplear, pudiendo asegurarse que en aquel instante

estaba real y verdaderamente enamorado. Lisa escuchó sin interrumpirle.

—Dame palabra, exclamó, de que no me buscarás nunca en el pueblo, de que no preguntarás jamás por mí y de que no querrás que acuda á más citas que las que yo misma te de.

Alejo iba á jurárselo por lo más sagrado, pero ella lo detuvo diciendo:

—No necesito juramentos. Me basta tu palabra.

Después, pusiéronse á charlar amistosamente, paseándose por el bosque hasta que Lisa dijo que era ya hora de separarse. Así lo hicieron y al quedarse solo, Alejo no logró explicarse por qué arte de encantamiento una moza ignorante y rústica había logrado, con solo dos entrevistas, ejercer sobre él tan decisivo influjo. Sus relaciones con Aculina tenían un encanto especial; el de la novedad, y por más que las condiciones impuestas por la caprichosa aldeana se le antojasen un tanto fuera de razón, ni siquiera le pasó por la mente la idea de faltar á lo prometido porque era un buen chico, limpio de corazón, y capaz de apreciar los placeres más inocentes, á pesar de su lúgubre sortija, de sus misteriosas cartas y de sus alardes de desesperación.

### III

Si me dejase llevar de una de mis inclinaciones favoritas aprovecharía la ocasión presente para describir con minuciosos detalles las entrevistas de nuestros jóvenes, la recíproca simpatía que se demostraban, la confianza con que acudían á las citas, sus ocupaciones y diálogos, pero sé que la mayor parte de mis lectores no participan de mis gustos y que todos esos detalles les parecerían ociosos y así hago caso omiso de ellos y digo, en breves, palabras que no pasaron dos meses sin

que Alejo estuviese perdidamente enamorado de Lisa y sin que Lisa le correspondiese con cierta frialdad, que procedía de su carácter y no de su ecrazón. Ambos eran felices y no pensaban ni poco ni mucho en lo porvenir. La idea de unirse en indisolubles lazos les pasó más de una vez por la imaginación, pero jamás hablaron de semejante cosa, por razones tan claras como evidentes. Alejo por muy enamorado que estuviese de la encantadora Aculina no dejaba de comprender la distancia que le separaba de una pobre labriega y Lisa que sabía la enemiga existente entre sus padres respectivos no se atrevía á esperar una reconciliación entre ambos. Además de esto, la romántica esperanza de ver al propietario de Tugiloff á los pies de la hija de un labriego de Prilutchinsk acariciaba secretamente el amor propio de Lisa.

De la noche á la mañana un suceso de la mayor importancia estuvo á punto de perturbar las relaciones de nuestros enamorados.

En una de esas mañanas claras, pero frías, que tan frecuentes son en el otoño ruso, Ivan Petrovitch Berestow salió á pasearse á caballo llevando consigo por lo que pudiera suceder, tres pares de lebreles, un palafrenero y unos cuantos chiquillos con carracas. A la misma hora, Gregorio Ivanovitch Muronsky, seducido por la hermosura del día mandó que le ensillasen la yegua y caballero en ella púsose á recorrer sus britanizadas posesiones.

Llegado que hubo al bosque que les servía de límite divisó á su vecino, el cual, montado majestuosamente en su potro, con un abrigo de piel de zorro, apuntaba á un conejo que salía presuroso de entre las matas, asustado por los gritos de los chiquillos y el son de las carracas.

Si Gregorio Ivanovitch hubiera podido prever



este encuentro, seguro es que jamás hubiera dirigido hacia aquel lado su cabalgadura pero se advirtió demasiado tarde de la presencia de su rival y se encontraba á corta distanciad de él.

¿Qué iba á hacer? Muronsky, como hombre civilizado que era, se aproximó á Berestow y lo saludó con extremada cortesía, á la que aquel respondió con entusiasmo parecido al de un oso que saluda al respetable público por mandato de su amo.

En este momento, salió un conejo del bosque y echó á correr á campo traviesa. Berestow y su palafrenero gritaron, soltaron los perros y lanzaron sus caballos al galope. El de Muronsky, que jamás había estado en cacerías, se asustó y la emprendió al galope. Su ginete, que se preciaba de montar á la perfección, le dió riendas, felicitándose de un incidente que lo desembarazaba de una compañía desagradable, pero su yegua llegó á todo correr al borde de un barranco y reparando el peligro se echó repentinamente atrás despidiéndole de la silla. Cayó Muronsky sobre la tierra endurecida por el frío, echando dos mil maldiciones á la yegua que en tal trance lo había puesto, y que comprendiendo su locura, se había parado al sentirse sin ginete. Ivan Petrovitch acudió presuroso en auxilio de su rival y le preguntó si se había lastimado, en tanto que el palafrenero cogía la yegua de la rienda y ayudaba al caído á ponerse en la silla.

Berestow invitó á su vecino á que descansase un instante en su casa, éste no pudo excusarse, comprendiendo que debía demostrarle algún agradecimiento y así Berestow se hizo con la gloria de haber muerto á un conejo y de traerse á su contrario herido y casi prisionero.

Ambos vecinos almorzaron charlando amistosamente. Muronsky rogó á Berestow que le prestase un coche, pues no se hallaba en condiciones de

volver á su casa á caballo y su huésped le acompañó hasta la puerta de su finca, no sin haberle prometido ir á comer un día á Prilutchin en compañía de su hijo. De esta suerte la antigua enemistad que entre ambos existía estuvo á punto de acabar, gracias al susto de la yegua.

Lisa corrió al encuentro de su padre.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó poseída de asombro. ¿Por qué cojea V.? ¿Dónde está su caballo? ¿De quién es este coche?

—De seguro que no lo adivinas, *my dear*, le respondió Gregorio Ivanovitch. Y al punto le contó lo sucedido. Lisa no daba crédito á sus oídos y su padre, sin darle tiempo á reponerse de su asombro, le participó que al día siguiente vendrían á comer los dos Berestow.

—¿Qué dice V? exclamó Lisa palideciendo. ¿Los Berestow, padre é hijo? ¿Vendrán á comer con nosotros? No, papá, haga usted lo que quiera, pero eso no lo admito.

—¿Te has vuelto loca ó qué? le replicó el padre. ¿Es que de la noche á la mañana te has vuelto tímida? ¿O es que, siguiendo el ejemplo de las heroínas de novela, sientes por el joven Berestow un odio heredado de tu padre? Basta de sandeces...

—¡Lo que es yo, ¡or nada de este mundo me presento ante ellos!

Gregorio Ivanovitch se encogió de hombros y no quiso discutir más, sabiendo que con ello no lograría absolutamente nada y se retiró á descansar de su memorable paseo.

Lisa Grigoriówna se encerró en su cuarto después de haber llamado á Nastia, y ambas discutieron largo rato las consecuencias de la proyectada visita. ¿Qué pensará Alejo, se decía Lisa, si ve que su Aculina y la señorita de la casa son una misma persona? ¿Qué concepto formará de mi conducta, de mi educación y de mi juicio? Por otra parte no

le desagradaba ver el efecto que tan inesperada entrevista produciría en el joven. De pronto se le ocurrió una idea; la consultó con Nastia y ambas se rieron muchísimo y decidieron ejecutarla.

#### IV

Al día siguiente durante el almuerzo Gregorio Ivanovitch preguntó á su hija si estaba resuelta á encerrarse en su habitación cuando llegaran los Berestow.

—Papá, contestó Lisa, los recibiré si V. quiere, pero con una condición: la de que no se enfadará V. conmigo, ni demostrará asombro por la manera como yo tenga á bien presentarme ante sus huéspedes.

—¿Tienes ya pensada alguna diablura? dijo sonriéndose el padre. Bueno, sea como quieras; estoy conforme; haz lo que te parezca, tunantilla de ojos negros. Al decir esto le dió un beso en la frente y Lisa fué á vestirse para la recepción.

A las dos en punto de la tarde, una calesa, de construcción doméstica, arrastrada por seis caballos penetró en el patio y rodó por el pasco en torno del macizo de espeso cesped que lo adornaba. El viejo Berestow subió la escalinata con auxilio de dos lacayos que llevaban la librea de Muronsky y habiendo llegado su hijo detrás de él á caballo, penetraron juntos en el comedor, donde ya estaba puesta la mesa. Muronsky recibió á sus vecinos con extremada amabilidad, les invitó á que viesan su jardín antes de la comida y les condujo por senderos cuidadosamente trazados y cubiertos de arena. El viejo Berestow se dolía interiormente de todo aquel trabajo que de nada servía y de todo aquel tiempo perdido lastimosa é inutilmente en tamañas pequeñeces, pero se calló por cortesía.

Su hijo no participaba ni del disgusto de su padre ni de la satisfacción del anglomano, sino que esperaba con impaciencia la aparición de la señorita de la casa, acerca de la cual le habían contado muchas cosas, pues, por más que su corazón como ya sabemos pertenecía á otra, las mujeres hermosas tenían derecho siempre á ocupar su imaginación.

Llegados á la sala, sentáronse los tres y mientras los viejos recordaban los pasados tiempos y contaban anécdotas de la época en que ambos servían en el ejército, Alejo reflexionaba acerca del papel que tenía que representar delante de Lisa.

Determinó que lo mejor era adoptar una actitud fría y después la que las circunstancias impusieran. La puerta se abrió; volvió la cabeza con tal indiferencia, con tan orgullosa frialdad que el corazón de la más coqueta hubiera debido estremecerse.

Desgraciadamente en vez de Lisa entró la anticuada miss Jackson y el hábil movimiento estratégico de Alejo se perdió sin provecho. Aun no había tenido tiempo de rehacerse cuando la puerta se abrió nuevamente y aquella vez la que entró fué Lisa.

Todos se pusieron en pie y el padre iba á empezar las presentaciones cuando de pronto se detuvo y se mordió apresuradamente los labios... Lisa que era morena, se había pintado de blanco hasta las orejas y teñídose las cejas aun más exageradamente que miss Jackson.

No era esto solo, sino que se había puesto un añadido de rizos más claros que sus propios cabellos, de suerte que ostentaba á modo de una peluca; las mangas de su traje eran á *l'imbécile* y más parecían faldas que mangas y estaba vestida de tal suerte que su cintura parecía la de una avispa y su cuerpo recordaba la letra equis.

Todos los brillantes de su madre, que no se habían empeñado, resplandecían en sus orejas, cuello y dedos.

¿Cómo iba Alejo á creer que aquella pretenciosa y cursi señorita y su Aculina eran una misma persona? El anciano Berestow se acercó á ella y le besó la mano y su hijo, aunque de mal grado, tuvo forzosamente que imitarlo. Al aproximar sus labios á los diminutos dedos de la joven le pareció que estos temblaban ligeramente.

El pie de Lisa, calzado de propósito con suma coquetería, fué lo único que lo reconcilió un tanto con el resto de la indumentaria. Por lo que hace al blanquete y al tinte de las cejas, hay que confesar que Alejo que al fin y al cabo era sencillo de corazón, ni los notó al principio ni los sospechó después. Gregorio Ivanovitch recordó su promesa y se esforzó en no demostrar asombro, pero la diablura de su hija le pareció tan aguda que apenas si podía contener la risa. La que no estaba para ella era la pretenciosa miss Jackson que al punto adivinó la procedencia de los colores empleados por Lisa y se encolerizó hasta el punto de que el carmín de sus mejillas se hizo visible á través de la artificial palidez de su rostro. De cuando en cuando lanzaba á su discípula miradas furibundas, pero Lisa, dejando las explicaciones para cuando hubiese lugar á ellas, aparentó no darse cuenta de nada.

Sentáronse á la mesa, y Alejo continuó haciendo el papel de un hombre desengañado de la vida, indiferente y amigo de sumirse en meditaciones. Lisa hacía muchos gestos, hablaba con los dientes cerrados y no empleaba más idioma que el francés. La inglesa estaba furiosa y callaba. El único que estaba á sus anchas era Ivan Petrovitch, pues comió á lo heliogábalo, bebió lo que tenía por costumbre, se rió con naturalidad y á medida que

transcurrían las horas, hacíase más locuaz y más alegre.

Por último, se levantaron de la mesa; marcháronse los huéspedes y Gregorio Ivanovith dió rienda suelta á la risa y á las preguntas.

—¿Por qué has querido divertirme á costa de ellos? preguntó á Lisa. ¿Sabes una cosa? El blanquete te sienta muy bien y por más que no quiera yo penetrar en los misterios del tocador femenino, si estuviese en tu lugar me pintaría de blanco, claro es, que no mucho, pero sí un poco.

Lisa, encantada del éxito de su plan le prometió no echar en saco roto su consejo y corrió á hacer las paces con la encolerizada miss Jackson, que á duras penas consintió en abrirle la puerta de su cuarto y en escuchar sus razones. Lisa le manifestó que habiendo tenido precisión de parecer afectada á los ojos de aquellos señores y no atreviéndose á pedirle lo que necesitaba, hábalo tomado ella misma, confiando en que miss Jackson como era tan buena la perdonaría... La inglesa se persuadió de que su discípula no había querido burlarse de ella, se tranquilizó, abrazó á la joven y en prenda de perdón le regaló un tarrito de blanquete inglés que Lisa aceptó con muestras de profundo agradecimiento. Sin que yo se lo diga adivinará el lector que Lisa no faltó al día siguiente á la cita en el bosquecillo.

—¿Ayer estuviste en casa de mis señores, no es verdad? le preguntó á Alejo apenas se saludaron. ¿Qué tal te ha parecido la señorita?

Alejo respondió que ni siquiera la había mirado.

—Es lástima, replicó Lisa.

—¿Por qué?

—Porqué quería preguntarte si es verdad lo que dicen...

—¿Qué es lo que dicen?

—Que yo me parezco á ella.

—¡No faltaba más! ¡A tu lado la señorita de tu pueblo parece un monstruo.

—¡Válgame Dios! ¿no te da vergüenza hablar así? ¡Mi señorita es tan elegante, tiene el cutis tan blanco!.. ¿Como voy yo á compararme con ella?

Alejo le juró por todos los santos del cielo que valía más que todas las señoritas de la comarca juntas y separadas y á fin de tranquilizarla por completo comenzó á describir á su señorita con tales exageraciones que Lisa se reía á carcajadas.

—Sin embargo, dijo suspirando, la señorita será todo lo ridícula que tú quieras, pero así y todo á su lado yo, no soy más que una pobre ignorante.

—¡Vaya una cosa! exclamó Alejo. ¿Y te preocupas por eso? Si quieres yo te enseñaré á leer y á escribir.

—No estaría mal, repuso Lisa; sería cosa de ensayarlo.

Cuando quieras, hermosa mía, ahora mismo podemos empezar.

Sentáronse ambos, Alejo sacó del bolsillo un lápiz y un libro de memorias y Aculina aprendió el alfabeto con pasmosa rapidez. Alejo no pudo menos que asombrarse de su inteligencia. Al siguiente día quiso ella que Alejo le enseñase á escribir y aunque al principio no le obedeció el lápiz, apenas transcurrieron unos minutos dibujaba las letras con bastante limpieza.

—¡Parece mentira! exclamó Alejo. Nuestros estudios van más deprisa que si empleásemos el sistema de Lancaster.

Así era, en efecto, porque á la tercera lección Aculina deletreaba ya perfectamente el cuento titulado «Natalia, la hija del Boyardo», é interrumpía la lectura con observaciones que asombraban á Alejo y llenó una hoja entera con frases entresacadas de dicho cuento.

Al cabo de una semana se estableció una correspondencia entre nuestros jóvenes. La oficina postal fué el hueco de una encina. Nastia hacía secretamente de cartero. Allí llevaba Alejo sus epístolas escritas en gruesos caracteres, y allí encontraba las de su amada escritas en tosco papel azulado con letra irregular. Aculina se iba acostumbrando por lo visto á escribir correctamente y se notaba que su inteligencia poco á poco se desarrollaba y se hacía más culta.

Entre tanto la reciente amistad de Ivan Petrovitch y de Gregorio Ivanovitch se había fortalecido y de allí á poco se convirtió en intimidad. Muronsky pensaba á veces que á la muerte de Ivan Petrovitch toda su fortuna pasaría á manos de Alejo Ivanovitch y que entonces este último sería uno de los propietarios más ricos de la comarca, á quien no habría que ponerningún reparo si quisiera casarse con Lisa. El viejo Berestow por su parte, aunque seguía creyendo que su amigo tenía algo de loco, mejor dicho que estaba poseído de lo que el llamaba tontería inglesa, no podía menos de confesar que no le faltaban cualidades excelentes, entre ellas la de tener agudeza de ingenio. Gregorio Ivanovitch era próximo pariente del Conde Pronsky, persona conocida y de gran influencia que podía ser de gran utilidad á Alejo, y Muronsky se figuraba que Ivan Petrovitch se alegraría en extremo de poder casar á su hija tan ventajosamente.

Así pensaban los padres sin decir nada, hasta que por último hablaron del asunto, se abrazaron y se prometieron trabajar para que el plan tuviese éxito, decidiendo que cada cual emplease los medios que más adecuados estimase.

Una dificultad se ofrecía á Muronsky y era la de convencer á su hija y obligarla á que trabase amistad más íntima con Alejo, á quién no había vuelto



á ver desde el día del famoso convite. Al parecer, los jóvenes no habían simpatizado, puesto que Alejo no había vuelto á parecer por Prilutchin y Lisa se encerraba en su cuarto cada vez que Ivan Petrovitch los honraba con su visita. Gregorio Ivanovith pensó que viniendo Alejo á su casa todos los días fuerza sería que Lisa se enamorase de él. Esto era lo lógico, ya que con el tiempo se arreglan los asuntos más difíciles.

Por su parte, Ivan Petrovich no dudó del éxito de su plan y el día mismo en que supo que las intenciones de su amigo coincidían con las suyas, llamó á Alejo y le dijo después de un instante de silencio:

—¿Cómo es que hace ya tiempo no hablas de ingresar en el Ejército? ¿Será cosa que no te seduzca ya el uniforme de húsar?

—Nada de eso, padre, respondió Alejo. Lo que pasa es que he comprendido que no le gustaba á V. el que yo fuese húsar, y, debiendo someterme á sus mandatos, no he vuelto á hablar del asunto.

—Muy bien, repuso Ivan Petrovitch; veo que eres obediente, lo cual no es chico consuelo y en justa recompensa no quiero obligarte á que ingreses enseguida en la Administración. A lo que sí me inclino es á que te cases.

—¿Con quién voy á casarme? preguntó Alejo, con profunda sorpresa.

—Con Lisa Grigoriewna Muronskaya, le replicó Ivan Petrovitch. Me parece que no es malala novia.

—A decir verdad, todavía no he pensado en casarme.

—Si no has pensado todavía en eso, aquí estoy yo que lo he pensado y repensado por tí.

—Permítame V. que le diga que Lisa Muronskaya no me gusta.

—Ya te gustará. Ten paciencia y te enamorarás de ella.

—No creo que sea yo capaz de hacerla feliz.

—¿Acaso tienes tú que preocuparte de su felicidad? ¡Qué! ¿Es así como me obedeces? ¡Me parece muy bien!

—Será lo que V. guste pero no quiero casarme, y no me casaré.

—Te casarás ó te maldiciré y las tierras, como hay Dios, que las vendo y me gasto lo que me den por ellas y á tí te dejo los colchones y nada más. Tres días te doy para lo que pienses y entre tanto haz que yo no te vea.

Sabía Alejo que si á su padre se le metía en la cabeza una idea ni á fuerza de martillazos se la sacaban delos cascos pero tenía carácter parecido y no era tan fácil convencerle. Encerróse pues en su cuarto y púsose á reflexionar acerca del límite que era preciso poner á la autoridad paterna y acerca también de Lisa Grigoriewna, sin echar en olvido la promesa de su padre de convertirle en pobre, y por último en Aculina. Por primera vez se dió cuenta perfecta de que estaba profundamente enamorado de ella; cruzóle por el pensamiento la romántica idea de casarse con la campesina y vivir de su trabajo y á medida que reflexionaba le parecía más sensato este propósito. Como hacía días que no cesaba de llover y se habían suspendido las entrevistas en el bosquecillo le escribió á Aculina con letra clara y apasionado estilo, una carta manifestándole la desgracia que sobre ambos se cernía y ofreciéndole su mano. Al punto llevó lo epístola al hueco del árbol que servía de buzón y se acostó, satisfecho de sí mismo.

Al día siguiente, firme en su propósito se levantó temprano y marchó á casa de Muronsky, con objeto de hablarle clara y terminantemente y verle despertar su generosidad.

—¿Está en casa Gregorio Ivanovitch? preguntó,

deteniendo su caballo ante la escalinata de la casa señorial de Prilutchin.

—No, señor, respondió el oriado; Gregorio Ivanovitch ha tenido á bien salir á caballo desde muy temprano.

—¡Qué fastidio! pensó Alejo. ¿Está, al menos, en casa Lisa Grigoriowna?

—Sí, señor.

Alejo saltó del caballo, entregó las riendas al oriado y penetró en la casa sin hacerse anunciar.

—Así quedará todo terminado, pensó entrando en la sala. La explicación se la daré á la misma interesada.

Entrar... y quedarse mudo de sorpresa fué una misma cosa. Lisa... no, Aculina, la encantadora, la morena Aculina, vestida, no ya con *sarafán*, sino con elegante traje blanco de mañana, estaba sentada junto á una ventana, tan absorta en la lectura de su carta que no le sintió entrar. Alejo no pudo reprimir una exclamación de alegría. Lisa levantó la vista se estremeció, lanzó un grito y quiso echar á correr, pero Alejo se precipitó hacia ella y la detuvo. Lisa hizo esfuerzos para soltarse...

—*Mais laissez moi donc, monsieur, mais vous êtes fou*, repetía tratando de ocultar su rostro.

—¡Aculina, Aculina! repetía, á su vez, Alejo, besándole la mano.

Miss Jackson, testigo de aquella escena no sabía que pensar.

En aquel mismo instante, se abrió la puerta y entró Gregorio Ivanovitch.

—¡Aíájá! exclamó; me parece que su asunto de Vdes. esta ya resuelto...

Los lectores me dispensarán del deber de relatarles el desenlace de la historia.





## LA DAMA DE "PIQUE"

---

### I

En casa del oficial de guardias á caballo Narumof jugaban á las cartas. La larga noche invernal pasó rápidamente. A las cinco de la mañana se sentaron á cenar. Los que habían ganado comieron con gran apetito; los demás contemplaron con distracción sus platos vacíos. Pero se sirvió el champagne, se animó la conversación y todos tomaron parte en ella.

—¿Qué tal te ha ido, Surin? preguntó el dueño de la casa.

—He perdido como de costumbre. Hay que reconocer que soy un desgraciado; juego con calma nunca me enfado, nada me hace hablar, y sin embargo, pierdo!

—¿Y tú, no jugaste ni una vez siquiera? ¿No te dejaste seducir? Tu firmeza me asombra.

—¡Qué hombre! exclamó uno de los huéspedes señalando á un joven ingeniero. Jamás ha cogido una carta, jamás dice una palabra malsonante, y ha estado con nosotros hasta las cinco de la mañana viendo cómo jugabamos.

—El juego me entretiene mucho, dijo Hermann pero no estoy en situación de sacrificar la indispensable por tal de tener más de lo que necesito.

—Hermann, es alemán: es calculador, eso es todo, observó Tomski. Si para mí hay alguien in-

comprensible es mi abuela, la Condesa Ana Fedotovisa.

—¿Qué? ¿Qué dices? exclamaron los convidados.

—No puedo comprender, prosiguió Tomski, por qué no juega mi abuela.

—¿Y qué tiene de extraño, dijo Narumof, que una anciana de ochenta años no juegue?

—¿De modo que tú no sabes lo que le sucedió?

—No, no sé nada de eso.

—Entonces escuchad. Es preciso que sepáis que mi abuela, hará sesenta de ésto, marchó á París y estuvo muy á la moda. La gente corría tras ella para ver á la Venus moscovita. Richelieu hizo locuras por ella y mi abuela asegura que su crueldad estuvo á punto de ocasionar el suicidio del duque. En aquel tiempo las señoras jugaban al faraón. Una vez estando en la corte, perdió bajo palabra una cantidad considerable que le ganó la duquesa de Orleans. Cuando llegó á su casa y á tiempo de quitarse las *mouches* y de desnudarse, confesó á mi abuelo la pérdida y le ordenó que pagase. Mi difunto abuelo, si no recuerdo mal, era de condición débil. Le temía á su mujer como al juego, pero al enterarse de tan enorme pérdida, se enfureció, echó sus cuentas y demostró á mi abuela que en seis meses habían derrochado medio millón y que cerca de París no tenían fincas que vender como les sucedía en Moscou: en una palabra se negó á pagar la deuda. Mi abuela le dió un cachete y se acostó sola en prueba de enfado. Al día siguiente mandó llamar á su marido, con la esperanza de que hubiese surtido efecto el castigo de la víspera, pero le halló incommovible. Por primera vez en la vida llegó á tener con él una explicación acalorada: creyó que iba á ablandarse, condescendiendo hasta demostrarle que hay deudas

y deudas y que no puede portarse lo mismo un príncipe que un postillón.

¡A buena parte fué! El abuelo siguió en sus trece. La abuela no sabía qué hacer. Conocía aunque muy superficialmente al conde de Saint Germain de quien tantas cosas extraordinarias se contaban. Ya sabéis que decía ser el judío errante, y haber descubierto el elixir de la vida, la piedra filosofal, etc. Reíanse de él como de un charlatán y Casanova en sus Memorias dice que era un espía. Por lo demás, Saint Germain, fuera aparte de su misterio tenía aspecto respetable y era un hombre muy amable en sociedad. Mi abuela le ama desde entonces y se enfada cuando hablan mal de él.

Mi abuela sabía que el conde de San Germain disponía de inmensos recursos. Se decidió, pues, á acudir á él y le escribió una carta rogándole que viniese á verla. El misterioso individuo acudió inmediatamente y la halló sumida en la desesperación. Mi abuela le pintó con sombríos colores la barbarie de su esposo y dijo, por último, que ponía toda su esperanza en su amistad. Saint Germain reflexionó. «Puedo servirla á V. con esa cantidad, dijo; pero se que no estará V. tranquila mientras no me la devuelva, y no quisiera yo ser causa de nuevos disgustos. Hay otro medio: puede V. recuperar lo perdido jugando de nuevo.»

—Pero, amable Conde, le contestó mi abuela, ¿no le digo que estamos sin un céntimo?

—Para lo que propongo no hace falta dinero. Tenga V. la bondad de escucharme, replicó Saint Germain. Y al punto le reveló un secreto por el cual daríamos lo indecible todos nosotros...

Los jugadores redoblaron la atención. Tomski encendió su pipa, se estiró y prosiguió:

—Aquella misma noche, se presentó mi abuela en Versalles en el *jeu de la reine*. El duque de Orleans torció el gesto al verla. Mi abuela se excu-

só de no haber pagado su deuda, contó una historia cualquiera para justificar su olvido y se puso á jugar á las cartas con el duque. Escogió tres cartas, las puso una sobre otra: con las tres ganó: el desquite fué completo.

—¡La casualidad! exclamó uno de los presentes.

—¡Eso es un cuento! observó Hermann.

—¡Quizá fueran cartas falsificadas! dijo un tercero.

— No creo, repuso Tomski con gravedad.

—¡Cómo! exclamó Narumof. ¿Tienes una abuela que adivina tres cartas seguidas y hasta ahora no le has arrancado su secreto?

—¡Sí, por vida mía! repuso Somski. Mi abuela tuvo cuatro hijos, uno de los cuales fué mi padre. Los cuatro eran jugadores y á ninguno le descubrió su secreto, lo cual no hubiera sido malo para ellos, ni para mí tanpoco. Pero, oigan Vdes. lo que me contaba mi abuela, del conde Ivan Ilitch, dándome su palabra de honor de que era cierto. El difunto Chaplistki, que murió en la miseria después de derrochar millones, allá en su juventud perdió, jugando con Zorich unos 300.000 rublos. Estaba desesperado. Mi abuela que siempre fué compasiva con los muchachos, sintió lástima de Chaplitzki. Le dió tres cartas para que las pusiera una sobre otra y le exigió su palabra de no volver á jugar. Chaplitzki fué á buscar á su vencedor y ambos se pusieron á jugar. Chaplitzky puso 50.000 rublos á la primera carta y ganó, á la tercera carta se había desquitado por completo.

—A todo esto, dijo uno de los presentes, ha llegado la hora de irse á la cama; son las seis menos cuarto.

En efecto empezaba á amanecer. Los muchachos apuraron sus copas de ron y se separaron.



## II

La anciana Condesa de \*\*\* estaba sentada en su gabinete delante del espejo. La rodeaban tres doncellas, una de las cuales tenía el frasco de colorete, otra una cajita con horquillas y la tercera una cofia adornada con cintas de color de fuego. La Condesa no tenía la menor pretensión á una belleza desaparecida hacía mucho tiempo, pero conservaba todas las costumbres de su juventud; seguía cuidadosamente las modas del año 1770 y se vestía con la misma lentitud y el mismo esmero que sesenta años antes. Junto á la ventana, sentada al bastidor, se hallaba una señorita, de cuya educación se había encargado la condesa.

—Buenos días, *grand'maman*, dijo al entrar un oficial joven. *Bonjour, Mademoiselle Luise. Grand, maman*, vengo á pedirle á V. un favor.

—¿Qué quieres, *Paul*?

—Permítame V. que le presente á uno de mis amigos y que le traiga al baile que da V. el miércoles.

—Lo traes al baile y allí me lo presentas. ¿Estuviste anoche en casa de \*\*\*?

—¿Cómo no? Estuvo aquella muy bien. Bailamos hasta las cinco de la mañana. Etezkaía estaba guapisísima...

—¿Pero querido!.. Qué le encuentras. ¿Se parece á su abuela la princesa Daría Petrowna? A propósito: ¿ha envejecido mucho la princesa Daría Petrowna?

—¿Cómo si ha envejecido? replicó distraídamente Tomski, si hace lo menos siete años que murió...

La joven levantó la cabeza é hizo una seña al oficial. Este recordó que á la condesa le ocultaban la muerte de sus contemporáneas y se mordió los

labios. La condesa escuchó, esto no obstante, aquella noticia, nueva para ella, con la mayor indiferencia.

—¡Se ha muerto y yo no sabía nada! A las dos nos nombraron damas de honor al mismo tiempo y cuando nos presentamos, la soberana...

Y la condesa por la centésima vez contó á su sobrino aquella anécdota.

—Bueno, Paul, dijo después, Ahora ayúdame á levantarme. ¿Lisa, donde está mi caja de rapé?

La condesa con sus doncellas pasó detrás de un biombo para continuar su tocado. Tomski se quedó solo con la joven.

—¿A quién quiere V. presentar? preguntó en voz baja Isabel Ivanowna.

—A Narumof. Ya V. le conoce.

—¡No! ¿Es militar ó paisano?

— Militar.

—¿Ingeniero?

—No, sirve en caballería. ¿Porqué pregunta V. si es ingeniero?

La joven se sonrió y no contestó.

—Paul, gritó la condesa desde detrás del biombo. Traeme alguna novela nueva, pero no de las últimas.

— ¿Porqué, *grand'maman*?

—Quiero decir, una novela en la que el protagonista no estrangule á su padre, ni á su madre y en la que no haya ahogados. Le tengo un miedo horrible á los ahogados.

—Hoy día no se estilan esas novelas. ¿La querría V. rusa?

—Pero, ¿hay novelas rusas? Traémelas, hijo, traémelas.

—Dispéñseme V., *grand'maman* tengo mucha prisa. Dispéñseme V., Isabel Ivanowna... ¿Por qué creyó V. que Narumof era ingeniero?

Y Tomski salió del gabinete.

Isabel Ivanowna se quedó sola; dejó la labor y miró por la ventana. Pronto apareció en la calle un oficial. La joven se puso colorada, reanudó su labor é inclinó la cabeza sobre el bastidor. En aquel momento entró la condesa ya vestida.

—Di que enganchen el coche, Lisa, y vamos de paseo.

Lisa apartó el bastidor y se puso á recoger su labor.

—Pero hija; ¿estás tonta? exclamó la condesa. Di que enganchen inmediatamente.

—Enseguida, respondió en voz baja la joven y echó á correr hacia la antesala.

Entró un criado y puso en manos de la condesa los libros que enviaba el príncipe Pablo Alejandrovich.

—Está bien, dijo la condesa; dále las gracias. Lisa, Lisa; ¿adonde vas tan de prisa?

—Voy á vestirme.

—Tienes tiempo, hija. Sientate aquí. Abre uno de sus libros léeme en voz alta.

La joven abrió el libro y leyó unas cuantas líneas.

—Más alto, dijo la condesa. ¿Qué te pasa? ¿No tienes voz? Mira, antes, dame el taburete... así.

Lisa leyó un par de hojas. La condesa bostezó.

—Tira ese libro, dijo. Qué simpleza devuélveselo al príncipe Pablo y dí que le den las gracias. Pero... ¿y ese coche?

—El coche está enganchado, dijo Isabel Ivanowna mirando por la ventana.

—¿Y porqué no estás vestida ya? preguntó la condesa. Siempre te haces esperar lo cual es insoportable.

Lisa voló á su cuarto. Apenas habían transcurrido dos minutos cuando la condesa empezó á llamar con toda su fuerza. Tres criadas acudieron por una puerta y un lacayo por otra.

—¿Qué pasa que no venís cuando se os llama? exclamó la condesa. Id y decidle á Isabel Ivanowna que la estoy esperando.

Isabel Ivanowna entró en aquel instante en traje de calle.

—Ya has venido, hija mía. ¡Gracias á Dios! Pero ¿qué te has puesto? ¿A que viene todo eso? ¿Pienzas enamorar á alguien? ¿Qué tal día hace? Parece que hace viento...

—No, señora, no hace viento ninguno, contestó el lacayo.

—Siempre hablas á tontas y á locas. Abre la ventana. Lo ves hace viento y viento frío. Que desenganchen el coche. Lisa, no salimos ya, no tenías para que componerle tanto...

—¡Y decir que mi vida se reduce á ésto! pensó Lisa.

En efecto, Isabel Ivanowna era una criatura desgraciada. Amargo es el pan ajeno, dijo Dante y duro es bajar por la escalera de otro.

¿Qué amargura de las que proceden de la dependencia de otro ignoraría una pobre joven protegida por una anciana rica é ilustre? La condesa no era mala, pero sí caprichosa como mujer, amiga de la sociedad, avara y sumida en el más egoísmo como suele ocurrir con los viejos enamorados de su tiempo y extraños al presente. La condesa tomaba parte en todas las frivolidades del gran mundo, acudía á los bailes permaneciendo en un rincón con el rostro pintado y vestida á la antigua como si fuera un adorno natural é indispensable del salón; á ella se acercaban con profundos saludos los huéspedes cual si cumpliesen con un rito establecido y después nadie se acordaba de ella.

A su casa acudía toda la ciudad, observando severa etiqueta, sin conocer á nadie personalmente. Sus numerosos criados engordaban y envejecían en sus antecámaras, haciendo lo que que-

rían y robando constantemente á la anciana. Isabel Ivanowna era un mártir doméstico.

Ella servía el té y escuchaba regaños por el consumo exagerado de azúcar, ella leía novelas en voz alta y tenía lo culpa de cuantos errores había cometido el autor, ella acompañaba á la princesa cuando salía de paseo y era responsable del tiempo y del estado de las calles. Tenía señalada una recompensa pecuniaria, pero nunca se la pagaban no obstante lo cual le exigían que se vistiera *como todas*, es decir, como *pocas*. En sociedad desempeñaba el mismo papel. Todos la conocían y ninguno le hacía caso, en los bailes no la sacaban á bailar sino cuando faltaba un *vis á vis*, y las señoras se cogían de su brazo cuantas veces necesitaban ir al tocador para arreglar algún detalle del vestido. Como tenía amor propio sentía lo triste de su situación y miraba alrededor suyo esperando con impaciencia que se presentase un libertador, pero los jóvenes, calculadores á pesar de su vanidad juvenil, no le hacían ningun caso, por más que fuera Isabel Ivanowna cien veces más bonita y más agradable que las impertinentes y desagradables jóvenes en torno de las cuales se movían. Cuántas veces, abandonando la sala aburrida y pomposa, habíase retirado á su pobre alcoba donde lloraba silenciosamente al lado de viejos biombos y de antiguas tapicerías, mirando con tristeza la cómoda, el espejo y la cama que constituían el mobiliario, á la luz escasa que proyectaba una vela de sebo puesta en un candelero de metal.

Una vez, esto sucedió dos días después del sarao descrito al principio de este relato y una semana antes de la escena en que nos detuvimos, una vez, Isabel Ivanowna, sentada junto á la ventana trabajando en su bastidor miró distraidamente á la calle vió á un joven ingeniero inmóvil y con la vista fija en la ventana. Isabel bajó la cabeza y tornó á

su labor, cinco minutos despues miró de nuevo: el joven oficial seguía en el mismo sitio. No teniendo por costumbre coquetear con los oficiales que pasaban por la calle dejó de mirar y bordó por espacio de dos horas sin levantar la cabeza. Sirvieron la comida.

Isabel se levantó, recogió su labor y mirando involuntariamente hacia la calle, volvió á ver al oficial. Esto le pareció bastante raro. Después de comer se aproximó á la ventana con cierta intranquilidad, pero el oficial había desaparecido y ella no volvió á acordarse más de él.

Dos días después, cuando iba á subir al coche con la condesa, volvió á verle. Estaba junto á la escalinata y ocultaba el rostro en el cuello de castor, sus negros ojos brillaban bajo la gorra. Isabel Ivanowna se asustó sin saber de qué y tomó asiento en el coche con inexplicable sobresalto.

Al regresar á casa corrió á la ventana: el oficial se hallaba en el mismo sitio que el otro día y no apartaba la vista de ella; la joven se retiró, mortificada por la curiosidad y agitada por un sentimiento completamente nuevo para ella.

Desde entonces no pasó día sin que el joven oficial no se presentase á la misma hora bajo la ventana de la casa. Entre él y la joven se establecieron mudas relaciones. Sentada en su sitio, ocupada en su trabajo, sentía su proximidad, levantaba la cabeza y le miraba cada día más.

El joven, al parecer, le estaba muy agradecido; la joven reparaba, con la penetración propia de la juventud, cómo se cubrían de carmín sus pálidas mejillas cuando su mirada se encontraba con la de él. Al cabo de una semana, la joven le sonreía...

Cuando Tomski pidió permiso á la condesa para presentar á su amigo, el corazón de la pobre

muchacha palpitó con más fuerza, pero cuando supo que Narumof no era ingeniero, sino caballero-guardia, deploró haber revelado su secreto por medio de una pregunta indiscreta al impetuoso Tomski.

Hermann era hijo de un alemán que se naturalizó ruso y le dejó un pequeño capital. Persuadido de la necesidad de robustecer su independencia, Hermann no tocaba á la renta, vivía con su sueldo únicamente y no se permitía el menor capricho. Por lo demás, era reservado y orgulloso y sus compañeros raras veces tenían ocasión de burlarse de su extraordinaria parsimonia. Tenía pasiones fuertes y una fantasía ignea, pero su firmeza le salvaba de los errores propios de la juventud. Así, por ejemplo, siendo en el fondo amigo del juego, no tocaba jamás una carta, porque calculaba que su fortuna no le permitía (según decía él) sacrificar lo indispensable á la esperanza de conseguir lo supérfluo, y sin embargo, se pasaba noches enteras al lado de las mesas de juego observando con temblor febril las diferentes alternativas de aquel.

La anécdota de las tres cartas había producido gran efecto en su fantasía y durante toda la noche no pudo desecharla de su mente. «Si la condesa me revelase su secreto, decíase al siguiente día paseándose por San Petersburgo, ó me indicase qué cartas son esas... ¿Por qué no probar la suerte? Me presentaré á ella, conquistaré su benevolencia, me haré su favorito, diré que estoy enamorado de ella pero todo esto requiere tiempo y ella tiene 87 años; puede morirse en una semana, en dos días... Y hasta la misma anécdota... ¿Es creíble? No: cálculo, moderación y laboriosidad, estas son mis tres

cartas; ellas triplicarán, multiplicarán mi capital y me darán la tranquilidad y la independencia. Razonando de este modo, llegó á una de las principales calles de San Petersburgo y reparó en una casa de antigua apariencia. La calle estaba llena de coches, que iban acercándose uno tras otro á la puerta cuyo zaguán estaba profusamente iluminado. De los coches asomaba unas veces el diminuto pie de una belleza juvenil, otras la crujiente bota de uniforme, otras en fin, la media de seda y el zapato de baile de un diplomático. Las pellizas y los abrigos pasaban en grupo por delante del majestuoso suizo. Hermann se detuvo.

—¿De quien es esta casa? preguntó al policía que estaba en la esquina.

—De la condesa \*\*\*, contestó éste.

Hermann se estremeció. La maravillosa anécdota acudió de nuevo á su mente. Púsose á pasear por los alrededores de la casa pensando en la dueña y en su maravilloso poder.

Volvió ya tarde á su pacífico rincón; tardó largo rato en conciliar el sueño y cuando éste le embargó, soñó con barajas, mesas verdes, fajos de billetes y montones de monedas de oro. Puso las cartas una encima de otra, dobló las puestas con energía, ganó sin interrupción, se guardó el oro en los bolsillos y los billetes en la cartera.

Al despertarse ya muy tarde, suspiró ante la pérdida de sus fantásticas riquezas, salió á pasear por la ciudad y volvió otra vez á casa de la condesa. Una fuerza desconocida le impulsaba hacia ella.

Se paseó y miró á las ventanas. En una de ellas vió una cabecita de negros cabellos, inclinada, sin duda, sobre un libro ó una labor. La cabecita se levantó. Hermann vió un rostro juvenil y unos ojos negros.

Aquel instante decidió su porvenir.



## III

Apenas se había despojado Isabel Ivanowna de su sombrero y de su abrigo, le mandó un recado la condesa y dispuso que volviesen á enganchar el coche. Ambas tomaron asiento en él. En el preciso instante en que dos lacayos levantaban á la condesa y la introducían por la portezuela, Isabel Ivanowna, vió á su ingeniero junto á las mismas ruedas, el joven le cogió una mano, su susto fué tan grande que no logró dominarse. El joven desapareció y la carta quedó en manos de ella. La ocultó en un guante y durante todo el camino ni vió nada ni oyó nada. La condesa tenía la costumbre de ir haciendo preguntas á cada paso: ¿á quien nos encontramos? ¿cómo se llama ese puente? ¿qué dice ese rótulo? Esta vez, Isabel Ivanowna le contestó sin saber lo que decía y la condesa se enfadó:

—¿Qué te ocurre, hija? ¿Estás dormida? Tú no me oyes ó no me entiendes... A Dios gracias, no soy tartamuda ni me he vuelto loca...

Isabel Ivanowna no la escuchaba.

Al llegar á casa corrió á su cuarto, sacó la carta del guante; no estaba lacrada. Isabel Ivanowna la leyó. La carta contenía una declaración amorosa; era tierna, respetuosa y parecía estar copiada literalmente de una novela alemana, pero Isabel Ivanowna no sabía alemán y quedó muy satisfecha.

Esto no obstante, la carta que había aceptado la intranquilizó no poco. En primer lugar se ponía en relaciones secretas é íntimas con un joven cuya osadía le infundía pavor. Reprochábase su impremeditada conducta y no sabía qué hacer, si dejar de sentarse á la ventana y á fuerza de indiferencia quitarle todo deseo de ulteriores relaciones

devolverle la carta, ó contestar á esta última con frialdad y energía.

No tenía con quien consultar, carecía de amigas y de maestras. Isabel Ivanowna resolvió contestar.

Sentóse á la mesita de escribir cogió pluma y papel y se puso á reflexionar. Empezó varias veces su carta y otras tantas la rompió: unas veces las frases le parecían demasiado indulgentes, otras demasiado duras. Por último logró escribir unas pocas líneas que la dejaron satisfecha. «Tengo la evidencia, escribió, de que sus intenciones son honradas y de que no ha querido V. ofenderme dando un paso irreflexivo; pero nuestras relaciones no pueden empezar de este modo. Le devuelvo su carta y espero que no tendré de antemano razones para deplorar un inmerecido desprecio».

Al siguiente día, cuando vió pasar á Hermann, Isabel Ivanowna dejó su bastidor, pasó á la sala, abrió la ventana y lanzó su carta á la calle, confiando en la habilidad del joven oficial. Hermann, corrió, cogió la carta y entró en una confitería próxima. Rompió el sello y halló su carta y la respuesta de Isabel Ivanowna. La esperaba y volvió á su casa pensando en su intriga.

Tres días después, una muchacha elegante entregó á Isabel Ivanowna una carta del almacén de modas. Isabel Ivanowna la abrió con sobresalto, temiendo que fuera una cuenta, cuando conoció la letra de Hermann.

—Te has equivocado, hija mía, dijo, esta carta no es para mí.

—Sí, es para V., contestó la muchacha sin bajar los ojos al propio tiempo que se dibujaba en sus labios una sonrisa maliciosa; tenga V. la bondad de leer lo que dice.

Isabel Ivanowna leyó rápidamente la carta; Hermann solicitaba una entrevista.

—No puede ser, murmuró Isabel Ivanowna asustada de la imprevista petición y del medio que para conseguirla se empleaba. Esta carta; no se ha escrito para mí. Y la rompió en menudos trozos.

—Si la carta no es para V., ¿por qué la ha roto? preguntó la muchacha. Yo la hubiese devuelto á quien la envió.

—Haz el favor de no volver á traerme cartas, replicó Isabel Ivanowna, ruborizándose al oír esta observación, y de decir á quien te mandó aquí, que debiera darle vergüenza...

Pero Hermann no se dió por vencido. Isabel Ivanowna recibió todos los días carta de él, ya fuera de un modo, ya de otro. No estaban traducidas del alemán, porque las escribía Hermann, impulsado por la pasión y hablando el lenguaje propio de ella; en ella se expresaban la inflexibilidad de sus deseos y el desorden de una imaginación desenfrenada. Isabel Ivanowna no pensaba ya en devolverlas; se embriagaba con ellas, empezó á contestarlas y sus cartas cada vez eran más largas y más tiernas. Por últ mo le echó por la ventana la siguiente misiva:

«Hoy es el baile en casa del embajador de \*\*\*. La condesa irá. Nos quedaremos solas dos horas. Hé aquí una ocasión de verme. Tan luego como se marche la condesa, sus criados se irán probablemente también; el suizo se queda en el zaguán, pero es verosímil que también se retire á su cuarto. Venga V. á las once y media. Diríjase á la escalera, si encuentra V. á alguien pregunte si está en casa la condesa. Le dirán que no y entonces será preciso que se retire V. Pero lo más probable es que no encuentre V. á nadie, porque las muchachas estarán en su habitación. Una vez en la antesala diríjase á la izquierda y vaya á la alcoba de la condesa. En la alcoba, detrás del biombo verá V. dos puertas pequeñas: la de la derecha da

á un gabinete donde nunca entra la condesa; la de la izquierda á un pasillo donde hay una escalera estrecha que conduce á mi habitación.»

Hermann temblaba como un tigre esperando la hora de la cita. A las diez de la noche ya estaba frente á la casa de la condesa. Hacía un tiempo infernal; el viento rugía, la nieve caía en copos enormes; los faroles apenas alumbraban; en las calles no había un alma. De rato en rato un cochero de punto, envuelto en su capote, arreaba su penco, buscando con la mirada algún retrasado viajero.

Hermann iba á cuerpo, más no sentía ni el viento, ni la nieve. Al fin y á la postre llegó el coche de la condesa. Hermann vió como llevaban los criados á la anciana, la cual iba arropada en amplia piel de marta zibelina y como detrás de ella aparecía su protegida con un ligero abrigo.

La portezuela se cerró con ruido y el coche echó andar pesadamente sobre la crujiente nieve. El suizo cerró la puerta; apagáronse las luces que iluminaban las ventanas. Hermann comenzó á pasear en torno de la casa vacía; se acercó á un farol, miró la hora: eran las once y veinte minutos. Se quedó al pie del farol, siguiendo la marcha de las agujas y esperando que marcasen la hora fijada. A las once y media en punto, Hermann se dirigió á la escalinata de la casa, y penetró en el iluminado zaguán.

No estaba el suizo. Hermann subió rápidamente la escalera abrió la puerta de la antesala y vió á un sirviente dormido en un diván viejo y sucio. Con paso ligero y firme pasó al lado suyo Hermann. La sala y el gabinete estaban á oscuras.

La lámpara de la antesala apenas disipaba en las sombras. Hermann entró en la alcoba.

Delante de las imágenes sagradas oscilaba la llama de una lámpara de oro. Butacas y divanes fo-

rrados de antiguas telas descoloridas, con cojines de pluma bordados de oro en mal estado, se hallaban simétricamente colocados junto á las paredes cubiertas de tapicerías chinas. En uno de los muros colgaban dos retratos pintados en París por madame Lebrun, uno de los cuales representaba á un hombre de unos cuarenta años, sonrosado y grueso, con uniforme verde y cruces, y el otro á una joven hermosa de nariz aguileña y en cuyo cabello empolvado se veía una rosa.

En todos los rincones había pastoreitos de porcelana, relojes de mesa obra del célebre Leroy, cajitas, abanicos y otros objetos femeninos inventados á fines del pasado siglo al mismo tiempo que el globo de Montgolfier y que el magnetismo de Mesmer. Hermann pasó por detrás del biombo. Allí había una pequeña cama de hierro; á la derecha una puerta que conducía al gabinete; á la izquierda otra que conducía á un corredor. Hermann vió una escalera estrecha que subía al cuarto de la pobre protegida, pero se volvió y entró en el gabinete. El tiempo transcurrió con lentitud; en todas las habitaciones los relojes dieron uno tras otro las doce y el silencio reinó de nuevo. Hermann de pie, se apoyó en la chimenea. Estaba sereno; su corazón latía con toda regularidad como el de un hombre resuelto á hacer algo peligroso, pero necesario. Los relojes dieron la una y luego las dos; se oyó á distancia el rodar de un carruaje. Una emoción involuntaria se apoderó de él.

El carruaje fué acercándose y por fin se detuvo. Oyó que bajaban el estribo. La casa se animó. Corrieron los criados, se oyeron voces y se iluminaron las habitaciones. En la alcoba entraron tres criadas viejas y la condesa, apenas viva, entró á su vez y se dejó caer sobre un sillón Voltaire. Hermann miró por un agujero. Isabel Ivanowna pasó

por delante de él. Hermann oyó sus apresurados pasos por la escalera, y sintió en el corazón algo así como un remordimiento que se desvaneció al punto. Se hizo de piedra.

La condesa empezó á desnudarse delante del espejo. Le quitaron la capota adornada de rosas; desprendieron de su pelado cráneo la empolvada peluca; los alfileres cayeron en forma de lluvia alrededor de ella.

Su vestido amarillo bordado en plata, cayó á sus hinchados pies.

Hermann fué testigo de los repugnantes secretos de su tocado; por último la condesa quedó en chambra y con gorro de dormir y en este traje más apropiado á su edad, resultaba menos terrible y más natural. Como todos los viejos, la condesa padecía de insomnio. Después de desnudarse tomó asiento junto á la ventana en el sillón Voltaire y despidió á sus doncellas.

Lleváronse las luces y la habitación quedó alumbrada por la lámpara únicamente. Amarillenta, agitando los caídos labios y moviendo la cabeza de derecha á izquierda yacía la condesa en su sillón. En sus turbios ojos se reflejó la completa ausencia de pensamientos; mirándola, podía creerse que los movimientos de la anciana procedían no de su voluntad, sino de la acción de un secreto galvanismo.

De repente este rostro moribundo se descompuso horriblemente. Los labios quedaron inmóviles; se animaron los ojos: delante de la condesa estaba un desconocido.

—No se asuste V., por el amor de Dios, no se asuste, dijo este en voz baja y clara. No voy á hacerle ningún daño: he venido á hacerle una súplica.

La anciana le miró en silencio, como si no le oyera. Hermann creyó que era sorda é inclinándo-

se hacia ella le repitió sus palabras al oído. La anciana tampoco le contestó.

—Puede V., prosiguió Hermann, darme la felicidad sin que nada le cueste: sé que le es dado á V. adivinar tres cartas seguidas.

Hermann se detuvo. Al parecer la condesa había comprendido lo que le pedían; parecía como si quisiera buscar palabras para contestar.

—Eso es una broma, dijo por último; le juro á V. que es una broma...

—No hay tal, le interrumpió Hermann encolerizado. Recuerde á Chaplizki á quien ayudó V. á desquitarse.

La condesa se turbó visiblemente. Su rostro reflejó una gran agitación moral, pero al cabo de un instante tornó á la anterior inconsciencia.

—¿Puede V. decirme qué tres cartas son esas? preguntó Hermann.

La condesa no contestó; Hermann prosiguió.

—¿A que conduce tanto misterio? ¿Lo guarda V. para sus nietos? Son ya bastantes ricos sin eso y ni siquiera conocen el valor del dinero. A un dilapidador, de nada le sirven esas cartas. El que no sabe conservar la herencia paterna, muere en la miseria á pesar de todos los esfuerzos del demonio. Yo no soy un disipador; yo se lo que vale el dinero. Sus tres cartas no me perderán... Bueno, qué...

Se detuvo temeroso esperando la respuesta. Herman se arrodilló:

—Si su corazón sintió alguna vez amor hacia alguien; si recuerda sus delicias, si alguna vez sonrió feliz junto á la cuna de un hijo, si en su pecho latió alguna vez un sentimiento humano, yo invoco esos sentimientos de esposa, de amante, de madre; yo invoco todo lo que es santo en la vida y le suplico que no me niegue lo que deseo, que me descubra su secreto... ¿Qué interés tiene

en no hacerlo? Quizá vaya unido á un pecado horrible á la pérdida de la eterna bienaventuranza; á un pacto diabólico... Piénselo bien; V. es vieja, poco le queda ya de vida... yo tomo sobre mí todos vuestros pecados. Descúbrame el misterio. Piense que la felicidad de un hombre se halla en sus manos; que no solo yo, sino mis hijos y mis nietos, bendecirán su memoria y la adorarán como á una santa.

La anciana no contestó.

Hermann se levantó.

—¡Bruja del demonio! exclamó rechinando los dientes. Yo te obligaré á contestar.

Así diciendo sacó una pistola. La condesa al ver el arma debió experimentar profunda impresión. Movi6 la cabeza y levantó el brazo como si quisiera evitar el disparo; después se dejó caer y quedó inmóvil.

—Déjese de niñerías, prosiguió Hermann, cogiéndole la mano. Por última vez le pregunto si quiere ó no indicarme las tres cartas...

La condesa no contestó. Hermann vió entonces que estaba muerta.

#### IV

Isabel Ivanowna estaba en su cuarto en traje de baile todavía, sumida en profundas reflexiones. Al llegar á casa se apresuró á despedir á la adormilada doncella que de mala gana le ofrecía sus servicios diciéndole que se desnudaría sola y temblando entró en su cuarto, esperando encontrar allí á Hermann y deseando al mismo tiempo no verle. La primera mirada que lanzó pudo convencerla de que allí no estaba y dió gracias al destino por el obstáculo que había opuesto á la entrevista. Se sentó, sin desnudarse, y púsose á recordar todas las circunstancias que en tan corto tiempo la



habían llevado tan lejos. No habían pasado aún tres semanas desde el día en que por vez primera vió desde la ventana al joven y ya estaba en correspondencia con él y había logrado este obtener de ella una entrevista nocturna. Ella sabía el nombre de él solo porque algunas de sus cartas estaban firmadas por él; no había hablado con él jamás, no conocía el metal de su voz; no había oído hablar de él jamás... hasta aquella misma noche. ¡Extraña cosa! Aquella misma noche, el baile Tomski, molestó con la princesita Paulina \*\*\* que, contra su costumbre no coqueteaba con él, desoó vengarse, demostrándole indiferencia é invitó á Isabel Ivanowna á bailar una mazurca.

Todo el tiempo que duró ésta, se burló de su inclinación hacia los ingenieros, aseguró que estaba enterado de muchas cosas que ella no podía ni siquiera figurarse, y algunas de sus burlas iban tan bien dirigidas que Isabel Ivanowna pensó más de una vez en que se había descubierto su secreto.

—¿Quién le ha dicho á V. todo eso? preguntó sonriéndose.

—El amigo de una persona á quién V. conoce le contestó Tomski; un hombre muy notable.

—¿Y quién es este hombre tan notable?

—Le llaman Hermann.

Isabel Ivanowna no contestó, pero se quedó helada.

—Este Hermann, prosiguió Tomski, es una persona verdaderamente romántica. Tiene perfil napoleónico y alma de Mefistófeles. Yo creo que sobre su conciencia pesan lo menos tres crímenes.

—Que pálida se pone V...

—Me duele la cabeza...

—¿Qué le dijo á V. Hermann... ó como se llame?

—Herman está muy descontento con su amigo;

dice que en su lugar él hubiera procedido de distinto modo.

Yo llego hasta suponer que Hermann tiene algún propósito con respecto á V. A lo menos escucha con bastante disgusto las enamoradas razones de su amigo.

—Pero ¿dónde me ha visto?

—En la iglesia, tal vez; en el paseo... Dios sabe donde... Quizá la haya visto á V. en su alcoba mientras V. dormía...

Tres señoras que se acercaron preguntando «onbli ou regret» interrumpieron una conversación que iba siendo cada vez más interesante y más dolorosa para Isabel Ivanowna.

La dama elegida por Tomski fué la misma princesa \*\*\*, que después de muchos rodeos y de muchos circunloquios logró ponerse al habla con él. Al volver á su sitio, Tomski no pensó en Hermann ni en Isabel Ivanowna, la cual quiso reanudar el interrumpido diálogo, pero concluyó la mazurca y poco después se retiró la condesa.

Las palabras de Tomsky eran mera charla, pero quedaron grabadas en el alma de la joven.

El retrato bosquejado por Tomski coincidía con la imagen que ella misma había concebido, y gracias á las novelas más recientes, tan ruin figura asustaba y esclavizaba su fantasía. Sentada estaba, con las manos cruzadas, reclinada la cabeza adornada todavía con flores, cuando de pronto se abrió la puerta y entró Hermann. Isabel Ivanowna se estremeció.

—¿Donde estaba V.? preguntó con voz apagada por el miedo.

—En la alcoba de la condesa, contestó Hermann. Acabo de dejarla. La condesa ha muerto.

—¡Dios mío! ¿Qué está V. diciendo?

—Y, según parece, prosiguió Hermann, soy yo la causa de su muerte.

Isabel Ivanowna le miró y las palabras de Tomski resonaron en su alma: «ese hombre tiene lo menos tres crímenes sobre su conciencia.»

Hermann se sentó al lado de su interlocutora y le contó lo acaecido.

Isabel Ivanowna le escuchó horrorizada. De modo que aquellas cartas llenas de pasión, aquellas amorosas exigencias, aquella persecución tan insistente... no eran manifestaciones del amor... ¡Dinero y no otra cosa era lo que ansiaba su alma! ¡No era ella la que podía satisfacer sus deseos y hacerle feliz!

La pobre muchacha no era otra cosa que el ciego cómplice de un ladrón, la asesina de su anciana protectora .. En su terrible desesperación derramó amargas lágrimas.

Hermann la contempló en silencio; su corazón se destrozaba también: pero ni las lágrimas de la joven, ni el maravilloso encanto de su dolor, dieron al traste con la dureza de su alma. No sintió remordimiento alguno por la muerte de la anciana. Solo una cosa le asustaba: la irreparable pérdida del secreto en que fundaba sus esperanzas de riqueza.

— ¡Es V. un mónstruo! exclamó por fin, Isabel Ivanowna.

— Yo no he querido matarla, contestó Hermann; la pistola no estaba cargada.

Ambos callaron.

Amaneció. Isabel Ivanowna apagó la vela. La pálida claridad del alba se difundió por la estancia.

Enjugó sus lágrimas y miró á Hermann. Estaba sentado éste al pie de la ventana con los brazos cruzados y la mirada torva. En esta postura recordaba asombrosamente el retrato de Napoleón. Este parecido sorprendió á Isabel Ivanowna.

— ¿Y ahora, cómo va V. á salir de la casa? pre-

guntó al fin la joven. Pensaba yo conducirlo por la escalera secreta, pero hay que pasar por la alcoba y tengo miedo.

—Dígame V. por donde se va á esa escalera y me iré.

Isabel Ivanowna se levantó, sacó una llave de la cómoda, la entregó á Hermann y le explicó lo que tenía que hacer. Hermann estrechó su helada mano, la besó en la frente y salió.

Bajó la escalera de caracol y entró en la alcoba de la condesa. La muerta, sentada, parecía de mármol; su rostro revelaba una serenidad profunda. Hermann se detuvo ante ella, la contempló largo tiempo, cual si quisiera convencerse de la terrible verdad; por último, entró en el gabinete, buscó á tientas la puerta y empezó á bajar por la escalera secreta, poseído de extraños sentimientos. «Por esta misma escalera, pensaba, bajó tal vez hace sesenta años algún feliz amante, de bordada casaca y sombrero de tres picos, el cual yace desde hace muchos años en el sepulcro, y hoy ha dejado de latir el corazón de la mujer que amó.»

Al pie de la escalera encontró Hermann una puerta que abrió con la llave que le diera Isabel y por un oscuro comedor, salió á la calle.

## V

Tres días después de la noche fatal, á eso de las nueve de la mañana, se encaminó Hermann al monasterio de \*\*\* donde iba á verificarse el sepelio de la difunta condesa. Aun no teniendo remordimientos, no lograba, sin embargo, acallar la voz de su conciencia que repetía: «el asesino de la condesa eres tú.» Hermann no tenía mucha fe, pero tenía muchos prejuicios. Creía que la condesa podía ejercer sobre su vida una influencia fundada

y resolvió asistir á su entierro para solicitar su perdón.

La iglesia estaba llena. A duras penas consiguió Hermann abrirse paso á través de la multitud. Descansaba el féretro sobre lujoso catafalco, bajo un dosel de terciopelo.

La muerta yacía en él con las manos cruzadas sobre el pecho, envuelta la cabeza en una gorra de encajes y vestida con un rico traje de seda. Alrededor de ella estaban sus criados con sendas libreas negras y hachones encendidos y sus hijos, nietos y biznietos de riguroso luto.

Ninguno lloraba, las lágrimas hubieran sido de mal gusto. La condesa era tan vieja que su muerte á nadie podía causar dolor y sus parientes la consideraban hacía tiempo como una persona que había perdido todo derecho á permanecer en este mundo.

El párroco pronunció la oración fúnebre. Con sentidas frases pintó la serena muerte de los justos; para los cuales los largos años de tranquila existencia constituyen una preparación para el eterno viaje.

«El ángel de la muerte, exclamó el orador, la halló entregada á meditaciones celestiales esperando á su divino amante.» La triste ceremonia se efectuó con solemnidad. Los parientes se despidieron del cadáver los primeros, después se inclinaron ante él los innumerables amigos que habían venido á despedirse de la que tantas veces les obsequió con mundanas distracciones. Los últimos fueron los sirvientes.

Entre ellos, se acercó una vieja doncella de la condesa, sostenida por dos criadas jóvenes. No tenía fuerzas ya para inclinarse hasta el suelo, y al besar la helada mano de su señora, derramó algunas lágrimas.

Después de ella se atrevió Hermann á acercarse

al féretro. Inclínose ante él profundamente y permaneció así unos instantes; se incorporó al cabo de ellos, tan pálido como la misma muerta, subió los escalones del catafalco y se inclinó de nuevo... En aquel instante le pareció que la difunta le miraba con desprecio...

Hermann se echó rápidamente hacia atrás tropezó y cayó al suelo. Le ayudaron á levantarse. Al mismo tiempo, Isabel Ivanowna caía desmayada. Este incidente perturbó breve espacio la solemnidad del acto.

Hubo murmullos y un caballero, próximo pariente de la difunta, dijo al oído de un inglés que estaba á su lado, que aquel oficial era hijo natural de la condesa, á lo que el inglés se lim tó á contestar: ¡oh!

Durante todo aquel día fué presa Hermann de extraordinaria inquietud. Después de cenar en un restaurant solitario y de haber bebido bastante, contra su costumbre, no más que para dominar su agitación, aunque sin lograrlo, volvió á su casa y, sin desnudarse, se acostó.

Cuando se despertó era todavía de noche. La luz de la luna iluminaba la habitación. Miró al reloj; eran las tres menos cuarto. Se sentó en la cama, desvelado, y se puso á pensar en el entierro de la condesa.

En aquel momento alguien miró por la ventana. Hermann no prestó atención. Al cabo de un minuto sintió que abrían la puerta del recibimiento. Hermann pensó que sería su asistente que volvía ébrio de alguna excursión nocturna. Oyó, empero, unos pasos desconocidos: alguien andaba, arrastrando suavemente los pies.

Se abrió la puerta y entró una mujer vestida de blanco. Hermann creyó que sería su anciana sirvienta é iba á preguntarle qué se le ofrecía á ho-

ras tan intempestivas, cuando la mujer se puso frente á él: era la condesa.

—He venido á verte contra mi voluntad, dijo con voz entera; pero me mandan que acceda á lo que solicitas.

El tres, el siete y el as son las cartas que te harán ganar, pero con la condición de que no juegues más que á una sola carta cada día y de que después, no vuelvas á jugar más en toda tu vida. Te perdono mi muerte con tal de que te cases con Isabel Ivanowna.

Diciendo estas palabras volvióse, echó á andar hacia la puerta y desapareció, arrastrando lentamente los pies.

Hermann oyó que se cerraba la puerta de la calle y vió que una sombra cruzaba su ventana. Permaneció mudo de asombro durante algunas horas.

Después se levantó y entró en la habitación inmediata. Sus asistente estaba durmiendo en el suelo; le despertó á la fuerza. El asistente, como de costumbre, estaba borracho; no fué posible averiguar nada. La puerta de la calle estaba cerrada. Hermann volvió á su cuarto, encendió una luz y escribió las palabras que le había dicho la condesa.

## VI

Así como en la naturaleza física no pueden dos cuerpos ocupar el mismo lugar al mismo tiempo, en la naturaleza moral tan poco puede haber dos ideas fijas.

El tres, el siete y el as expulsaron muy pronto de la imaginación de Hermann la tétrica figura de la condesa. Todos sus pensamientos se concentraban alrededor de las tres cartas misteriosas.

El tres, el siete y el as le perseguían en sueños bajo las formas más diversas y más raras. Todos

sus pensamientos se fundían en uno solo: aprovecharse del secreto que le había revelado la anciana.

Pensó en dejar el servicio y en hacer un viaje.

Quería labrar una fortuna en las casas de juego de París. La casualidad le evitó estas molestias.

Había en Moscou una sociedad de acaudalados jugadores presidida por el famoso Chekalinsky que se había pasado la vida con las cartas en la mano, derrochando millones.

Su larga experiencia le había conquistado la confianza de los amigos y su hospitalidad; su excelente cocinero, su carácter amable y su alegría hacían que le respetase la gente. Marchó á San Petersburgo; los jóvenes acudieron en tropel á su casa, olvidando los bailes por tal de jugar á las cartas y prefiriendo las emociones del *faraón* á los encantos del galanteo. Narumof llevó allí á Hermann.

Cruzaron ambos los espléndidos salones llenos de visitantes. Los generales y los consejeros jugaban al *solist*; los muchachos, tendidos en divanes, sorbían helados y fumaban pipas.

En una sala, junto á una larga mesa, alrededor de la cual se apiñaba la gente, estaba sentado el huésped, haciendo de banquero.

Era un hombre de sesenta años, de apariencia respetable, con el pelo blanco, agradable fisonomía y ojos centelleantes, animados siempre por grata sonrisa. Narumof presentó á Hermann. Cheraliusky le estrechó afectuosamente la mano, le rogó que considerase aquella casa como suya y siguió barajando las cartas.

El juego duró mucho tiempo. Había sobre la mesa más de treinta cartas. A cada jugada Cheraliusky se paraba un momento para dar lugar á que sus contrincantes hicieran juego, apuntaba las ganancias, atendía cortésmente á los requerimien-



tos y con mayor gusto aún, recogía distraidamente su dinero.

Por último terminó la partida. Cheraliusky reunió las cartas y se dispuso á empezar otra.

—¿Me permite V. que apunte á una carta? dijo Hermann extendiendo el brazo por detrás de uno de los jugadores.

Cheraliusky se sonrió é hizo una señal de asentimiento. Narumof, sonriéndose, felicitó á Hermann por aquella resolución y le deseó buena suerte.

—¡Va! exclamó Hermann apuntando con tiza una cifra al lado de su carta.

—¿Cuanto? preguntó el banquero frunciendo las cejas.

—¡Cuarenta y siete mil rublos! respondió Hermann.

Al oír estas palabras, levantáronse instantaneamente todas las cabezas y todas las miradas se pasaron en Hermann. «Se ha vuelto loco», pensó Narumof.

—Permítame V. que le haga observar, dijo Cheraliuski con su eterna sonrisa, que juega V. muy fuerte, hasta ahora nadie ha jugado más de doscientos setenta rublos de una vez.

—¿Y qué? Acepta V. ó no acepta.

Chekaliusky se inclinó en señal de asentimiento.

—Solo he querido decirle, añadió que para no perder la confianza de los compañeros, no puedo jugar más que teniendo á la vista dinero efectivo. Por mi parte, ni que decir tiene que su palabra de V. me basta, pero como se trata de que el juego resulte ordenado y de que las cuentas se lleven como es debido, le ruego que ponga el dinero sobre su carta.

Hermann sacó del bolsillo una letra y la entregó á Chekaliusky, el cual pasó la vista por ella y la colocó sobre la carta de Hermann. Comenzó á ta-

llar. A la derecha había un nueve; á la izquierda un tres.

—¡Ganó! dijo Hermann mostrando su carta.

Hubo un murmullo entre los jugadores. Chekaliusky frunció el entrecejo, pero al momento tornó la sonrisa á su rostro.

—¿Quiere V. cobrar? preguntó á Hermann.

—Si no le es molesto.

Chekaliusky sacó de la cartera unos cuantos billetes y pagó. Hermann cogió el dinero é inmediatamente se apartó de la mesa. Narumof no salía de su asombro.

Hermann bebió un vaso de limonada y marchó á su casa.

Al día siguiente por la noche se presentó de nuevo en casa de Chekaliusky. El huesped tallaba. Hermann se acercó á la mesa; los jugadores al punto le hicieron sitio. Chekaliusky les saludó amablemente.

Hermann aguardó á que terminase la partida, escogió una carta puso sobre ella sus 47.000 rublos más la ganancia de la vispera. Chekaliusky empezó á tallar. A la derecha salió la sota; á la izquierda el siete.

Hermann descubrió su carta, era el siete.

La admiración fué extraordinaria. Chekaliusky se turbó evidentemente.

Contó noventa y cuatro mil rublos y los entregó á Hermann. Este los tomó friamente y se retiró al momento.

A la noche siguiente se acercó otra vez á la mesa. Todos le aguardaban; los generales y los consejeros abandonaron su *vohist* para presenciar tan extraordinaria jugada. Los oficiales jóvenes saltaron de sus divanes; los criados se apiñaron en la puerta. Todos dejaron paso á Hermann. Los jugadores suspendieron sus apuestas, esperando con impaciencia el término de aquella partida. Her-

mann, de pie junto á la mesa, se aprestó á jugar solo contra el pobre Chekaliusky que seguía sonriéndose automáticamente.

Todos contaban las cartas. Chekaliusky batió las cartas, Hermann cogió la suya y puso sobre ella un montón de billetes de banco. Aquello era un desafío. Profundo silencio reinó en la habitación.

Chekaliusky batió las cartas sus manos temblaban. A la derecha había una dama, á la izquierda un as.

—¡Ganó el as! dijo Hermann y mostró su carta.

—Su dama de V. ha perdido, dijo afectuosamente Chekaliusky.

Hermann se estremeció: en efecto, en vez de un as, tenía una dama de *pique*. No daba crédito á sus ojos, ni comprendía como había podido equivocarse. En aquel instante le pareció que la dama de *pique* se sonreía. El parecido extraordinario de aquella figura le asombró...

—¡La vieja... exclamó horrorizado! Chekaliusky se apoderó de los billetes de Hermann. Este permanecía inmóvil. Cuando se apartó de la mesa, hubo un murmullo.

—¡Qué bien juega! exclamaban.

Chekaliusky barajó de nuevo las cartas y el juego siguió su curso normal.

## CONCLUSIÓN

Hermann se volvió loco. Está en el manicomio de Obujowsky, en la celda 17; no contesta á las preguntas que le dirigen y murmura con extraordinaria rapidez: tres, siete, as, tres, siete, as.

Isabel Ivanowna se ha casado con un muchacho muy simpático; ha servido en la administración y tiene algun capital; es hijo del administrador de la condesa. Isabel Ivanowna tiene en su casa á un pariente pobre.

Tomski ha ascendido á comandante y se ha casado con la princesa Paulina.





## UNA NOCHE EXTRAORDINARIA

---

**N**VAN Petrovitch Panijidin palideció, apagó el quinqué y dijo con voz temblorosa: —Espesa niebla envolvía la ciudad aquella noche. Era Nochebuena, y acababa de asistir á una sesión de espiritismo en casa de un amigo, hoy difunto. Las calles transversales por donde tenía que pasar carecían de alumbrado, y más de un vez tuve que andar á tientas.

Vivía yo en casa de un empleado que se llamaba Trupof, en una de las barriadas más solitarias de Moscú. Mis pensamientos eran lúgubres.

«Tu vida se acerca á su término», me habían dicho aquella noche el espíritu de Spinoza. Rogué que le hiciesen repetir esas palabras, y el filósofo, no solamente las repitió, sino que añadió: «mañana por la noche».

Yo no creo en el espiritismo pero la idea de la muerte me sume en el desconsuelo.

La muerte es inevitable, sí señor; todos hemos de pasar por ella; pero eso no quita para que sea contraria su idea á la naturaleza humana. El frío, las tinieblas, la humedad, los gemidos del viento y la soledad de las calles hicieron que un terror inexplicable é inmenso se apoderase de mi espíritu.

Y yo, que no tengo prejuicios, apresuraba el paso y cerraba los ojos, porque temía que se me apareciese la muerte bajo la forma de un espectro.

Panijidin suspiró, bebió un sorbo de agua y prosiguió:

‘Ese inexplicable terror, que comprenderéis perfectamente, no me abandonó al llegar al cuarto piso en que habitaba Trupof, ni siquiera al entrar en mi habitación. La oscuridad más profunda reinaba en ella. El viento descendía, plañidero, por el cañón de la estufa, y hacía chirriar la puertecilla de hierro como pidiendo calor.

—Si no ha mentido Spinoza —pensé— estos serán los lamentos que acogerán mañana mi fallecimiento. Sin embargo, es difícil que me muera tan pronto.

Encendí un fósforo. Una ráfaga de aire se abatió sobre el tejado, y el lastimero llanto del viento se convirtió en alaridos. Una ventana á medio cerrar golpeaba á impulsos del aire, y la puertecilla de mi estufa gemía dolorosamente.

—Mala noche hace—pensé—para los que no tienen casa donde guarecerse.

Pero aquella no era ocasión propicia para las meditaciones. Cuando encendí el fósforo y paseé la mirada por mi alcoba, se ofreció á mis ojos un espectáculo tan inesperado como horrible.

Mejor hubiera sido que se apagase la cerilla, porque ni hubiera visto nada, ni se hubieran erizado mis cabellos. Lancé un grito, cerré los ojos y poseído de desesperación y de terror, di un paso hacia la puerta.

En medio de mi alcoba había... un féretro. La cerilla se consumió; pero me dejó ver sus contornos.

Era color de rosa y tenía galones dorados y una cruz también dorada sobre la tapa. Cosas hay que se quedan grabadas en la memoria, aunque solo se las haya visto un instante.

Esto me sucedió á mí. No ví el féretro más que un instante, pero recuerdo todavía hasta sus más insignificantes detalles. Parecía estar destinado á

una persona de mediana estatura; á una joven, puesto que era color de rosa. La rica tela, los esbeltos pies, los agarradores de bronce....., todo indicaba la riqueza de la difunta.

Salí corriendo de mi cuarto y, sin reflexionar, dominado por un terror indescriptible, bajé á escape la escalera. Reinaba allí oscuridad profunda, y estuve á punto de matarme. Al llegar á la calle, me apoyé en un farol y respiré; me latía el corazón de una manera horrible, y me faltaba la respiración...

Uno de los oyentes encendió el quinqué y se aproximó al orador.

—No me hubiera extraña-doprosiguió éste-contrarme con que mi casa estaba ardiendo, ó con que en mi cuarto había un ladrón ó un perro rabioso. Tampoco me hubiera sorprendido que se desplomase el techo, se hundiese el pavimento ó se cayeran las paredes. Todo esto es natural y comprensible. ¡Pero... un féretro! ¿De donde había venido? ¿Cómo podía hallarse en la habitación de un humilde funcionario público un féretro femenino, destinado, sin duda, á una joven de la alta sociedad? ¿Estaba vacío ó lleno? Y si estaba ocupado, ¿quién era aquella joven, prematuramente arrebatada á los encantos de una vida espléndida, que se tenía á bien honrarme con tan espeluznante visita?

Si no es un misterio, se me ocurrió de pronto, será un crimen.

Púseme á cabilar. La puerta de mi alcoba—decía yo—está cerrada durante mi ausencia, y el sitio en donde pongo la llave no lo conocen más que mis amigos íntimos. Estos no iban á enviarme un féretro. ¿Lo habría traído allí por equivocación algún dependiente de funeraria? Esto era lo más verosímil. Es fácil equivocarse de piso y de puerta; pero ¿quién ignora que los empresarios

de pompas fúnebres no se van hasta que se les paga?

Los espíritus me han anunciado la muerte. ¿Serán ellos, tal vez, los que han cuidado de que no me falte el ataúd?

—Yo, señores, ni creo, ni creía en el espiritismo; pero aquel conjunto de circunstancias era capaz de inspirar al más materialista ideas sobrenaturales.

—¡Qué tonto soy! exclamé—. Parezco un chico de la escuela. Será una ilusión óptica y nada más. Llegué á casa de tan pésimo humor, que nada tiene de extraño que mis nervios me hiciesen ver un féretro allí donde nada había.

La lluvia me azotaba el rostro y el viento agitaba con violencia suma los faldones de mi pelliza. Estaba helado y empapado. Era preciso tomar una decisión, irme á alguna parte; pero ¿adónde? Volver á mi casa equivalía á pasar la noche en compañía del féretro, lo cual era superior á mis fuerzas.

Podía volverme loco estando solo, sin oír siquiera la voz de un semejante y teniendo al lado un ataúd que tal vez contenía un cadáver. Sin embargo, no podía quedarme en la calle aguantando la lluvia y el frío.

Decidí ir á pasar la noche á casa de mi amigo Upokoief, quien, como ustedes saben, se pegó un tiro no hace mucho. Vivía entonces en casa del comerciante Cherepof, en la calle Mértva.

Panijidin enjugó el sudor frío que brotaba de su pálido rostro y, respirando fatigosamente, prosiguió:

- Mi amigo no estaba en casa. Después de haber llamado á la puerta de su cuarto y de haberme convencido de su ausencia, cogí á tientas la llave, abrí y entré. Me despojé de la pelliza, busqué el diván y me senté á descansar. Todo estaba



oscuro. En la estufa gemía el viento y en el Kremlin tocaban las campanas á la misa del gallo. Encendí un fósforo, pero la luz, lejos de calmar mi zozobra, la aumentó. Lancé un grito, me levanté tambaleándome y eché á correr.

En la habitación de mi amigo acababa de ver, lo mismo que en la mía, un féretro. Era más grande y con adornos de cinc, que lo hacían más lúgubre. ¿Qué ilusión óptica era aquella? En cada alcoba iba á haber un féretro? Aquello era un padecimiento nervioso, una alucinación. Los féretros se multiplicaban.

Los veía en todas partes. ¿Estaría yo loco? ¿Padeecería yo de monomanía *ferétrica* cuyas causas eran la sesión espiritista y las imprudentes palabras de Spinoza?

—¡Me he vuelto loco!—pensé, llevándome las manos á la cabeza. Se apoderó de mí un temblor espantoso; privado de la pelliza y de la gorra, el viento me helaba. Volver por ellas no lo pensé siquiera. ¿Qué hacer? Estaba entre la locura y la muerte por el frío. Felizmente recordé que mi buen amigo Pogostof vivía cerca de la calle Mertva. Pogostof había estado conmigo en la sesión espiritista. Allá me encaminé, porque es de saber que entonces no se había casado todavía con una heredera y que vivía en el quinto piso de la casa del Consejero de Estado Kladvichesky.

Pero, sin duda, estaba escrito que allí debían sufrir mis nervios nuevas torturas.

Al llegar al quinto piso oí un ruido extraño, como si corriese alguien dando portazos y lanzando gritos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Portero!—decían.

Y al mismo tiempo bajó á mi encuentro un hombre con gabán de pieles y con el sombrero abollado.

—¡Pogostof!—exclamé pues era mi amigo.—¿Qué le sucede?

Pogostof se acercó á mí y me estrechó convulsivamente la mano. Estaba lívido, respiraba trabajosamente y temblaba. Sus ojos miraban á un lado y á otro con extravío.

—¿Es usted Panijidin?—preguntó con apagada voz.—¿Qué pálido está usted! Parece usted un desenterrado.

—Usted si que tiene la cara descompuesta—le repliqué.

—Permítame que respire. Me alegro verle. ¡Maldito espiritismo! ¿Pues no me ha puesto tan nervioso que al volver á casa he visto... un ataúd?

—No dí crédito á mis oídos y le rogué que repitiese lo que acababa de decir.

—Sí; un ataúd: un ataúd de verdad—dijo Pogostof sentándose en un escalón.—No soy cobarde pero, crea usted que eso de encontrarse con un ataúd después de una sesión de espiritismo es capaz de asustar al mismísimo diablo.

Asombrado y balbuciente conté á mi amigo lo que había visto. Nos miramos con la boca abierta y para convencernos de que no estábamos soñando, nos pellizcamos uno á otro.

—Los dos estamos enfermos—dijo Pogostof, que era médico—; sin duda estamos despiertos, y es posible que los ataúdes no sean ilusiones, sino cosas reales y verdaderas. ¿Qué hacemos, querido? Si nos quedamos en la escalera haciendo suposiciones, nos exponemos á coger una pulmonía, más vale desechar el miedo y entrar en mi cuarto después de haber despertado á mi vecino.

Así lo hicimos. Al entrar en la habitación provistos de una luz, vimos un ataúd forrado de raso blanco con franjas de oro. El vecino se santiguó piadosamente.

—Ahora es preciso saber—dijo Pogostof temblando de pies á cabeza--si este féretro está vacío... ó *habitado*.

Después de un momento de vacilación, mi amigo se inclinó sobre el féretro, apretando los dientes, y levantó la tapa. Todos nos apresuramos á mirar.

El ataúd estaba vacío. Dentro no había más que una carta concebida en estos términos:

«Querido Pogostof: Ya tú sabes que los asuntos de mi suegro van muy mal. Está de deudas hasta el cuello. Mañana ó pasado vienen á embargar sus bienes, lo cual arruinará á su familia, á la mía y pondrá su honor en entredicho; el h́onor que es antes que todo.

»En el consejo de familia celebrado anoche decidimos ocultar todo lo que tenga valor, y, consistiendo su fortuna en féretros (pues, como sabes, tiene el almacén de artículos fúnebres más acreditado), hemos resuelto esconder los mejores.

»Me dirijo á tí, como á un buen amigo, rogándote que me ayudes á salvar nuestra fortuna y nuestro honor. En la esperanza de que no has de negarte á ello, te envío, querido, un ataúd para que lo tengas en tu casa hasta que te avise.

»Espero que no te negarás, pues mandaré por él la semana que viene. A todos mis amigos íntimos les he mandado un féretro confiando en su grandeza de alma. Te quiere, *Ivan Cheliustin*.»

El yerno del fabricante de ataúdes salvó su honor y dinero; pero yo estuve tres meses malo á consecuencia de un desarreglo nervioso.

Cheliustin tiene una oficina de pompas fúnebres y un almacén de lápidas, coronas y otros artículos por el estilo y como sus asuntos no prosperan, todos los días, al volver á mi casa, temo encontrarme conque al lado de mi cama se alza un mausoleo ó un catafalco.





## DOS CUENTOS POPULARES

---

**H**ABIENDO descansado Dios de sus múltiples trabajos, pensó en crear un nuevo ser engendrado por la unión maravillosa del cielo y de la tierra.

— «No lo creas, dijo severamente el ángel de la Verdad, porque mancillará tu santuario por gusto exaltará el Error y la tentación reinará sobre la tierra.

— »No lo creas, suplicó el ángel de la Justicia, porque será cruel, no se amará más que á sí mismo y tiranizará á los demás. Será sordo para los gritos de dolor y los gemidos de las víctimas no llegarán hasta su corazón.

— »Anegará la tierra en sangre, añadió el ángel de la Paz y el asesinato será su obra cotidiana. El horror de la ruina aniquilará á los países y el miedo á la muerte violenta se infiltrará en las almas de todos.

» Y la frente del Todopoderoso se nubló; la unión maravillosa del cielo y de la tierra le pareció cosa vil y despreciable. Y en su voluntad eterna, maduró la resolución de no crear aquel ser, cuando la Misericordia, su hija menor y predilecta, compareció ante su trono. Abrazáronse á las rodillas del Padre y exclamó:

— »Créalo. Si todos tus servidores te abandonan

yo iré en su auxilio y yo transformaré en cualidades sus defectos y sus vicios. Yo le protegeré para que no se aparte del camino de la Verdad. Yo inclinaré su alma á la compasión. Yo le enseñaré á ser misericordioso con el débil.

»Y la frente del Todopoderoso se iluminó y brilló en su rostro la clemencia. La unión maravillosa del cielo y de la tierra fué y engendró á un ser hecho á su imagen y semejanza.

—»¡Vive! dijo el Todopoderoso, animándole con su soplo y sabe que eres hijo de la Misericordia...

## II

»Había una vez un hombre que tenía un jardín en el cual se daban frutas maravillosas. Hizo que custodiasen la puerta dos servidores suyos, uno de los cuales era cojo y otro ciego. «Estoy seguro se dijo, de que no dejarán entrar á nadie y de que tampoco se comerán las frutas.» Y regresó tranquilo á su casa.

»Pero cuando llegó la noche, la luna y las estrellas que en el cielo resplandecían, hicieron que la hermosura de las frutas del jardín adquiriese mayores encantos. Y el cojo le dijo al ciego:

—»¡Qué hermosas son las frutas de nuestro amo!

—»Cógelas y las probaremos, balbuceó el ciego.

—»¡No puedo! suspiró el cojo, pero si quieres que me suba encima de ti, podré llegar al árbol; cogeré algunas frutas, comeré de ellas y te daré tu parte.

»Aceptó el ciego la proposición y se logró el deseo de ambos.

»Por la mañana llegó el amo. Los guardianes estaban en su puesto; pero faltaba gran cantidad de fruta.

—>¡Confesad! exclamó. Habéis dejado que entre un ladrón.

—>¡Amo! te juramos que no hemos dejado entrar á nadie, respondieron los criados.

—>Entonces los culpables sois vosotros. ¡Confesadlo!

—>El amo sabe que soy cojo y que no puedo dar dos pasos por el camino más llano.

—>El amo sabe que soy ciego y que no se andar solo.

Pero el amo entonces hizo que el cojo trepase sobre el ciego y les llevó al árbol.

>Entonces les dijo: Así es como habéis hecho.>

>Lo mismo ocurre con el hombre. El cuerpo inanimado yace, puro y dócil, radiante de paz y de tranquilidad.

>¿Cómo podría yo pecar, se dice, si soy ciego y no puedo ver las tentaciones; si ignoro los caminos que á ellas conducen?

>Y yo, preguntó el alma, cómo podría sucumbir? si desde el punto y hora en que te abandoné vuelas inmaculada por los aires al igual de las aves si yo era ya inmaculada antes de estar cautiva en un cuerpo.

>Y dice el Todopoderoso: lo que habéis hecho es esto. Coge al cuerpo, lo une al alma y los pone al pie del árbol de la vida cuyos frutos suspenden y cautivan.

>Y la vida del hombre empieza y en esta unión del cuerpo y del alma aparece el misterio, el horror y á la par la felicidad suprema de existir.>

### III

Un rico se moría. Durante toda su vida había sido avaro y duro de corazón. Cuando le echaban en cara su avaricia contestaba: «El dinero lo es todo.»

Y ahora que se le acercaba la muerte se decía: Allá arriba, el dinero será, no cabe duda, tan necesario como aquí abajo. Preciso es que haga acopio de él para que no me falte.

Llamó á sus hijos y se despidió de ellos ordenándoles que metieran en su ataúd un saco de dinero.

—No seáis tacaños, les dijo, poned también monedas de oro.

Aquella noche se murió. Cumplieron sus hijos sus últimas voluntades y colocaron en el ataúd unos cuantos miles de rublos en oro.

Cuando después de enterrado llegó al otro mundo tuvo que someterse á toda especie de formalidades: le interrogaron, comprobaron la exactitud de sus palabras; no le dejaron en paz en todo el día.

Allí hay, como en todas partes, cancillerías, oficinas, comisarías de policía, etc.

Esperó con impaciencia que llegase la noche; tenía hambre y le atormentaba la sed hasta el punto de parecerle que le ardía la garganta y que la lengua se le pegaba al paladar.

Estoy perdido, se dijo.

De pronto vió una cantina bien provista de viandas y de botellas, como las de las grandes estaciones. Allí había de todo: orduvres y licores.

—Por lo visto, pensó, no me equivoqué al creer que aquí sucedía lo mismo que en la tierra. ¡Qué precaución he tenido trayendo dinero! Ahora podré comer y beber lo que me parezca.

Echó mano á su saco de dinero y se acercó á la cantina.

¿A cómo son? preguntó señalando á las sardinas.

—A céntimo, le contestó el cantinero.

—No es caro, se dijo el rico. Quizá se haya equivocado. Le preguntaré el precio de otra cosa.



—¿Y esto? dijo señalando unos pastelillos calientes, de apetitosa apariencia.

—A céntimo tambien, le contestó sonriendo el cantinero. El asombro del rico le divertía.

—Pues bien, deme diez sardinas y cinco pastelillos. Y quizá...

Y paseó la mirada con avidez por los tentadores platos. El cantinero le oía, pero no le servía.

—Aquí se paga por adelantado, dijo secamente.

—Con mucho gusto. Ahí va el dinero, y le dió una moneda de oro de cinco rublos.

El cantinero miró la moneda y la volvió á mirar.

—Los céntimos que yo necesito no son de estos y llamando á dos robustos mocetones dispuso que echasen de la cantina al rico. Este sintió una humillación profunda.

—¡Qué desgracia! pensó. ¿Que quiere decir esto? No toman más que céntimos. ¡Habrás visto cosa más rara! Va á ser preciso cambiar...

Olvidándose de que estaba muerto, corrió á casa de sus hijos y les dijo en sueños:

—Quedaos con el oro que me habéis dado. No lo necesito. Sustituidlo con céntimos, si no, estoy perdido...

Al día siguiente los hijos, llenos de miedo, cumplieron la orden de su padre:

—¡Ya tengo céntimos! exclamó el rico encaminándose hacia la cantina. Denme de comer porque tengo un hambre horrible.

—Aquí se paga por adelantado, contestó secamente el cantinero.

—¡Ahí ténéis! exclamó el rico ofreciéndole un puñado de céntimos completamente nuevos. Pero, haced el favor de servirme.

El cantinero miró los centimos y se echó á reir.

—Veo, dijo, que no habéis aprendido gran cosa allá en la tierra. No aceptamos los céntimos que

nos pertenecen, sino aquellos otros que fueran dados del prójimo. ¿Habéis dado limosna alguna vez?

El rico bajó los ojos y se puso á pensar: nunca había socorrido á ningún pobre. Entonces los dos gañanes de la víspera lo echaron de la cantina.

FIN









## ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
<i>La Bruja</i> (Nicolás Gogol).....	7
<i>El Kan y su hijo</i> (Gorki).....	59
<i>Las dos cuñadas</i> (Sagoskin).....	69
<i>El velo rojo</i> (Marlinsky).....	79
<i>Myrrha</i> (Wagner).....	89
<i>La hidalga campesina</i> (Puchkin).....	113
<i>La dama de "pique"</i> , (Puchkin).....	139
<i>Una noche extraordinaria</i> (Tchejoff).....	170
<i>Dos cuentos populares</i> (Tolstoi).....	177







## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*La higiene y su influencia en la legislación.* (Memoria premiada por la Sociedad Española de Higiene). Un folleto, 1910.

*La trata de blancas.* (Memoria premiada por la Sociedad Española de Higiene). Un folleto, 1910.

*La infancia abandonada.* (Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y políticas). 1911.

*La juventud delincuente.* (Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y políticas). 1911.

*España en tiempo de Carlos II El Hechizado.* (Obra premiada por el Ateneo de Madrid). 1912.

*El obrero y la ley obrera en Rusia.* Un folleto.—Madrid, 1903. (Agotado).

*Rusia contemporánea.* (Estudios acerca de su situación actual). Un volumen.—Madrid, 1904.

*La protección á la infancia en el Extranjero.* (Un volumen de XXIII + 990 págs).—Madrid, 1908.

*La reglamentación de la prostitución y la trata de blancas.* Un folleto.—Madrid, 1909.

*El problema de la mendicidad.* (Premiado por la Sociedad Española de Higiene). Un folleto.—Madrid, 1909.

*Los hombres inferiores.* (Estudios acerca del pauperismo en los grandes centros de población).—Madrid. Un volumen.

